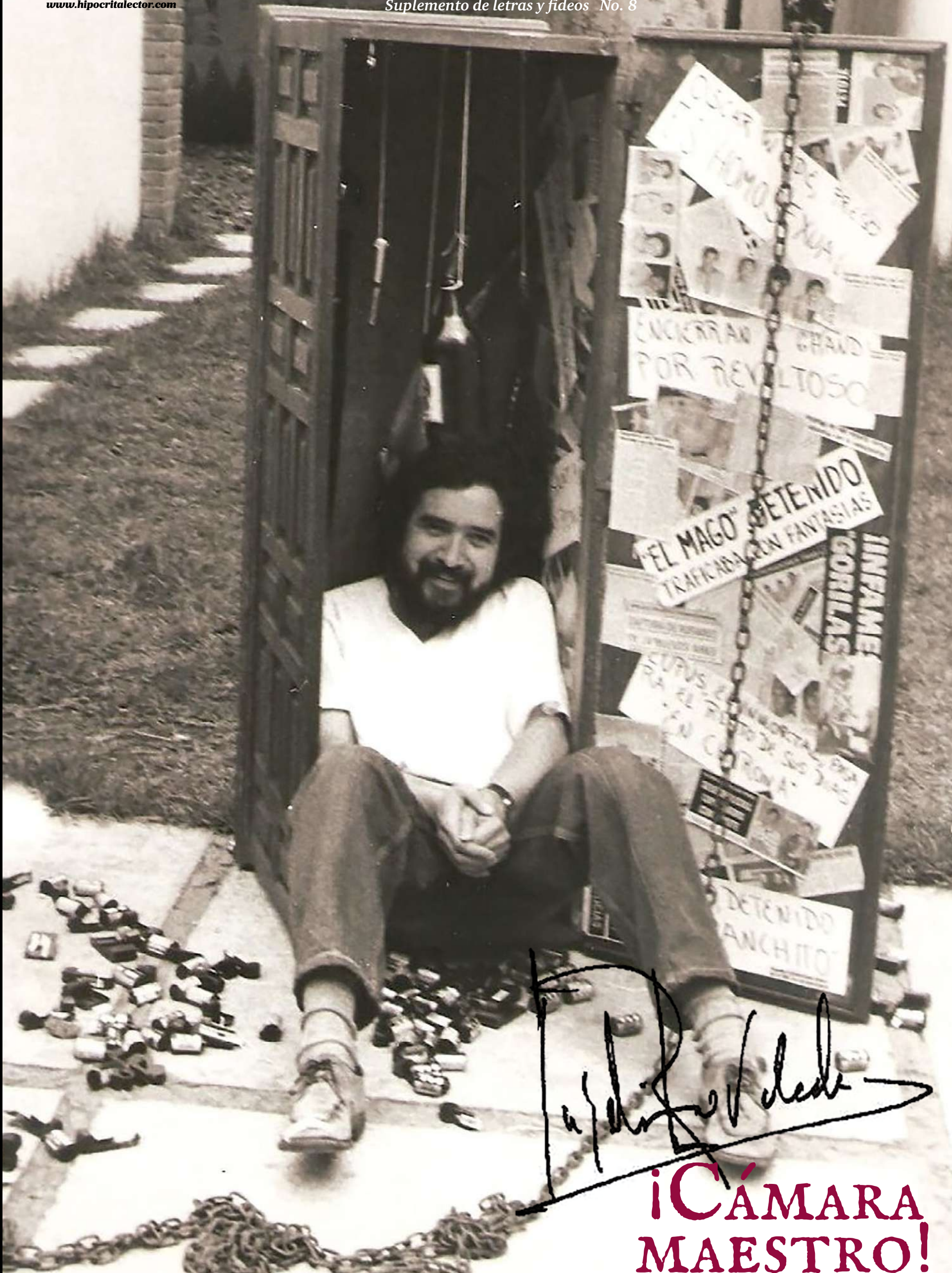




www.hipocritalector.com

La Canalla LITERARIA

Suplemento de letras y fideos No. 8



Eusebio Ruvalcaba

¡CÁMARA MAESTRO!

HOMENAJE A EUSEBIO RUVALCABA POR EL 73 ANIVERSARIO DE SU NACIMIENTO



REZOS Y PÁLPITOS PARA UN SANTO JOVEN

MARIO ALBERTO MEJÍA

Esta presentación tendría que hacerla, pero se negó prudentemente, Coral Rendón, la mujer que todo escritor quisiera tener.

Coral fue la amorosa esposa de Eusebio Ruvalcaba, cuya ausencia física no se volvió una ausencia total —como ocurre cuando la canalla literaria enciende la maquinaria del olvido—, en parte porque quienes aman su obra, empezando por ella, se reunieron en este homenaje merecido y obligado.

Una vez que surgió la idea de dedicarle un número de *La canalla literaria* a Eusebio, Coral se metió de lleno en varias tareas: la de convocar, la de editar y la de darle un seguimiento puntual y amoroso a este suplemento que el lector tiene en sus manos.

Treinta y dos retratos de Eusebio Ruvalcaba coronan este homenaje. Aquí aparecen los textos de algunos que tuvieron con él una cercanía más que amistosa. Y eso queda claro en las generosas líneas que le dedicaron.

Aparecen también los inevitables discípulos y los auténticos seguidores de nuestro autor. En cada línea está presente la admiración, lo que dota a este homenaje de humanidad y escritura, pasión central de nuestro querido Eusebio.

A diferencia de sus padres, que fueron músicos, Eusebio eligió las letras como destino y como lenguaje. Su vasta obra es la mejor prueba de ello.

Cito a mi admirado Vicente Quirarte, quien, por cierto, me presentó a Eusebio en los lejanos años setenta, cuando los tres éramos castos e inocentes: “Dos miradas tuyas recuerdo para siempre: una fue en la iglesia. Cuando me hizo el honor de que yo apadrinara a su hijo León Ricardo, de repente di la vuelta y allí estaba su presencia, segura y solidaria. En los ojos de Eusebio descubrí que la amistad es, como dice Byron, el amor sin alas. Más duradera que cualquier otra forma de afecto.

“La segunda mirada suya está en una fotografía tomada en nuestra juventud, en la cantina La Faena. Eusebio tiene esa mirada implacable de santo joven que desarmaba voluntades femeninas y era puerto de abrigo para el camarada.

“Fuimos hermanos sin saberlo en cuanto nos conocimos.”

Ambos tuvieron padres brillantes —don Higinio Ruvalcaba y don Martín Quirarte—, y de ellos hablaban constantemente. Sobra decir que Eusebio y Vicente fueron dignos hijos de sus padres.

Cito ahora a mi querida María Clara de Greiff, quien me volvió a reunir con Eusebio muchos años después, en una comida memorable, en su casa de Cholula: “¿Cuántas veces me dijo que no había amistad posible entre un hombre y una mujer? Yo lo desafiaba y le respondía que no se fusilara a Aristóteles y le citaba a Wilde: ‘la amistad es más trágica que el amor porque dura más’. Y entonces me decía ‘hermanita’.

“Y es que mi querido Ruvalcks —así lo llamé siempre— vivía con total desenfado, se arrojaba a la vida sin tapujos, con los brazos extendidos, sin paracaídas; adicto a la velocidad y a la pluma fina, de pronto se mecía en las termas de su escritura y de la música. Insaciable y oscilante siempre entre las densidades del inframundo y las alturas celestiales, me decía ‘no somos más que hojas que arrastra el viento’. (...) Ruvalcaba y su lengua clandestina, imprevisible, al leerlo te sitúa en un estado de pérdida.”

Este suplemento está dedicado, en nombre de todos los que aquí escriben, a nuestra querida Coral. Pocas veces he visto a alguien trabajar con tanto esmero, con tanta pasión, en la creación de un suplemento como este. Y pese a no conocerla personalmente, entiendo, con mucha claridad, cómo es que Eusebio y ella se metieron en el fárrago del amor y la pasión durante décadas.

Gracias, Coral, por tanto.

CÓMO QUISE AL BUEN EUSEBIO

NATASHA BIDAULT MNISZEK

Lo conocí por ahí del 2005, en casa de Javier Téllez, en la Condesa. Me lo presentó María Clara de Greiff. Recuerdo esa sonrisa y ese humor picaresco que mostraba desde ese primer encuentro. Me dediqué a leerlo en sus columnas en varios periódicos, como *El Financiero* y luego en *Milenio*.

Lo invité a trabajar con nosotros en el PESKER, Programa de Educación Superior para Centros de Reinserción Social, del que yo era responsable. La Universidad Autónoma de la Ciudad de México ofrece la carrera de Creación literaria y no nos íbamos a perder de tenerlo con nosotros.

Eusebio trabajó en el PESKER desde el 2007 hasta el 2015. Impartió un total de 36 cursos, y talleres en la Penitenciaría de Santa Martha Acatitla, y los reclusorios Oriente y Norte. Sus materias variaban: desde Dramaturgia y Cuento I,II,III y IV, hasta Guion, Narrativa y Poesía Mexicana Contemporánea, y Literatura Mundial Contemporánea.

Yo lo veía cada dos semanas. Siempre metódico, puntual. ¡Todo un personaje! Los internos lo amaban, tenía una forma única de relacionarse con ellos. Les daba un lugar, por encima de las circunstancias por las que estaban internos. Les permitía el derecho a dignificarse por medio de la escritura. Lo quisieron muchísimo. Los hacía reír con esa forma tan suya de contar anécdotas, porque además era un extraordinario narrador oral. Se ganaba el cariño de todos.

¡Como quise al buen Eusebio! ¡Y cómo lo quisieron también los internos! ¡Su muerte nos ha dolido tanto! Es como si fuera reciente, como si no hubiera pasado el tiempo y hubiera muerto ayer. Es de esas muertes que siguen calando como los socavones que aparecen de pronto en la faz de la tierra y cada vez se hacen más grandes.

1988, con los reclusos que asistieron a un evento en su casa de San Miguel Chapultepec. Ya entonces, su interés en darle voz a los internos. **Foto:** Cortesía de Javier Sámano.



AMISTAD EN TRES MOVIMIENTOS, SIN FINAL

PHILLIPE BISSON

● Cuándo y cómo inicia una amistad?

● Llegué a la cava del Club France, invitado por un amigo, para festejar a su esposa. Mi expectativa era la de conocer a un autor, invitado también, que podría ser la respuesta a mi búsqueda de un taller de escritura. Supongo que mi amigo sintió compasión por mi situación luego de confesarle que me había quedado sin taller de escritura y no encontraba otro, y sugirió a un gran escritor para colmar mi anhelo.

Fuimos presentados por ese amigo mutuo. Charlamos fácilmente, intercambiamos teléfonos y correos con la promesa de que me pondría en contacto con él; luego se mezcló en la fiesta. Como no conocía a nadie, permanecí sentado en una periquera. Conocí a su esposa, Coral, quien me compartió aspectos de él en relación con su mundo literario, reciproqué con anécdotas sobre mi vida de escritor principiante. Esto aconteció un viernes por la noche.

El lunes por la mañana encuentro un correo de Eusebio: —¿Qué pasó? No te rajés. ¿Cuándo nos vemos? —escueto, retador.

No me rajé. Esa semana iniciamos el taller. Él y tres pupilos, en el Sanborns de Plaza Cuicuilco. ¡Qué lejano de mi idea romántica de un café para escribir!

—¿Cómo andan de material? —preguntó, para empezar.

Primera sesión: leí un relato. Bien. Segunda sesión: presenté, con orgullo, los dos primeros capítulos de mi primera novela.

—En vez de primera persona en presente, escribe en tercera persona, pasado. Y elimina el primer capítulo porque no aporta nada. El segundo es un muy buen inicio.

Y sí, con esa vuelta de tuerca, como él solía decir, la novela ganó en amplitud y profundidad. Su comentario al leer el final de mi tercera novela:

—Este es un final Hollywood puro. No, no. El protagonista debe morir.

Con el corazón pesado, maté al personaje. Al volver a leerla, súbitamente se tornó interesante, bien armada y con un final inesperado.

Éramos tres, luego dos; nos mudamos a un restaurante en el zócalo de Tlalpan —más acorde con mis expectativas de escritor—. Luego fuimos cuatro, luego dos. Y luego uno. Fin del primer movimiento.

○

Cambiamos de restaurante, a los portales de Tlalpan. Este espacio me agradó. La cita era a las cinco de la tarde y en ocasiones a las dos para comer.

Acostumbré a llegar media hora antes de la sesión; me sentaba en una banca del zócalo —rotaba de banca para tener perspectivas diversas y disfrutar del movimiento y bullicio, o deambulaba por el mercado y por las calles ricas de historias. Me presentaba al taller con texto y actitud positiva. Siempre fuimos puntuales. Lo miraba caminar hacia la cita, siempre con libros en su morral o bajo el brazo.

Daba tiempo de leer el escrito que presentaba, daba tiempo para platicar de literatura y de música, de pasados y futuros, de circunstancias presentes.

Hablamos del interés y las realidades de los concursos literarios y en dos ocasiones me conminó a enviar a concurso una novela y un compendio de cuentos, lo cual me inspiró un relato que, por su recomendación, fue publicado en la revista *Molino de letras* de la Universidad de Chapingo.

Varios años duraron estos encuentros semanales en que leía “mi material.” Él atento y lápiz en mano, señalaba mejoras. Analizábamos ideas, palabras, expresiones, estructuras. Como yo no cesaba de escribir, el taller entre ambos personajes prosiguió unos años más. Fin del segundo movimiento.

2011, con la editora Eugenia Montalván y la chelista Rocío Orozco en la presentación del libro *La música*. **Foto:** Archivo Eusebio Ruvalcaba.



El momento del arena
Eusebio Ruvalcaba

Varios años duraron estos encuentros semanales en que leía “mi material”. Él atento y lápiz en mano, señalaba mejoras. Analizábamos ideas, palabras, expresiones, estructuras. Como yo no cesaba de escribir, el taller entre ambos personajes prosiguió unos años más. Fin del segundo movimiento.



Entonces convivimos momentos más allá del taller. Caminábamos un par de cuadras para buscar mi auto y le daba un aventón a su casa. ¡Ah, las quesadillas que preparaba su vecina en un zaguán! Me invitó y luego se hizo tradición. Un día, rumbo al estacionamiento, entramos a una librería. Me regaló un libro suyo: *Una cerveza de nombre derrota*.

Acudimos en varias ocasiones a la librería Elena Garro en que daba un taller; aprovechábamos para *tallerear* y admirar la librería, original, bien montada, buen café; hablábamos de cine al hurgar entre las películas que vendían en DVD.

Cierta vez en que yo escribía una novela cuyo protagonista tiene sangre gitana, me obsequió un libro de su biblioteca: *Los gitanos*.

Al pasar de los años, me regaló varios libros en función de autores que comentábamos, yo correspondí obsequiándole libros de poetas mexicanos que mi padre había conocido en los años 30.

Lo escuché en varios lugares: la Feria del libro de Minería —salón abarrotado—, en la facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en clase de una amiga mía, escritora y maestra, y en el Club France durante una presentación en su taller de lectura, del cual yo formaba parte.

Cómo olvidar la corriente que fluyó por mi cuerpo durante la presentación de su obra *La música*: él leía un poema del libro y una cellista improvisaba una pieza de acuerdo con la lectura. ¡Experiencia inolvidable! Y en otra presentación, escuchar la música compuesta por su padre, ¡estremecedor!

Escribí el guion para un ballet. Me presentó a un amigo compositor y hablamos del proyecto durante una cena. Conversamos los tres, como viejos conocidos, sobre música, compositores y el guion.

El taller entre dos duró seis años en que, esparcidas entre lectura y lectura, peloteábamos impresiones sobre autores y compositores. Nos despedimos con un brindis navideño y de año nuevo en diciembre de 2016. Fin del tercer movimiento.



Tengo más y más y más. No hay final...

En la sección La celda 55 del libro que me obsequiaste, escribiste:

“3) Los seres humanos somos cosas. A unos cuantos días de mi muerte, mi familia revisará mi clóset y al momento de que sobre la cama vayan cayendo mis camisas, mis pantalones, mis chamarras, dirán: ‘Esto era Eusebio’, y esto otro y esto otro. Porque somos unas cuantas cosas: los libros favoritos, la pluma, nuestro plato, la silla que ocupábamos en el comedor, unos cuantos discos, unos zapatos.”

Te equivocas, Eusebio: para mí, eres un Amigo. Esta dedicatoria tuya, en tu libro *El silencio me despertó*, me lo confirma: *Para Philippe Bisson, cuya amistad me honra, cariñosamente, Eusebio Ruvalcaba.*

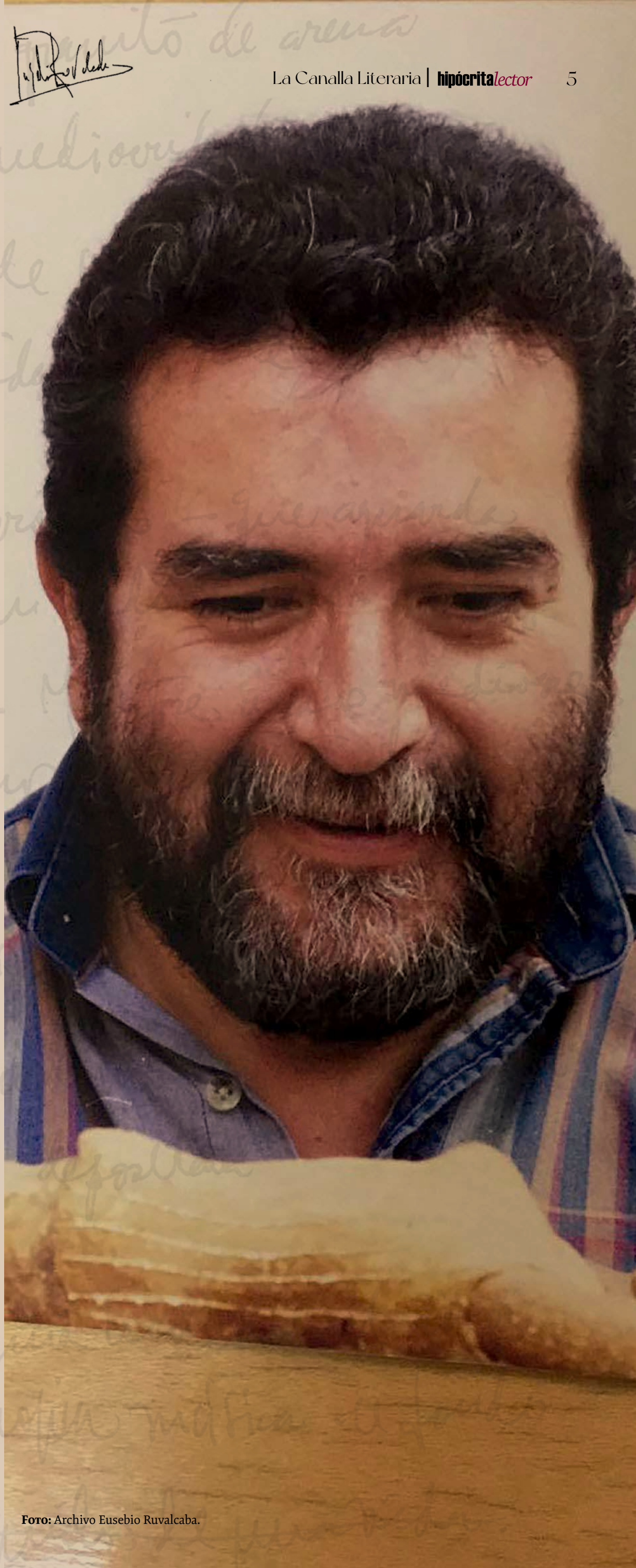


Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

ESCRIBIR POR ENCIMA*

JORGE BORJA

Eusebio Ruvalcaba nunca tuvo un título porque dejó trunca su carrera de historia. Sin embargo fue un reconocido MAESTRO. Esta palabra se le concede a la persona que demuestra un mérito relevante o que enseña una ciencia, arte u oficio. Eusebio fue, sin duda, un maestro, pero de varias disciplinas, artes y oficios.

Maestro del periodismo porque en sus columnas o colaboraciones para *El Financiero*, *Vértigo*, *Siempre!*, *Molino de letras*, *Casa del tiempo* o *La mosca en la pared*, entre otras publicaciones, demostraba siempre un singular dominio del lenguaje, además de erudición sobre los temas que abordaba. Esta doble condición de sus textos nunca lo volvió un escritor para especialistas sino que el tono cordial y el sentido del humor a toda prueba lo volvieron interlocutor de jóvenes y adultos que sentían entrever en sus palabras la verdad de lo que pensaban. Si a esto se añade un rasgo de provocación y cierta dosis de iconoclasia, se obtiene como resultado el que los lectores identificaran a Ruvalcaba como un cómplice de sus afanes más oscuros. De esta manera se entiende la oleada de simpatías y el consiguiente escándalo que ensayos de su autoría, como “Chavos, fajen, no estudien” suscitaron entre sus seguidores y detractores.

Las columnas de Eusebio son de colección. “Érika”, “Con los oídos abiertos”, “Memorias de un becario”, “El león de Érika” no sólo hablan por y con las palabras del lector sino que se convierten en una fuente de instrucción sobre la cultura y el arte. En particular, ofrecen un aporte muy valioso

a la difusión de la música. Tal vez Eusebio sea uno de los escritores mexicanos que más sabe de música, conoce como muy pocos el repertorio de los grandes clásicos, los traduce a la escala de las emociones y los sentimientos humanos. En sus columnas se disfruta la compañía de Mozart como la de un viejo amigo de la infancia, se retrata a Beethoven como a un portento de la naturaleza y se escucha a Brahms como a un atisbo del purgatorio o de la mismísima gloria.

Otra vertiente de su periodismo puede constatare en reseñas, comentarios y noticias acerca de escritores y libros. Eusebio habla de autores reconocidos, con los que incluso es exigente —recuerdo cómo le corrige la plana a una antología de cuento de Tito Monterroso o cómo se expresa con sarcasmo de los autores consagrados por las ventas—, pero también presenta, valora y alienta los libros de escritores nuevos o desconocidos; se dedica, como él mismo señala, a “leer a quien nadie lee, a ponderar a quien nadie pondera, a descubrir la belleza donde permanece oculta para los comerciantes de la literatura.” Como no le parecen suficientes los espacios para realizar esta tarea, inventa otras columnas —“La furia del pez” en *El Financiero* y “Las garlopas” en *Molino de letras*— para dar a conocer a quienes casi nadie toma en cuenta. Somos decenas los autores que le agradecemos este gesto de enorme generosidad.

Eusebio también ejerció el magisterio de la literatura en la enseñanza académica y en la formación de talleres de creación. Practicó la docencia en universidades como la Iberoamericana y la Autónoma de la Ciudad de México, pero a la par —y con o sin el auspicio de instituciones— fundó, promovió y mantuvo talleres de creación literaria y de apreciación musical, lo mismo en Tlalpan que en el Casetón de Neza, en la Fonoteca Nacional que en el Reclusorio Norte. Incluso en su casa, para el puro solaz y esparcimiento de sus cuates.

Comenta Xavier Quirarte: “En su departamento en la colonia Roma

Ruvalcaba es el mentor que inculca en los aprendices que el oficio de escritor requiere de una disciplina excepcional, pero también de una sencillez que lo pone en comunión con cualquier hombre. Es preciso lector que desentraña el andamiaje técnico que hay en novelas, ensayos y sonetos, y también en el equilibrio etéreo de la poesía, que de acuerdo con sus palabras significa “leer con el corazón y el pensamiento.”



Jorge Borja con Eusebio en el parque Juana de Asbaje, en Tlalpan. Foto: Cortesía de Jorge Borja.




En su taller sabatino, en Tlalpan. Fotos: Cortesía de Jorge Borja.

organizaba las sesiones ‘Amigos casi sólo de Brahms’, donde la música se escuchaba con reverencia y luego se comentaba al calor de unos tragos.”

Sus talleres son un espacio para el conocimiento de la literatura y de la música, así como para el cultivo de la amistad. Una especie de escuela multigrado, en la que el maestro atiende a estudiantes de distintos niveles con paciencia y sapiencia. No es el maestro que dicta desde la nube del Olimpo sino alguien que, como ocurre con su literatura, busca siempre puntos de identificación con ellos y los hace sentir únicos en la expresión que van afinando.

Tampoco es el ego creador que impone su tendencia de escritura, es natural y deja que sus alumnos lo sean. Al taller asisten lo mismo poetas que intentan el soneto que cuentistas de barrio o cronistas de la invasión zombi a la Ciudad de México. En todos descubre la chispa literaria y les hace observaciones que mejoran el texto pero respetan el estilo. Anima a quienes no saben cómo amigarse con las palabras y les baja los humos a quienes empiezan a volar muy alto porque ganaron algún premio. A los que llegan por primera vez les da la bienvenida con un vaso de vino. No les cobra a quienes no cuentan con recursos. A los que le caen en gracia y a los que llevan más tiempo los invita a comer. Apoya en la publicación de sus libros y también menciona a sus alumnos en entrevistas y los recomienda en editoriales.

En sus talleres desarrolla métodos de enseñanza que luego ha de plasmar en libros como *Primero la A* (Palabra y realidad del magisterio, 2004), en el que hay ensayos probados para las clases de redacción. O los *52 tips para escribir claro y entendible* (Lectorum, 2011); en ellos se aborda desde el trabajo elemental con la sintaxis, la puntuación y el uso de los acentos hasta los misterios de la novela y el corazón del estilo.

Ruvalcaba es el mentor que inculca en los aprendices que el oficio de escritor requiere de una disciplina excepcional, pero también de una sencillez que lo pone en comunión con cualquier hombre. Es preciso lector que desentraña el andamiaje técnico que hay en novelas, ensayos y sonetos, y también en el equilibrio etéreo de la poesía, que de acuerdo con sus palabras significa “leer con el corazón y el pensamiento.”

Es una persona libre que publica donde quiere, sin encadenarse a los requerimientos de las grandes editoriales y, en ocasiones, llega a aceptar tratos con “amigos editores” a cambio de dos botellas de vino, tal como decía Ben Johnson que era el único pago que debían recibir los verdaderos poetas a cambio de su trabajo.

A sus alumnos nos enseña que el primer y único deber de un escritor es escribir. Escribir por encima de las desgracias familiares, de los apuros económicos, de las desdichas amorosas, de las neurosis y las adicciones; por encima de las presentaciones, los reconocimientos y las publicaciones. Escribir por encima del ninguneo pero, sobre todo, por encima del éxito.

Eusebio juega con todas esas convenciones en varias entrevistas:

—¿Maestro, por favor díganos en qué se inspiró para escribir su poemario?

—Es tan bella tu pregunta que no quiero ultrajarla con mi respuesta.

—Señor Ruvalcaba, dicen que su literatura abunda en malas palabras y se regodea en la inmundicia y las deposiciones, ¿se considera el mayor exponente del realismo sucio en México?

—Mejor hablemos solamente de las deposiciones.

—Maestro, usted que ha ganado el Premio Nacional de Novela Agustín Yáñez, en 91, el Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí, en 92, y el Charles Bukowski de Anagrama, en 2004, ¿qué les puede aconsejar a los escritores jóvenes?

—Como me dijo un chinito: ¡Nunca tomarse en serio!

Aparte de los más de sesenta libros —novelas, aforismos, poemas, epístolas, ensayos y cuentos— que tuvo a bien escribir, Ruvalcaba también ejerció a fondo el magisterio de la amistad, esa flor preciosa que cultivó como nadie. Lo saben y pueden dar fe de ese don incommensurable los cantineros y meseros que siempre le invitaban las de la casa; el tortillero de su colonia, que de manos del autor recibió uno por uno la colección completa de sus libros; los perros de la Carrasco que alborotaban los rabos y se asomaban por el pretil de la azotea cuando Eusebio salía de la cantina La perla para saludarlos a ladridos; lo sabemos los amigos que lo seguimos extrañando.

El recuerdo de sesenta y cinco años de una vida derramada en la creación, difícilmente puede sintetizarse en unos cuantos párrafos. Me basta decir que, como ocurre a muchos otros de sus alumnos y amigos, la presencia de Eusebio Ruvalcaba sigue vigente en mí a través de sus certeras palabras y su luminosa memoria, que me invitan reiteradamente a disfrutar la inmensidad de cada minuto en este monstruoso e increíble mundo.

Gracias, Eusebio. Dios y tus lectores te concedan larga vida.

*Palabras pronunciadas el 6 de febrero de 2018, en el homenaje a Eusebio Ruvalcaba en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes.

El día de la vida

LA ÚLTIMA PUERTA DE EUSEBIO RUVALCABA

CARLOS BORTONI

1.

Hace unas cuantas semanas sentí la necesidad de visitar la última puerta de Eusebio. Seguramente no fue su última puerta. No. Seguramente su última puerta fue una en el hospital donde murió. O alguna en la funeraria donde lo velaron. Incluso habrá quien piense que su última puerta fue la del ataúd donde metieron su cuerpo. En fin. Da igual. Seguramente me equivoco. Pero hace unas cuantas semanas sentí la necesidad de visitar la última puerta de Eusebio, en la calle de Zapote, en el barrio de San Fernando, en Tlalpan.

2.

Se trata de una puerta pequeña, estrecha, con tan poco encanto que resulta encantadora. Una puerta de lámina en la parte inferior y vidrios —enmarcados y protegidos por más lámina— en la parte superior. Con el número 42B. Pintada de negro, tal vez de un gris muy oscuro. Cuando visité a Eusebio por última vez, creo que estaba pintada de verde. Seguramente me equivoco. Sobre ella, desde la parte superior de la pared, cuelgan unas pocas enredaderas. La puerta está a poco más de un metro de una falsa esquina que se forma en la calle, al final, o al principio, de su parte más angosta. Detrás de ella, de la puerta, había un estudio —bastante amplio— que Eusebio habitó.

3.

No recuerdo si visité a Eusebio, en aquel estudio, una o dos veces. No importa. Sólo importa la puerta. De alguna manera se ha convertido en lo único que me queda de Eusebio. Lo único tangible que me queda de Eusebio. Y lo único que puedo compartir de él con alguien más. Lo único que quiero compartir de él con alguien más. Sin duda alguna, una puerta parecerá poca cosa. Sin duda alguna, una puerta pequeña, estrecha, de lámina en la parte inferior y vidrios —enmarcados y protegidos por más lámina— en la parte superior, pintada de negro, tal vez de un gris muy oscuro, y con tan poco encanto que resulta encantadora, en una calle que se llama Zapote, parecerá poca cosa para recordar a Eusebio; un sujeto prolífico como pocos. Un sujeto prolífico más allá de su prolífica obra.

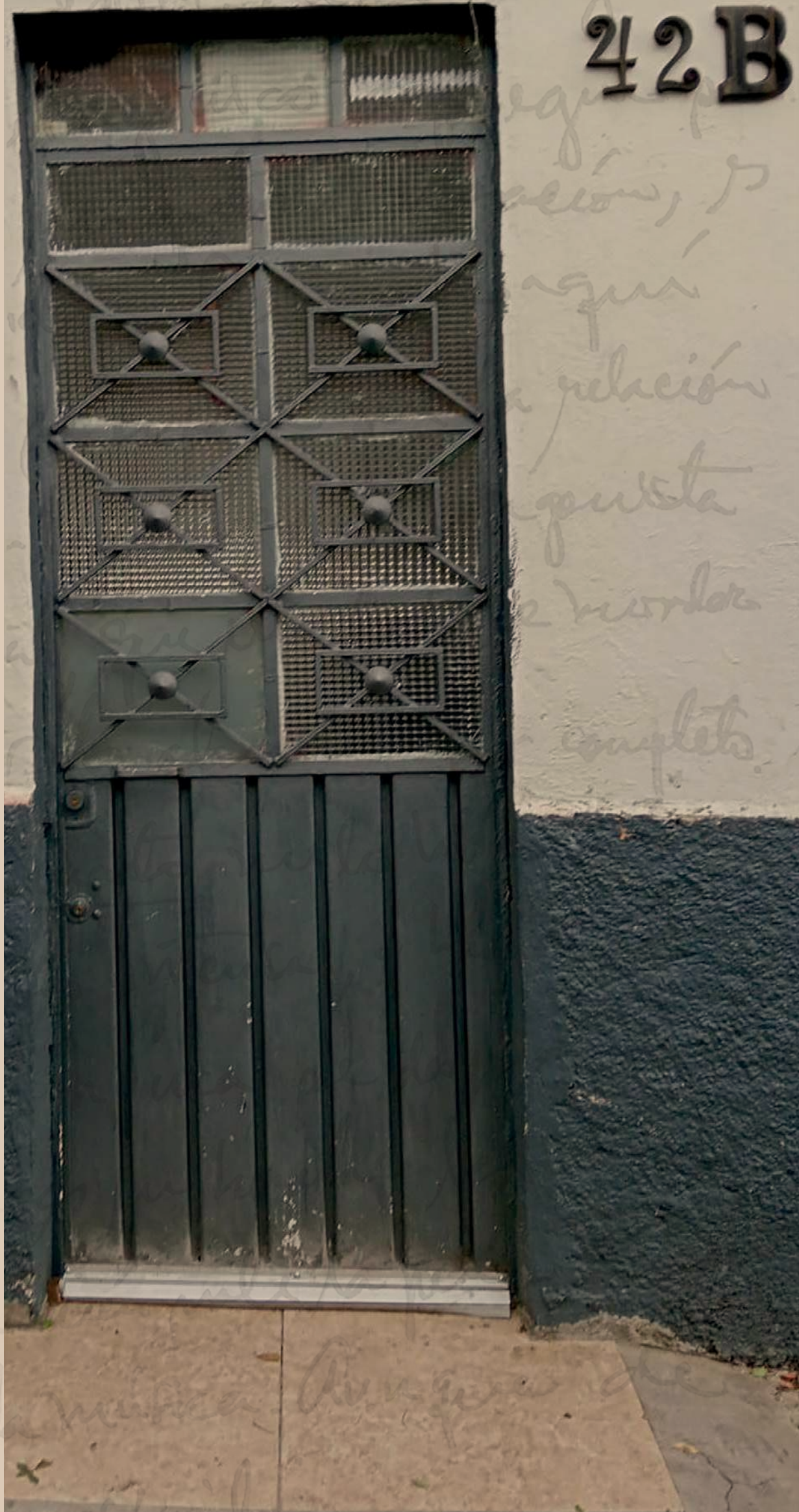
4.

Detrás de esa puerta sucedía lo que sucedía siempre que Eusebio te invitaba a pasar, no importa a dónde. Eusebio compartía. Música, vino, comida, lecturas, tiempo, lo que fuera. Como fuera y mientras uno lo dejara compartir.

5.

Desconozco por qué comparto su puerta, su última puerta. Quizá por mezquindad. Quizá porque desconfío de los homenajes. Quizá porque tengo miedo de recordar a Eusebio y seguirlo extrañando. Quizá porque la puerta está cerrada y no hay forma de tocar a ella y que Eusebio me invite a pasar. No importa. Sólo importa la puerta. Una puerta con tan poco encanto que resulta encantadora. Una suerte de insignificante Meca para quien necesita una Meca profana, vernácula, diminuta, frente a la cual sentarse y dejar que la vida termine. Lo cual no es poca cosa, como solía decir Eusebio.

Foto: Cortesía de Carlos Bortoni.



CAYITO Y DON SILVESTRE

—UN ENCUENTRO INESPERADO—

HÉCTOR CASTILLO BERTHIER

27 agosto 2024

EL NOMBRE OSCURO

Durante muchos años no lo vi, no lo encontré... pero nunca lo olvidé.

Corría el año de 1975 o 76, cuando apareció Carmen —su mamá— para entregarme una lista de poemas titulados “Beethovenianas” o algo así, que había escrito Cayito, su hijo. Aprovechando que entonces yo trabajaba como periodista en el *Heraldo de México* —nadie es perfecto— los llevé al diario, a la redacción. Unas semanas después se publicaron y me dije: siempre pensé que Cayito sería violinista, pero no poeta... Con los años cambió mi percepción: se volvió escritor.

Tenía años de no ver a Cayito, desde que éramos niños, cuando venía a alguna fiesta en mi casa y siempre se comía mis chocolates, o en la avenida Mazatlán, en la Condesa, para ver el telescopio del tío Paco, o cuando visitábamos a su mamá en la casa de la San Miguel Chapultepec. Muchísimo tiempo pasó sin vernos en nuestra adolescencia y juventud.

Cuando lo reencontré, Cayito ya era un escritor famoso, muy conocido, que también daba pláticas y conferencias, pero que curiosamente sólo utilizaba su segundo nombre para firmar sus trabajos como Eusebio Ruvalcaba. No utilizaba su primer nombre —Eucario, con el cual lo conocíamos todos los primos—, que le fue puesto en honor a su abuelo. Para nosotros siempre fue Cayito. Por eso, cuando vi que sólo utilizaba Eusebio como nombre me dije: pinche Cayito, no cambia.

Entre los años de 2006 y 2007 desarrollé un proyecto con Circo Volador, en Sinaloa, donde realizamos muy diversas acciones comunitarias. En nuestro equipo de trabajo participaba Eduardo Lizalde Farías, un dinámico productor de video y documentales, con su novia, Citlalli Fuentes, una queridísima colega que —junto con Manuel, su papá— eran muy buenos amigos de Eusebio.

Un día que estábamos platicando, apareció mi primo en la conversación. Citlalli me preguntó: ¿entonces tú eres primo de Eusebio? No, no —le dije—, soy primo de Cayito. Y la risa apareció entre todos. Nadie lo conocía por Cayito. Es más, ni siquiera sabían que también se llamaba

Eucario. Cayito era Eusebio y Eusebio era Cayito. Por eso al final todos fuimos muy felices por ser los amigos y familiares de uno o de otro.

DON SILVESTRE

Después del terremoto de 1985 me mudé de la zona centro de la ciudad a una casa muy cerca de donde vivía Cayito. Varias veces nos encontramos y un día me dijo: almorcemos mañana en El puente —una pequeña cantina que hoy ya no existe, en la misma colonia donde vivíamos.

Llegué ahí a las 13:00 horas y Cayito ya se encontraba en una mesa para cuatro personas. Él estaba sentado en una silla y en otra —a su lado— había una fotografía enorme de Silvestre Revueltas, el violinista y compositor mexicano. Me permití invitar a la reunión a don Silvestre, espero que no te moleste —me dijo Cayito, mientras sonreía y le pedía al mesero una cuba para él... y otra para don Silvestre.

La familia. Los abandonos. Los hijos. Las novias. Las rupturas. Las injusticias. El amor. La corrupción. El vicio. La revolución. La anarquía. Los sueños. Los violines. Y la música, siempre la música. Así pasó corriendo la tarde en medio de nuestras reflexiones. Mientras Cayito se bebía su cuba y al final se bebía también la de don Silvestre.

Asistimos un día a la inauguración de una muestra de pintura y nos encontramos con Citlalli. Fue también una tarde maravillosa, recordando viejas anécdotas de la familia. Cayito tenía sus cejas ya muy blancas, igual que su barba y su bigote. A él no le importaba que yo siguiera llamándolo Cayito... aunque fuera Eusebio.

Pasó mucho tiempo y yo apenas conocía un par de sus libros... tenía mucho que leer para comprender mejor a mi primo. Así lo hice y las veces que coincidimos por un asunto u otro siempre quedamos en volver a vernos... lo cual nunca sucedió.

El 3 de septiembre de 2017, después de un accidente, me enteré de que Cayito ya había partido de este mundo... ¡qué duro golpe! Al llegar a la funeraria y saludar a sus hermanas y a Coral, me encontré con dos viejos amigos. A uno de ellos —que había trabajado en la Bolsa de Valores en mi época de periodista— lo conocía ya de muchísimos años. El otro, Julio Bracho, es también investigador, trabaja conmigo en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Platiqué con Julio y le hablé de Cayito. Julio rio. Me confesó que no le gustaba que lo llamaran así: él es Eusebio, me dijo.

Por eso, en estas fechas de recuerdos, mando esta remembranza de Cayito que —sin ninguna duda— en la historia de la literatura será siempre recordado como Eusebio Ruvalcaba. Nadie se baña dos veces en el mismo Eusebio, solía decir.



2009. Ferviente admirador de Silvestre Revueltas, cuya foto colgaba de una pared en su casa —ángulo superior izquierdo. Foto: Cortesía de Áurea Salinas.

UN AMIGO Y UN ESPACIO PARA EL ENCUENTRO

YOLANDA CICERO OCARANZA

Conocí a Eusebio en Tlaxcala durante un curso de periodismo cultural impartido en la casa-oficina de la editorial que Yoli y yo fundamos, Grupo Editorial Gudiño Cicero. Después inició un taller dirigido por Eusebio, del cual salieron varias novelas que luego fueron publicadas por nuestra editorial.

Posteriormente, ya en la Ciudad de México, se formó un taller dirigido por él que tendría una duración de ocho sesiones... pero se prolongó por más de ocho años. Eusebio nos hacía sentir únicos e importantes; su calidad humana, su sencillez y bonhomía nos llenaban de contento. Lo extraño.

Amigo, donde quiera que estés sabes que ocupas un lugar especial en mí.



2006. Con el compositor Leonardo Coral y el editor Arturo González durante la presentación de *52 tips para escuchar a Mozart* en la Sala Carlos Chávez de la UNAM. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

EUSEBIO RUVALCABA, UN AMIGO ESPECIAL

LEONARDO CORAL
Agosto de 2024.

Una tarde llegué a dar mis clases de piano a niños en la Escuela Ollin Yoliztli y un señor me estaba esperando. Me dijo: tu cuarteto de cuerdas *Formas acuáticas* acaba donde empezó, ¿verdad?, me quedé estupefacto y pensé: y este tipo, ¿de dónde salió? Realmente no es de todos los días que de repente alguien te diga con precisión algo tan específico. Intrigado, me acerqué y se presentó: Eusebio Ruvalcaba a tus órdenes, me gustaría que le dieras clases de piano en esta escuela a mi hija Érika. Sí, claro, por supuesto. Durante un tiempo le di clases a la niña —muy talentosa, por cierto.

Ese mismo día del primer encuentro Eusebio me dijo: escribí algo sobre tu cuarteto, ya lo verás. En efecto, escribí en un medio importante una magnífica reseña crítica. Después escribió muchas veces sobre diversas obras mías y sobre mi trayectoria, le tengo profundo agradecimiento.

Eusebio me invitó a comer con mi esposa Tere y conocí a su maravillosa familia y su fascinante mundo literario y musical. Hijo del gran violinista y compositor Higinio Ruvalcaba, su estirpe musical era fabulosa. Tenía una pared tapizada de cds y podíamos tener interminables conversaciones sobre Beethoven, Mozart o Ligeti. Tremendo melómano, se descarrió con la literatura.

Tenía una muy especial vena irónica como escritor y periodista. Y también una enorme cantidad de seguidores, me tocó estar en muchas presentaciones de sus libros, que siempre tenían gran éxito. Algunos de sus títulos: *Músico de Cortesanas*, *Una cerveza de nombre derrota*, *Gusanos*, *El arte de mentir*, *La tumba del alacrán*, *Al servicio de la música*, *Pocos son los elegidos*, *perros del mal*, *Un año con Mozart...* en fin, su producción literaria es amplia.

La primera obra que leí de Eusebio fue *Un hilito de sangre*. Me la dio una tarde y me piqué en la lectura sin parar hasta terminarla. Me la tiré de un hilo, eso solamente me ha pasado también con *Ensayo sobre la ceguera* de Saramago y con *Crimen y castigo* de Dostoievski. Luego, al platicarle sobre mis tribulaciones en la vida me dijo: No tomarse en serio, como el personaje de un chino sabio en su novela.

Eusebio Ruvalcaba me brindó una perspectiva humana entrañable, se le recuerda con gran aprecio, es de esas amistades que surgen de manera espontánea e inusitada. Indudablemente enriqueció mi vida con su talento, generosidad y espíritu irónico.



PARA RECUPERAR LOS TONOS DEL MUNDO

PITA CORTÉS

junio 10, 2017 faro de oriente

enero 19, 2014, eusebio escribió:
—pita: ¿cómo estás? ¿cómo van las cosas? ¿acaso el mundo ha recuperado sus tonos alegres para ti?

enero 20, escribimos:

—eusebio, el mundo me importa un bledo, pero sus colores sí me importan mucho.

—no sabes qué alivio han significado tus palabras, pita, cada pena tuya me sangra el corazón. pero con alegría veo que las cosas empiezan a recuperar su sino.

eusebio



mi madre murió al terminar el año 2013 pero eusebio se enteró en enero de 2014 y tuvo la delicadeza de no invitarme a comer, desayunar ni cenar; esperó pacientemente a que el invierno se fuera y en plena primavera, justo cuando los colores del mundo brillan más, me invitó a presentar su libro *temporada de otoño*.

gran regalo de cumpleaños, porque este libro se convirtió para mí en el camino hacia fuertes emociones... de esas que se quedan en la memoria sonora. sin pudor

alguno hay que ponerse flojita y caminar tomada de la mano de este hombre que sabe que la fantasía corre a la par del gozo con el arte. son textos breves que no hacen alarde de conceptos y términos que aburren, agobian y terminan por hacernos desistir.

entre mis compañías más entrañables están el sonido, el silencio, el ruido y eusebio, porque soy una persona que, micrófono en mano, intenta atrapar las sonoridades del mundo con todos sus ecos, sombras y brillo. sé que eso es imposible, pero la magia está en el intento... él me enseña a escuchar, como en los capítulos de este libro, desde la luneta, la platea o un palco.

a muchas personas no les gusta la luneta y es un excelente lugar, sobre todo al centro, porque desde ahí se capta el sonido de todos los instrumentos y podemos percibir una amplia gama de frecuencias debido, justamente, a la distancia: “ahí la música se desparrama y contagia su energía”, como bien dice eusebio.

en bellas artes, una de las zonas ideales para escuchar es la luneta porque no tiene muros intermedios y el sonido se desplaza con libertad... es el mejor lugar para escuchar, por ejemplo, el *danzón número 2* de arturo márquez, ahí se aprecia la orquestación portentosa de la que nos habla el autor de *temporada de otoño*: “un tsunami musical”, apunta.

en el palco el sonido se escucha lateralmente. no es buena idea sentarse ahí cuando se va a escuchar una orquesta sinfónica porque solamente se tiene la opción de escuchar del lado izquierdo o del lado derecho. pero si vamos a oír un violinista, eso ya es otra cosa; por eso eusebio nos coloca en un palco para escuchar el concierto para violín de tchaikovski. ¡guau! afirma: “en un palco se pueden llorar lágrimas de sangre entre amigos que te van a ofrecer un pañuelo y te acompañarán con sus propias lágrimas”.

Con Emiliano Pérez Cruz y Pita Cortés. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

atruan
aire.
fondo
isa.

aquí en mis manos está su *encore*, maestro —la parte final del libro, de un gran concierto—. en esta parte, conmovidos y excitados, pedimos con aplausos que se repita ese trozo de belleza que queremos llevarnos en la memoria de la piel y como huella sonora.

eusebio, maestro: ya estoy en temporada de otoño, y al igual que aquella mujer devastada que alguna vez tocó a su puerta, encuentro en su inagotable presencia sonora una fuente de luz y alegría.

pregunta usted que cómo van las cosas, si acaso el mundo ha recuperado sus tonos alegres para mí. sí, en invierno sangró el corazón, pero con alegría veo que las cosas empiezan a recuperar su sino.

como en sus breves mensajes, aquí todo está escrito en minúsculas porque “nada es para tanto”, porque “todos volveremos a la vida por efecto de la música.” soy un ser vivo intenso que ha vuelto a la vida por efecto de la música, la música que usted lleva en el corazón, maestro.



PUNTAS AL ALBAÑIL

Al único que puede probarlas: Eusebio Ruvalcaba.

Mis puntas al albañil nada tienen que ver con tu *Potato Latkes*, Margaret, pero tus líneas me recuerdan tanto esa mañana, cuando mis manos y su boca se movían al mismo ritmo.

Él reconstruía para mí algunos pasajes de su novela más reciente y yo construía tres platillos para él. Estaba segura de que escogería las puntas al chipotle o a la mexicana porque llevan jitomate, y me esmeré en ellas, pero me equivoqué. Su historia, que yo escuchaba en exclusiva, fue atrapando mi atención mientras con las manos colocaba cuidadosamente en la sartén los trocitos de filete y tocino con un poquito de sal y pimienta. Era un momento especial: su voz a mis espaldas, una luminosa mañana de invierno, un jarro con café de olla que sabe a canela y ese olor de comida que se prepara sin prisa, sintiendo en las manos texturas y habilidad; bajé la lumbre cuando agregué la cebolla fileteada y las rajas de chile cuaresmeño. Quería ganar tiempo para voltear y mirarlo.

Sus ojos se ponían tristes mientras narraba esa historia de la que yo quería saber más; me llevó a compartir sus emociones que eran tan intensas, tan reales, que empezó a llorar sin que yo pudiera decirle nada porque tenía un nudo en la garganta. Nunca seré escritora —admití interiormente mientras colocaba unas tortillas calientes sobre las puntas al albañil para que sudaran con el jugo de la carne.

Con él aprendí a guardar silencio, a mirar a los ojos cuando brillan más que las palabras, y en ese momento el silencio resultaba ideal, así que también lo aproveché para sacar el guiso de la lumbre y acercárselo. Me senté a su lado y estúpidamente le pregunté: ¿Cómo se hace? ¿Cómo ocurre?

Me miró extrañado mientras le daba la primera mordida a su taco, masticaba suavemente, como esperando que me explicara. Quiero decir —agregué— cuando uno descubre que, dormido y despierto, dentro le bullen historias que, como en un embarazo múltiple, crecen y crecen con el deseo de nacer algún día. ¿Cómo ocurre ese milagro? No el de la escritura, no —dije hecha bolas— sino aquello que pone feliz a un editor y que luego festejan miles de lectores. Nuevamente el silencio. Sus labios se movían rítmicamente mientras yo buscaba su mirada. Finalmente la encontré: era placentera, cálida y hasta alegre.

Tal vez ocurre... —me contestó con una sonrisa antes de tragar el bocado—, vino un silencio y luego agregó, mientras se preparaba su tercer taco: como ocurrieron estas puntas al albañil.



1987, en su casa de San Miguel Chapultepec. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

TENGO OTROS PLANES,

TERMINAR LA PRIMARIA Y DEDICARME A VIAJAR...

ÓSCAR COTE PÉREZ

Es genial tener encuentros felices, coincidencias espontáneas.

Era 1995 o 96, en el plantel U-3 del Colegio de Bachilleres, Puebla, se llevaba a cabo una semana cultural, no recuerdo si me invitaron o me invité. La sala estaba llena, probablemente de pandilleros volándose alguna clase, invitados de los que habían pedido espacio para presentar algo, la chica que siempre me gustó —que ya me había dicho que no— y ciudadanos profesores del plantel.

Recuerdo haber estado nervioso, sudando, pero pos pues ya estaba ahí: flaco, pelón y con un texto bien chido, el cuento “El abanderado”, de Eusebio Ruvalcaba (para esta colaboración recién lo releí, es increíble cómo entre sus líneas se escondieron varios recuerdos).

En aquella época de juventúdivinotesoro, al momento de la lectura busqué interactuar con el público en varios momentos, resultó bien. El cuento es breve, va de un niño desmadroso que es puesto en la escolta, al momento de estar ante el micrófono en una ceremonia se le ocurre decir

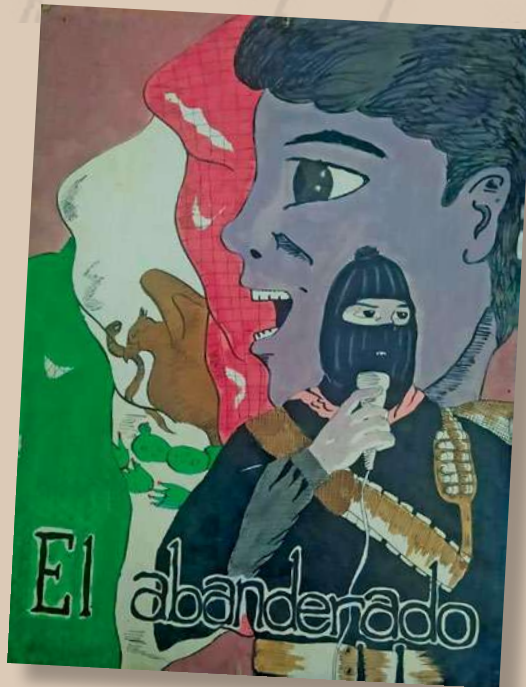


Ilustración hecha por el autor de este texto, por allá del 2000.

—ni siquiera era evento de las fiestas patrias sino día de la bandera— “¡Viva México!” y los niños en la escuela: “¡Viva!” (y la gente en la sala donde yo hacía la lectura también: “¡Viva!”); “¡Viva el subcomandante Marcos!”, y los niños en la escuela: “¡Viva!” (y en la sala donde leía se escuchó el sonoro rugir del “¡Viva!”).

Y bueno, al protagonista lo cambiaron de escuela. Por mi parte viví un momento agradable y divertido, y quienes estuvieron en esa sala también, gracias a Eusebio Ruvalcaba. Hoy tengo la fortuna de hacer la formación gráfica de este material en su memoria, ¡salud onde antes, maestro!

LA ÚLTIMA POSDATA

ADÁN CRUZ BENCOMO

Eusebio era un buen hombre, buen amigo, buen escritor. En todas tres naturalezas —así se decía en el siglo XVI, sin el artículo correspondiente— en todas tres naturalezas, pues, a cual más, mejor dicho, magnífica. Tanto, que no sé cuál sea más importante —o más grande—, si la del hombre, el amigo o el escritor. Como en el caso de Beethoven, quien a ratos se me representa más grande como hombre que como músico, así me ocurre un poco con Eusebio. El sordo de Bonn es inmortal, cierto, por su *Novena*, su *Patética* o su *Concierto para violín en re mayor*, pero lo es también por la cantidad de sufrimiento que supo resistir con la tragedia de su oído y con la desdicha o desgracia de sus amores. En el caso de Eusebio, dejó historias memorables en sus novelas y cuentos, pero también en el trato y generosidad con sus amigos.

Una vez lo invité a dar una plática sobre uno de sus libros en la Preparatoria 9, escuela en donde yo daba —y doy— clases. Causó revuelo su presencia entre los estudiantes. Entre gritos, risas y aplausos de muchachos, Eusebio estuvo durante más de tres horas respondiendo cada una de las preguntas. Yo nunca tuve cómo pagarle esa gran ayuda que me dio con la formación humanística de los jóvenes. Al día siguiente, cuando platiqué con los alumnos, había en sus palabras un entusiasmo diferente. Presumían la dedicatoria de sus libros, leían pasajes del *Hilito...*, recordaban las ocurrencias y metáforas de Eusebio y me pedían con pasión que lo volviera a invitar.

Desde ese día, Eusebio y yo quedamos amigos.

Luego, él me invitó a comer a su casa. Comimos unas ricas viandas preparadas por Coral, platicamos de libros y de



Diseño de las portadas: Instituto Politécnico Nacional.

música —de qué más íbamos a platicar— y cuando dijo que ya era hora de ir al periódico donde trabajaba, me ofrecí a acompañarlo. En el trayecto, me platicó cómo se hizo escritor, cómo publicó por vez primera un libro y cómo una de sus principales influencias era J.D. Salinger, un autor, por cierto, que yo no conocía. “He leído ese libro como tres veces”, me dijo. Bajamos en Insurgentes y tomamos otro camión rumbo a la colonia Pensil, si mal no recuerdo.

Luego nos vimos muchas otras veces en otros muchos restaurantes y cantinas y bebimos muchos otros tequilas. Eusebio era un hombre triste, como muchos otros hombres verdaderos. Por eso quizás gustaba tanto de la alegría, pues sabía lo que era la tristeza.

Yo lo recuerdo mucho, lo extraño, sobre todo cuando escucho un concierto para violín, pero también cuando releo las colaboraciones que dejó en infinidad de revistas y periódicos. Y aquí, cuando llego a este punto, me vuelve a pasar lo del hombre y el amigo, porque no sé cuál es más grande, si el escritor o el periodista, en caso de que éstos fueran dos quehaceres diferentes. Y es que el genio de Eusebio cupo así en la ficción como en la fugacidad de una realidad cotidiana. Tan grande fue en la extensión de una novela como en la brevedad de un artículo de periódico.



1987, en su casa de San Miguel Chapultepec. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

DESPUÉS DE EUSEBIO RUVALCABA, “UN SILENCIO INDESTRUCTIBLE”

MARÍA CLARA DE GREIFF

Para Coralísima Rendón (viuda de Ruvalcaba), Érika Corral, León Ricardo, Flor y Alonso, toda la cepa Ruvalcaba.

Conocí a Eusebio Ruvalcaba en los años noventa, yo trabajaba en la sección de cultura del periódico *El Financiero*, donde él tenía su columna “Érika”, en honor a su hija y, si mal no recuerdo, a la máquina de escribir en la que escribía sus artículos. Los domingos lo veía llegar a la entrega de su colaboración, seguida de encuentros en la cantina El fogonazo con el encargado de la sección.

Desde entonces leerlo ha sido un ritual sagrado, una neurosis, una invitación a los abismos de la intensidad y de lo sublime. Un goce en estricto sentido barthesiano: “los textos de goce son perversos en tanto están fuera de toda finalidad imaginable”. Leer a Eusebio Ruvalcaba era y es una experiencia de delirio.

A vuelo de hadas y dragones pasó la vida y todo lo que con ella acontece. Nos reencontramos a principios del 2000, cuando él iba a la Universidad Iberoamericana Golfo-Centro a impartir semanalmente el taller de creación literaria para el programa de la maestría en letras iberoamericanas. Puedo decir que entonces sí conocí a Eusebio Ruvalcaba: en sus presentaciones en la librería Profética, en los diplo-

mados de periodismo cultural organizados en Tlaxcala por Yolanda Gudiño y quien esto escribe, en las muchas tertulias literarias en mi casa de San Andrés Cholula, en sus talleres literarios en la Ciudad de México y la de Tlaxcala, en las comidas con su bellísima familia en su casa de 11 Mártires en Tlalpan... la lista es larga.

Nació entre nosotros el frenesí de una amistad y una relación epistolar, una amistad de goce. Con encuentros y desencuentros, con subidas y picadas estrepitosas. En alguna ocasión le envié un correo electrónico donde le decía que seguramente estaba furioso conmigo por esto o por aquello o por lo otro. Categórico respondió: “no hay mujer que me produzca furia, si acaso desencanto”. Así de implacable. Sin concesión alguna. Como el puñetazo en el estómago del que acertadamente habló Mario Alberto Mejía en su “Quinta Columna” cuando escribió sobre la muerte de Eusebio en febrero del 2017. Así. Exacto. Brutal. Despiadado. La respiración no tiene cupo, no tiene asomo. Porque con el acto de escritura de Eusebio Ruvalcaba si acaso se respira.

No obstante, la relación epistolar continuó. Días después habría de escribirme en minúsculas como lo hacía siempre en sus correos electrónicos: “carajo, maría clara, al fin te soltaste el chongo, eres puta y eres poeta. las dos pes, las únicas dos pes a las que puede aspirar una mujer. e”. Nuevamente el *knock out*. Ruvalcaba y su lengua clandestina, imprevisible, al leerlo te sitúa en un estado de pérdida.

¿Cuántas veces me dijo que no había amistad posible entre un hombre y una mujer? Yo lo desafiaba y le respondía que no se fusilara a Aristóteles y le citaba a Wilde: “la amistad es más trágica que el amor porque dura más”. Y entonces me decía “hermanita”.

Y es que mi querido Ruvalcks —así lo llamé siempre— vivía con total desenfado, se arrojaba a la vida sin tapujos, con los brazos extendidos, sin paracaídas; adicto a la velocidad y a la pluma fina, de pronto se mecía en las termas de su escritura y de la música. Insaciable y oscilante siempre entre las densidades del inframundo y las alturas celestiales, me decía “no somos más que hojas que arrastra el viento”. Porque con el Ruvalcks el punto



Los textos históricos de Eusebio. Su escritura en eterna eclosión, igual que su vida, rezumante de tan viva. Porque para Eusebio, como bien decía Alejandra Pizarnick, “vivir es una herida abierta.”

medio no tenía cabida, en sus diccionarios no existía la tibieza ni las aguas mansas y templadas.

“Yo no soy escritor —los escritores escriben, yo pergeño, los escritores persiguen la belleza, yo la desdengo; los escritores se enamoran, yo sufro el desprecio de las mujeres, los escritores viven con pasión la realidad que los circunda, yo abomino de ella; los escritores son cultos, yo con trabajos distingo a Borges de Ciorán; los escritores hunden las manos en la literatura y las sacan empapadas de vida, yo las hundo en la vida y las saco empapadas de desconsuelo—; digo que yo no soy escritor pero si lo fuera abandonaría la palabra por la música.”

Los textos históricos de Eusebio. Su escritura en eterna eclosión, igual que su vida, rezumante de tan viva. Porque para Eusebio, como bien decía Alejandra Pizarnick, “vivir es una herida abierta.” Ocurrente, atrevido, cáustico, con la lesna bajo el brazo llegaba cada martes a comer a mi casa antes de su taller de creación literaria y sacaba de su bolsillo una botellita con salsa picante porque “los hombres recios de Jalisco no comen sin chile.”

Y había que escucharlo antes de salir, porque cual gnomo maldoso, al menor descuido metía en su portafolio un libro, un adorno o cualquier cosa que le gustara o se le atravesara, que aparecería después en su casa. Con un sentido del humor negro y unos apuntes de fineza agudísimos.

Mientras esto escribo trato de recuperar el aliento. Parpadeo y me parece escucharlo en las múltiples reuniones en que estuvimos decirme una y otra vez que ponga *Famous Blue Raincoat*, la rola de Leonard Cohen. Las tertulias con el Ruvalcks tuvieron inicio; el final era siempre un anacoluto.

Irreverente hasta el más allá, cuando en vano yo trataba de convencerlo de que leyera a García Márquez me respondía, mordaz: “no me gusta la literatura de conejitos de colores que brincan y ascienden a los cielos.”

Respiro. Parpadeo nuevamente y lo veo sentado en el jardín conversando acerca de Schubert con mi padre, y de la nada los escucho tararear “Los caminos de la vida.” Respiro. Parpadeo. Contesto el teléfono y oigo su voz entrecortada desde el hospital después del accidente de León Ricardo en la bicicleta. Lo escucho contarme que caminando con su bella Érika por el Parque México en la Condesa se encontró a John Malkovich. Respiro. Cae la noche y con ella sus insomnios, tomo en mis manos algunos de sus disímiles libros. Ruvalcaba se deslizaba por los géneros literarios y hacía de ellos su propia pista de patinaje artístico. Sus reflexiones sobre el acto de escribir dejan surcos. Vida y escritura de lo indecible.

“He aquí el punto álgido: vivir por lo que se escribe. De lo contrario no tiene sentido y es mejor olvidarse de la palabra, dejar en paz a esa señora de lo inevitable; pero que igual sólo se acuesta con los mejores clientes.”

Generoso con su lectura y su tiempo, dio visibilidad a aquellos que transitaban en las sombras de la propia escritura, los impulsó en sus múltiples talleres literarios, aliado siempre con los de la margen, los de abajo. Los tomó de la mano y los llevó a conquistar otros mundos, a reinventarlos, a reimaginarlos a través de la escritura. Mentor y cómplice como ninguno, amigo de las geografías sin límites, donde musas y demonios se funden en sus vales orgiásticos. La abyección.

Respiro, si acaso. Enero de 2017: Coralísima me incluye en un chat privado de amigos muy cercanos a Eusebio en el que nos mantiene al tanto de su delicada salud en el

hospital, de las guardias y los turnos para cuidarlo. Maldita distancia. Días antes de su partida, desde nuestros nichos prendemos velas para enviarle luz, aferrándonos quizá a las tenues flamas que azota el viento. Maldita muerte.

الربع الخالي

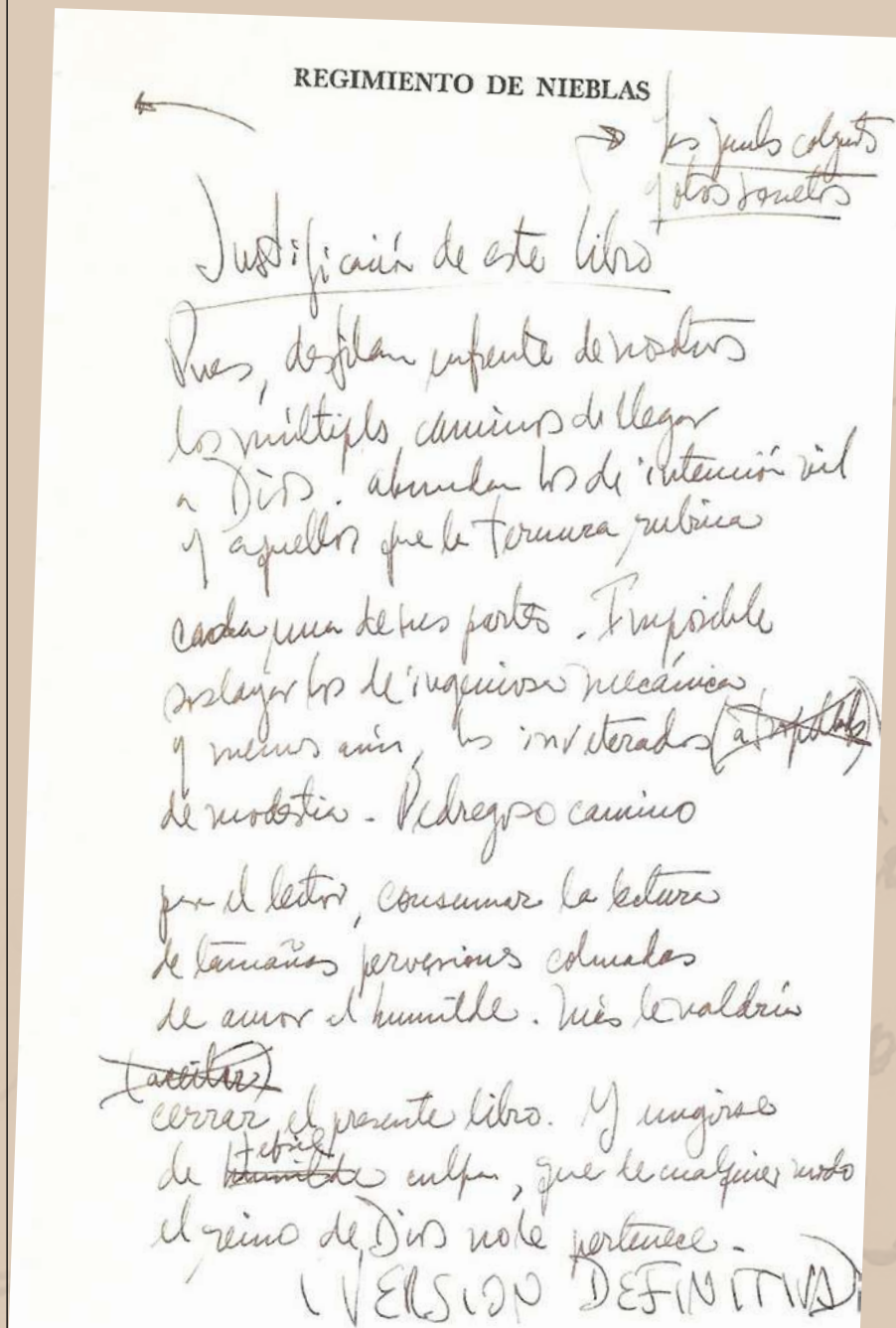
Después del Ruvalcks, la mudez. La nada. De pronto el universo confabula, se ensaña y todas las galaxias se han quedado en silencio. No hay música. Tras tu ausencia, querido Ruvalcks, amigo y dueño de mis cuitas, sólo queda “un silencio indestructible” ese del que hablas en tu poema “Silencio vs oído.”

Celebro el momento de julio cuando en el restaurante Azur nos reunimos Mario Alberto Mejía, Betty Meyer, Yolanda Gudiño, Enrique de Jesús Pimentel y Coral —a la distancia— para planear este festejo en el septiembre de tus 73 años. Cierro los ojos y casi te veo, mi muy querido Ruvalcks, en tu Fogonazo-Cielo-Zirahuén con un buen mezcal o un buen vino tinto en mano, leyendo este homenaje de tantas tintas y tantos pulsos, con los ojos encharcados, diciendo “Salud. Cámara, maestro. ¡Carajo! Megabroders, estoy por irme.”

La viñeta que separa los dos últimos párrafos del resto significa en árabe Rub al-Jali o Rub'al Khali:

الربع الخالي

“cuadrante o cuarto vacío”, es el nombre de un desierto completamente deshabitado, al sur de la península arábiga. Un especialista le dijo a Eusebio que tal es el origen de su apellido.



1995. Su caligrafía en las blancas de *Regimiento de tinieblas*, de Francisco Cervantes. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.



EUSEBIO

HUGO GARCÍA MICHEL

Lo conocí a mediados de los años noventa, cuando ambos éramos colaboradores en la sección cultural del diario *El Financiero*, sección que dirigía Víctor Roura. Claro que ya sabía yo de él e incluso había leído su novela *Un hilito de sangre*.

Al conocernos, resultó que ambos vivíamos en la misma calle tlalpeña de nombre fatalista: Once Mártires; yo en el extremo sur de la misma, a una cuadra de Insurgentes, y él en el extremo norte, a media cuadra de la avenida San Fernando. Nos hicimos buenos amigos, aunque la amistad se volvió más fuerte cuando lo invité a colaborar en las páginas de la revista que yo dirigía, *La Mosca en la Pared* (en la que por muchos años escribiría su columna "Un hilito de sangre", una de las favoritas de los lectores por sus magníficas y crudas narraciones).

En 1997, le pregunté, con timidez y hasta un poco de pudor, si podría echarle un ojo al borrador de mi novela *Matar por Ángela*. Generoso como siempre fue conmigo, aceptó de inmediato y se la entregué. Tardó tres meses en llamarme (francamente, yo pensaba que no la había leído) y me citó en un café cercano al parque de La Bombilla, en San Ángel. Allá acudí al día siguiente, a las cinco de la tarde, y cuando llegué ya estaba él ahí, acompañado de una mujer muy guapa. Me la presentó. Se llamaba Margarita Cerviño. Él me explicó que había tardado tanto en buscarme porque luego de leerla, quiso tener una segunda opinión y le pasó el manuscrito engargolado a Margarita, escritora también. Yo esperaba un juicio sumario, pero resultó todo lo contrario. La novela les había gustado mucho y él tuvo incluso la gentileza de decirme que ya se la había recomendado al escritor y editor Sandro Cohen, para que yo fuera a verlo.



2004, texto publicado en el número 86 de la revista *La Mosca en la Pared*.

Foto: Cortesía de Hugo García Michel.



No referiré los avatares que siguieron con el libro hasta que finalmente fue publicado en 1998 por la editorial Sansores y Aljure.

A partir de ahí, la amistad con Eusebio Ruvalcaba se hizo mucho más cercana (también con Margarita Cerviño, quien se integró a las páginas de *La Mosca* con su columna "Cioranadas", muy leída también). Conocí a Coral, su esposa, y a sus hijos pequeños.

Eusebio y yo solíamos vernos para desayunar. Muchas veces en San Ángel y más tarde en Plaza Cuicuilco. Hablábamos de muchas cosas, incluso de nuestros dilemas amorosos, ya que compartíamos la pasión por las mujeres y los amores difíciles. Él conoció muchos de mis secretos sentimentales y yo conocí algunos de los suyos. No éramos en cambio compañeros de bohemia, quizá porque bebo muy poco y nunca me dio por los ambientes bukowskianos.

Aunque es mayormente identificado como un gran escritor de novelas, cuentos y poemas, mi relación con Eusebio tuvo mucho que ver con la música. Hijo del virtuoso violinista jalisciense Higinio Ruvalcaba, el escritor fue un amante de la llamada música culta y profesaba un amor muy especial por la obra de Johannes Brahms. Libros suyos sobre Mozart y Beethoven son tan buenos y recomendables como sus libros de relatos.

Luego de *La Mosca*, Eusebio aceptó mi invitación a sumarse, en 2009, al proyecto de "Acordes y desacordes", el sitio de música de la revista *Nexos*, donde colaboró con su columna "Alusiones musicales". Su última entrega ("El alma de Paganini") apareció el 19 de diciembre de 2016.

A principios de enero de 2017, me enteré de que a Eusebio le había sobrevenido un hematoma cerebral. Traté de

Eusebio y yo solíamos vernos para desayunar. Muchas veces en San Ángel y más tarde en Plaza Cuicuilco. Hablábamos de muchas cosas, incluso de nuestros dilemas amorosos, ya que compartíamos la pasión por las mujeres y los amores difíciles. Él conoció muchos de mis secretos sentimentales y yo conocí algunos de los suyos. No éramos en cambio compañeros de bohemia, quizá porque bebo muy poco y nunca me dio por los ambientes bukowskianos.

averiguar cómo estaba, pero no hubo quien pudiera informarme bien. Poco después, hablé con Coral y me dijo que el escritor estaba en el hospital. Semanas más tarde, me llegó la noticia de su muerte, acaecida el día 7 de febrero.

Eusebio y yo nos habíamos visto por última vez, para desayunar, en el Sanborns de Plaza Cuicuilco, el jueves 18 de febrero de 2016, prácticamente un año atrás. Él llevaba un ejemplar de la nueva edición de *Matar por Ángela* que le había pasado mi editor de Lectorum (y suyo también), Porfirio Romo, y se la dediqué con gran gusto. Yo llevaba un ejemplar de su libro de 2008, *Una mosca devastada y deprimida sobreviviendo en un hi-*

lito de sangre, que de hecho está dedicado a mí en una página impresa, la 7 ("Para Hugo García Michel, por su paciencia como amigo y como editor.") y ese día le agregé una dedicatoria escrita ("Con un fuerte abrazo para mi querido Hugo García Michel, con quien comparto el amor por la belleza. Suyo, Eusebio Ruvalcaba."). Además, me obsequió un libro muy hermoso, también de su autoría y editado en 2015: *Pensemos en Beethoven*, con su dedicatoria a pluma también: "Bajo el relámpago Beethoven, para Hugo García Michel que sabe de relámpagos." Salimos caminando hasta San Fernando y nos despedimos con un fuerte y afectuoso abrazo, prometiendo que pronto nos volveríamos a ver. No fue así. Si bien nos escribimos y hablamos por teléfono varias veces, para ultimar detalles sobre su columna de *Nexos*, no hubo ocasión de reunirnos de nuevo. Lo lamento sobremanera.

CUADRO DE HORROR

EDITOR PSICODÉLICO Jaime Flores

DIRECTOR LISÉRGICO Hugo García Michel

ARTE DISEÑO Y PAISAJES ASTRALES Yolanda Garibay, Claire Castillo, David Jiménez Figueroa, Domingo Noé Martínez, Edgar Martínez. Asistente: Giovanni Garibay. Libélula Diseño

CIRCULACIÓN DE FLUIDO ROSA Verónica Maldonado Ramírez

PREPrensa DIGITAL CONTRA LA PARED Aarón Olvera Villicaña, Fernando Peña, Gabriel García Rangel, Hugo Rizo

SECRETARIAS EN EL LADO OSCURO DE LA LUNA Rosa María Jiménez, Arlette Maldonado, Alejandra Perera, Aurorar Jiménez

ESCRITORES PINKFLOYDIANOS José Agustín, Jairo Calixto Albarrán, Rafael Aviña, César Benítez, Nicolás Cabral, Adolfo Cantú, Capitán Pijama, Margarita Cerviño, Alejandro César, José Luis Comejo, David Cortés, Fabián de la Cruz, Adriana Díaz Enciso, Gabriel D. Feijoo, René Franco, Mónica Frias, Alejandra García, Rogelio Garza, Sergio González Rodríguez, Gabriela Granados, Amador Guillén, Fedro Carlos Guillén, Rosa Hellion Tovar, Malú Huacuja del Toro, Kattia Hernández, Mayra Inzunza, Mónica Lavín, Norma Lazo, Eduardo Limón, Andrés de Luna, Delia M., Mauricio Matamoros, Rogelio Matamoros, Verónica Maza Bustamante, Eduardo Mejía, Sergio Monsalvo C., Jorge Acuña, José Luis Muñoz, José Xavier Nívar, Fernando Ortega, Marco A. Patiño, Patricia Peñaloza, Jesús Quintero, Xavier Quirarte, Andrés Ramírez, Fernando Rivera Calderón, Constanza Rojas, Ángeles Romero, Marisol Rueda C., Marcos Ruiz, Eusebio Ruvalcaba, Héctor Siéver, Fernanda Solórzano, Jorge R. Soto, Laura Talavera, Ernesto Vargas, Juan Alberto Vázquez, Claudia Vázquez, Armando Vega-Gil, Elena Vilchis, Edith Villanueva, Juan Villoro, Naief Yehya, Sergio Zurita.

FOTOGRAFOS ESTROBOSCÓPICOS Fernando Aceves, Gerardo Hellion, Isadora Hastings, Yvonne Venegas.

ILUSTRADORES ALUCINÓGENOS Alejandro Arizmendi, Julian Cicero, Cesar Evangelista, Antonio Garci, José Antonio Hernández Vargas, Carlos Lara, Nallely Maldonado, Alberto Mange, Jorge Manjarrez, Horacio Marías, Oscar Palos, Román Rivas, José Quintero, José Agustín Ramírez, Eduardo Salgado, Luis Miguel Santa María

UN MENTOR Y UN AMIGO

YOLANDA GUDIÑO CICERO

Conocí a Eusebio en el lugar común de un salón de clases. Al finalizar la lección tímidamente me acerqué a él, con el corazón desbocado como siempre que me enfrento a la pena de hablar con alguien importante. Maestro, me encantaría que me diera su opinión —dije y extendí una copia de mi primer libro con el sello de una editorial desconocida de la que yo era directora ejecutiva y mi mamá directora general—; antes se lo había enviado a Elena Poniatowska, a Monsiváis y a Carmen Aristegui, sin suerte. Para mi sorpresa Eusebio no sólo lo leyó, también lo reseñó en dos revistas y un periódico.

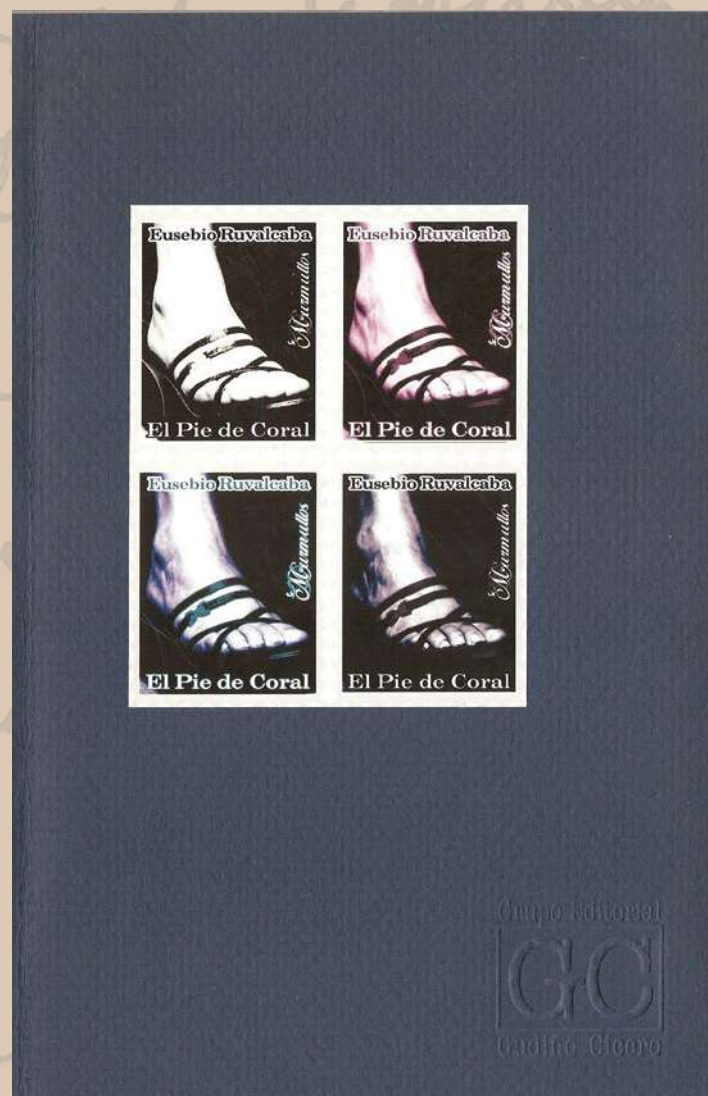
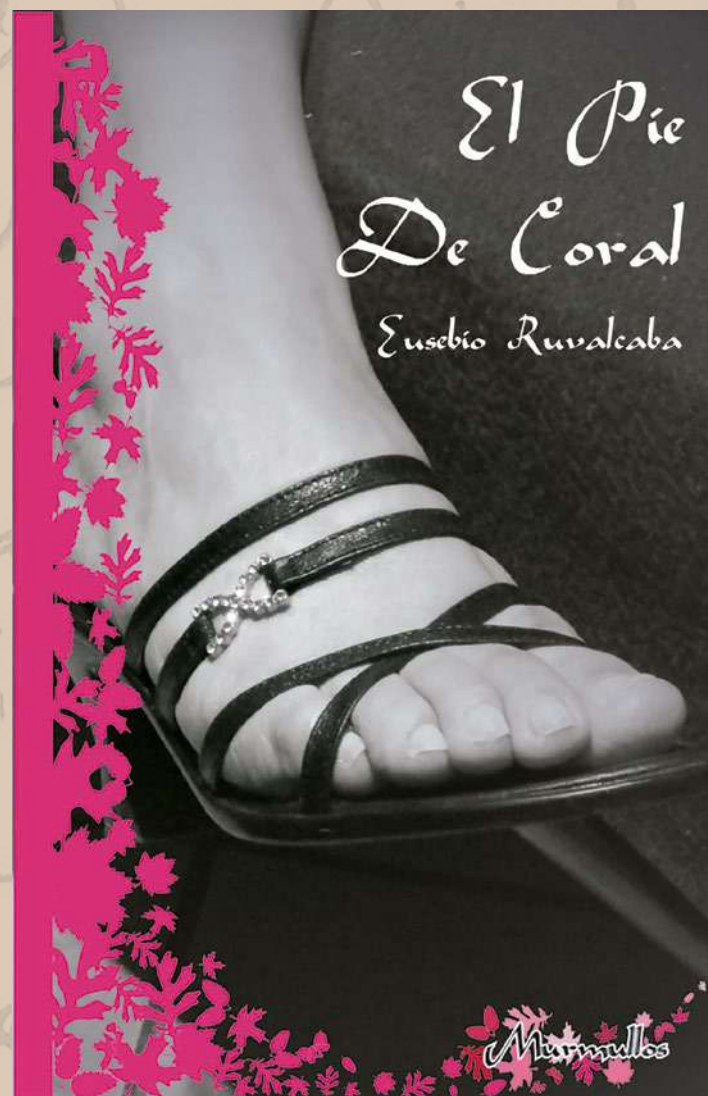
Comenzaron los días de ser su discípula, de que se convirtiera en mi mentor y, por qué no, en mi ángel guardián. Días y madrugadas de letras, tragos, presentaciones de libros, proyectos compartidos, más tragos y muchas risas. Apadrinó un proyecto que por aquellos días no tenía ni pies ni cabeza, apechugó con temple de sabio maestro los errores, que estoy segura jamás habría consentido en cualquier otro editor, y nos enseñó el arte de navegar en el difícil mundillo de la cultura, que ahora intento recorrer de nuevo.

Juntos creamos la colección de novela Tinta Sepia, donde se publicaron tres obras de escritoras y escritores tlaxcaltecas, y una de poesía llamada Murmullos, en la que, pensada para al menos cinco volúmenes, entre ellos el mío, sólo publicamos un poemario: *El pie de Coral*. Libro maravilloso como toda la escritura de Eusebio, una vez terminadas la revisión final del manuscrito y la cuidadosa maquetación —que, dicho sea de paso, realicé personalmente—, me di a la tarea de diseñar la imagen de la colección, papeles con textura y colores recios, azul marino para el primer ejemplar, el logotipo de la editorial realzado en la parte central inferior de la portada y un elegante timbre postal con la foto del pie de Coral proporcionada por Eusebio. ¿Qué podía salir mal?

Mandé el archivo final a nuestro impresor en la Ciudad de México, con cuidadosas indicaciones para integrar la portada con los timbres pegados a mano y encuadernado *hotmelt*. Hecho esto, nos dedicamos a planear la presentación en el Museo de la Memoria de Tlaxcala, un hermoso sitio frente a la plaza de toros. Mandamos las invitaciones y aguardamos por el gran día.

Llegaron periodistas, funcionarios tlaxcaltecas, autoridades de la Ibero Puebla y por supuesto, mi amiga María Clara de Greiff; instalamos la mesa para las y los participantes y nos dispusimos a presentar *El pie de Coral*... con la elegante portada al revés. ¡Al revés! Eusebio se rio y me dijo: bueno, envíame los ejemplares cuando lo arreglen y así, en lugar de venta, tuvimos una lista de pedidos pendientes para cuando resolviéramos el penoso incidente.

Después, la vida se complicó y nuestra editorial cerró. Eusebio nunca dejó de regañarme por no tener la férrea disciplina para la escritura que él siempre tuvo. El talento se trabaja —decía, y no pudo tener más razón—. Extraño sus consejos y, sobre todo, saberlo cerca; albergaba la esperanza de algún día decirle: mira, ya soy disciplinada, sí sigo escribiendo... Ahora no me queda más que esperar para, junto a un tequila en alguna eternidad compartida, decirle: ¡gracias!



Dos versiones de portada —una primera propuesta y la versión final— para *El pie de Coral*. Foto: Carlos Sánchez. Diseño de las portadas: Grupo Editorial Gudiño Cicero.



2016, con Abril Méndez. Foto: Cortesía de Abril Méndez.

¡ESTOY POR IRME!

ABRIL MÉNDEZ MORALES
Ciudad de México, agosto 2024.

Estoy por irme! ¿Quién podría olvidar estas palabras del maestro Eusebio Ruvalcaba? Lo conocí en el año 2011. Al principio le hablaba de usted, igual que cualquier otra persona que conoce a un escritor, artista o personaje. Ese día iniciaba un taller de creación literaria en El espejo de la luna. Alejandro Rojas nos encargó encarecidamente recibirlo y ofrecerle alguna bebida. Siempre amable, el maestro gustaba de algo frío, tal vez no eran las bebidas que todos pudiesen suponer que él pedía sino una limonada, un masala chai o en ocasiones un té helado, pero su preferida siempre fue el masala chai —una mezcla de especias, té negro y un toque de leche—. Muy interesado en la explicación y elaboración de cada bebida, siempre estaba atento a lo que se le explicara, respetando cada momento de su interlocutor.

Ese fue el inicio de nuestras pláticas. Poco a poco se adentraba en conocer lo que hacías, a qué te dedicabas o quiénes eran tus padres. Acentuaba el interés, eso sí, por el padre de cada persona. Y no fui la excepción. Le emocionaba que le contara sobre mi papá, músico y poeta. También algunas anécdotas de su obra musical o su trayectoria. Tal vez le gustaba escuchar esas historias debido a que su padre había sido músico. Eusebio preguntaba por él. Un día se conocieron y cruzaron breves palabras, entre prisas pues se hacía tarde para comenzar la sesión del taller. Jamás dejó de preguntarme por mi padre.

Muchos tuvieron la oportunidad de tenerlo como maestro en torno a la escritura, otros de tenerlo como amigo afectuoso, y sólo muy pocos tuvimos la oportunidad de tratar al maestro, amigo y profesional de su oficio. No conozco a otra persona con su capacidad para ser tan entrañable como tenaz en lo que hacía. Respetuoso de su profesión y por consiguiente de la del otro. Considero que así inició el interés de Eusebio por mis fotografías. Soy fotógrafa de desnudo artístico, y en cada oportunidad pedía ver el trabajo que yo iba elaborando; cada semana le mostraba alguna foto en la que había trabajado, atenta a su reacción y sus comentarios. En alguna ocasión me invitó al taller de creación literaria, pero yo no me sentía preparada

y mi trabajo en la cafetería no me permitía el tiempo necesario. Sin embargo, logré colaborar en la portada de uno de sus libros: me pidió una carpeta de fotografías propuestas, tiempo después vi con gusto y emoción mi primera foto en la portada de un libro suyo.

Anécdotas sin fin sucedieron en torno a las presentaciones de libros que realizamos en El espejo de la luna, siempre apoyando a jóvenes en los inicios de sus proyectos. Recibimos la solidaridad de sus enseñanzas y un texto suyo para el primer y único número de la revista *Absenta*, que un grupo de inquietos jóvenes nos animamos a realizar. Me tocó entrevistarle para la revista. Conservo sus palabras en video. Para mí, hubo un antes y un después. Antes de entrar al lugar de la entrevista Eusebio era el amigo, ya dentro, era el escritor, respetuoso de su profesión.

En 2012 iniciaron nuestras pláticas para posibles proyectos, entre otros, una sesión fotográfica presencial con modelo y escritor; debido a su rechazo hacia las fotos de sí mismo, surgió la idea de un libro con poemas y fotos. A partir de ahí nuestras reuniones empezaron a ser estrictamente agendadas. Era su manera de hacerte saber que tu tiempo y tu trabajo eran totalmente respetados y validados por él. La primera charla fue en El carro del sol, lugar que prefería por ser cercano a su casa. Solía afianzar el lazo amistoso invitando un trago o una comida a sus amigos. Ahí inició el camino para conocer al maestro, no al amigo, porque al gran amigo ya lo tenía. Fue cuando aparecieron para mí las diversas facetas de su ser humano: puntual, enojón, alegre, sensible, triste, llorón, empático, cálido... Algo que comúnmente olvidamos: sentir y saber lo que sienten los demás. No cualquiera puede expresar con tanta sinceridad sus sentimientos a otras personas y a la vez ser correspondido.

Su ausencia aún se siente con inevitable tristeza, pero al mismo tiempo la presencia del maestro está en su legado y muchas vivencias para recordar. Me conmueve y agradezco que *Donde otros ven la carne, yo veo la tierra* (UACM, 2018), el libro que tanto trabajamos y anhelamos, vio la luz después de su partida. Y más me conmueve su herencia de amigos únicos y especiales. Por haber sido parte de su vida, por su amistad y por haber tomado su mano hasta sus últimos momentos de existencia. Sin duda, anhelamos más tiempo de ese ¡estoy por irme! Definitivamente nos faltó mucho Eusebio.

EUSEBIO, TLAXCALA Y VERACRUZ

LEO MENDOZA

To Sir, with love

En 1994 obtuve una de las becas de jóvenes creadores otorgadas por el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, en la rama de cuento. Si mal no recuerdo, entre los becarios de aquel año, tan sólo en letras, se encontraban escritores hoy muy reconocidos: Cristina Rivera Garza, Tedi López Mills, Julio Trujillo, Ernesto Lumbreras, David Toscana, Juan José Rodríguez y Héctor Orestes Aguilar, entre muchos otros.

Los cuentistas éramos —y lo seguimos siendo, de eso estoy seguro, con una sola excepción— Guadalupe Nettel, Ricardo Bernal, Marcial Fernández, Alejandro Meneses (quien ya, como dicen coloquialmente, se nos adelantó en el camino) y quien esto escribe.

Algunos de los becarios ya habían obtenido en dos y hasta tres ocasiones el reconocimiento, pero para mí aquella fue la primera y última vez como joven creador pues la solicité a los 35 años —edad en la cual, de acuerdo con las reglas del FONCA, la juventud, divino tesoro, se iba para no volver.

Nuestro tutor fue un escritor que andaba en sus cuarenta y ya era autor de un buen número de títulos:

Eusebio Ruvalcaba quien, para algunos de nosotros, no sólo fue un maestro sino también un gran amigo, un compañero de parranda, comidas y aun de amores —platónicos todos—, genial e inigualable.

Lo recuerdo callado, observando su trago durante largo rato para luego soltar alguna barbaridad de las muchas que en aquellos años decíamos. Era un poco taciturno, pero también muy alegre y divertido. Eusebio había nacido en Guadalajara y debido a su estatura muchas veces debió soportar que lo embromara diciéndole que él no era precisamente de los Altos de Jalisco.

Fue hijo del extraordinario violinista Higinio Ruvalcaba —de cuyas grabaciones pude oír fragmentos, no recuerdo

si gracias al propio Eusebio— y un gran melómano cuyo compositor favorito era Brahms. Una vez me contó que se propuso conformar un grupo de amistades musicales que se llamaría “Amigos casi sólo de Brahms” y no sé si pudo llevarlo a cabo, aun cuando así tituló un volumen de sus textos sobre música.

Curiosamente no le gustaba ni la música vocal ni la ópera, y uno de nuestros muy escasos desencuentros sucedió cuando tuve la ocurrencia de decirle que para mí el mejor compositor latinoamericano era Villalobos... precisamente a él, quien idolatraba a Revueltas. Me barrió con la mirada y, prudentemente, abandoné el tema, quedándome callado para que la cosa no pasara a mayores.

Eusebio también escribía poesía y no sé por qué tengo la impresión de que se había iniciado en la escritura como poeta. En todo caso, la poesía y él no se separaron nunca y alguna vez en “El león de Érika” —su columna del periódico— publicó una serie de poemas que retrataban a sus amigos más cercanos.

He olvidado el nombre de su poeta favorito, un español de quien era muy difícil conseguir libros acá, y lo recuerdo mostrándome orgulloso dos volúmenes obtenidos casi de milagro en alguna librería de oportunidades. Eusebio, cuando era invitado a casa de algún amigo, acostumbraba a sustraer un libro y dejar el hueco en las estanterías como si se tratara de una marca. Por supuesto que nunca revelaba cuál era el volumen que había hurtado.

Eusebio andaba ideando siempre volúmenes colectivos de cuento. Generoso como era, invariablemente invitaba a sus amigos a participar en estos proyectos y nos obligaba a pergeñar algún texto en unas cuantas semanas. A veces salían buenos cuentos y otras nada más se cumplía con el encargo. Pero no por eso él dejaba de invitarnos.

Eusebio andaba ideando siempre volúmenes colectivos de cuento. Generoso como era, invariablemente invitaba a sus amigos a participar en estos proyectos y nos obligaba a pergeñar algún texto en unas cuantas semanas. A veces salían buenos cuentos y otras nada más se cumplía con el encargo. Pero no por eso él dejaba de invitarnos.

Eusebio andaba ideando siempre volúmenes colectivos de cuento. Generoso como era, invariablemente invitaba a sus amigos a participar en estos proyectos y nos obligaba a pergeñar algún texto en unas cuantas semanas. A veces salían buenos cuentos y otras nada

más se cumplía con el encargo. Pero no por eso él dejaba de invitarnos.

Creo me estoy adelantando demasiado: en 1994 había leído ya algunas de sus novelas y cuentos y, como ocurre siempre, unos me gustaban y otros no. Me asombraba, por supuesto, su enorme facilidad para contar historias; su forma de narrar sin afectaciones, nada rebuscada. Una narrativa sencilla que, sin embargo, sabía dibujar bajo cuerda esas partes oscuras y sorprendivas de la vida. Además, me encantaba el humor de sus textos. Y muchas veces, en plena lectura de algunos de sus cuentos, lanzaba una carcajada. Creo que nunca se lo dije, por cierto. Me gustaba y me gusta mucho su novela iniciática *Un hilito de*

1972, con sus amigos preparatorianos. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.



Fragmento del poema
 Hipócritalector

sangre, que, a la larga, ha sido uno de los libros de Eusebio más leído por varias generaciones de jóvenes lectores.

Fue una suerte que Eusebio fuera nuestro tutor pues había impartido talleres literarios, algunos por años. Él, como muchos de nosotros, vivía de la escritura y también en las márgenes del oficio y algunas ocasiones llegaron a contratarlo como experto musical. Como maestro, siempre estaba atento a lo que escribíamos y tenía un comentario alentador y acertado sobre nuestros textos.

El primer encuentro de nuestra generación de jóvenes creadores se realizó en el centro vacacional La Trinidad, en Tlaxcala. Tras una larga y aburrida plenaria, tuvimos finalmente nuestro encuentro con Eusebio. Creo recordar que Marcial Fernández se presentó en bata, pantuflas y con una pipa en la mano. Después, por supuesto, como el bar cerraba temprano, nos dedicamos a buscar alguna fiesta en las habitaciones del complejo, que se encuentra alejado de la ciudad, lo cual nos impedía salir en busca de alguna cantina. Para el tercer día, Eusebio y varios de sus pupilos —entre los que me contaba— decidimos no asistir a una visita guiada a Cacaxtla e ir por un trago mañanero a un establecimiento de prosapia, localizado en el centro de la ciudad y, decían los chismes, perteneciente a un político famoso. Fue un acierto no ir a la visita, no tanto por la cantina sino porque a quienes asistieron a aquella visita el viaje no les resultó muy placentero. A eso de las dos de la tarde nos dirigimos en peregrinación y con algunas botellas celosamente guardadas en nuestros morrales, al lugar donde se celebraría un banquete en honor a los creadores en ciernes, ofrecida por el político que, decían, era el dueño de la cantina.

Recuerdo muy bien que, antes de entrar a la enorme carpa, nos quedamos un rato entre los autos aparcados para tomar unos, pensábamos, postreros aperitivos antes de la comilitona. Ahí estábamos, hablando simplemente por hablar, con nuestros vasitos desechables en la mano, cuando un auto con chofer y toda la cosa se detuvo a nuestro lado y descendió José Luis Martínez Hernández, a la sazón director general del FONCA. Atrapados infraganti debimos recurrir al cinismo y levantamos nuestros vasos para brindar con él. No así Eusebio quien, al ver que el funcionario se acercaba para saludarlo, se elevó por los aires dando un giro de 360 grados —sí, de 360—, para dejar su trago sobre el cofre del coche en el que se apoyaba y caer de frente a Martínez, justo en el momento preciso para darle un apretón de manos.

Aún hoy no entiendo bien cómo fue que Eusebio hizo aquel portentoso movimiento, digno en verdad de un bailarín, y pudo deshacerse de su bebida sin derramar una sola gota. Pasado el saludo, recogió su vaso, brindó con nosotros y pasamos a ocupar nuestro lugar en aquel banquete artístico. Estoy cierto de que en aquel encuentro pasaron muchas otras cosas sorprendentes, pero las he olvidado. Lo único que conservo en la memoria y aún puedo ver con asombro es a Eusebio girando en el aire para realizar aquel maravilloso acto de prestidigitación que era justamente lo que sabía hacer muy bien como escritor y transfigurar “lo que pasa en la calle” en cuentos, novelas y poemas.

El último de los tres encuentros obligatorios para los jóvenes creadores se realizó en Veracruz. A nosotros nos hospedaron en un hotel de los años sesenta, un cajón gigantesco frente a la plaza de armas porteña, mientras que Eusebio y otros tutores fueron alojados en un establecimiento donde, contaba la leyenda, habían pasado algunas noches los efímeros emperadores Maximiliano y Carlota. Se llamaba, creo, Imperial o Imperio. Los cuartos eran de dos niveles, en la parte baja había una pequeña sala mientras que arriba se encontraban los aposentos. Amenazamos a Eusebio con tallerear ahí nuestros cuen-



En su taller sabatino. Foto: Cortesía de Jorge Borja.

tos, pero acabamos por aceptar el amplio y fresco corredor ofrecido por el Instituto Veracruzano de Cultura.

Como era nuestra última reunión y como el puerto siempre ha sido territorio de tentaciones, los ánimos andaban desatados y tiro por noche había fiestas, borracheras, jolgorio y, por la mañana, nos enterábamos de que algunos de aquellos jóvenes habían vivido varias disparatadas historias.

Para entonces se podían distinguir varios grupos y aun fracciones contrarias entre quienes conformábamos aquella generación. Estábamos los borrachos, los pachecos, quienes veían los amaneceres desde el malecón, los taciturnos, los peripatéticos, los que gustaban de bailar salsa, los que andaban descalzos, los que no gustaban de bailar salsa, los vegetarianos —incluso creo que ya había algún vegano por ahí—, los que no desayunaban, los que habían perdido el amor de su vida y quienes andaban en busca del amor de su vida, entre otros.

Algunos del grupo de los bebedores, entre ellos Eusebio, Marcial y yo, por la noche acostumbrábamos a instalarnos en los portales y ahí permanecíamos hasta que era la hora del cierre o estábamos más borrachos que una cuba; a menudo ambas cosas ocurrían simultáneamente.

Una de esas noches, es cierto, se los juro, vimos a unos pachecos cruzar la plaza de armas. Acababa de llover y las luces del alumbrado público reverberaban en los adoquines recién bañados y lanzaban reflejos fantasmagóricos. Aquel grupo —vestido de blanco y sin zapatos— cruzó en diagonal el espacio, pero flotando, como si anduvieran sobre diminutas nubes. Eusebio y yo nos miramos sorprendidos y callamos. Luego, él le dio un largo trago a su cubalibre con un toque de limón y lanzó un suspiro.

Quiero creer que en aquellos silencios estaba buena parte de su secreto como escritor. No se trata ni de ganar premios ni de ser el mejor o ser ovacionado por la crítica, ni de estar en los tratados de literatura. Se trata simple y llanamente de que la escritura es nuestra forma de vida, la que hemos elegido, y no podemos recular ante las adversidades de este mundo que, irremediabilmente, nos mata (como dijera Papá Hem).

Eusebio nos enseñó a aceptar ese destino —tal vez maldición— porque él mismo lo había abrazado y ahora, en donde quiera que esté, en un improbable —para mí increíble— cielo, prosigue contando sus historias y mirando en silencio lo que sucede acá abajo.

Salud por eso.



UN LIBRO MAL EMPASTADO, UN AMIGO LARGAMENTE EXTRAÑADO

BEATRIZ MEYER

Una vez que mi querido Mario Alberto Mejía y la mujer y amiga más estupenda que haya conocido, María Clara de Greiff, junto con Yolanda Gudiño y Enrique Pimentel aterrizamos la idea de un suplemento especial para celebrar la vida y la obra del muy querido y extrañado Eusebio Ruvalcaba en el aniversario 73 de su nacimiento, la noria del recuerdo no ha parado de girar, tirada por ese burrito incansable de la nostalgia. Se estableció para la reunión de textos una fecha que sonaba muy lejana pero que de pronto nos cayó encima. Todas y todos, entrampados en las múltiples telarañas de la vida, nos pusimos a contactar, a buscar, a pedir apoyo de los amigos y amigas de Eusebio. Por supuesto, se podían contar por miles. Pero de esos miles, hubo quien declinó el honor, también quien aceptó encantado, grandes plumas se integraron al sentido homenaje que muchos consideramos necesario. En esos intercambios de sí y no andábamos, cuando María Clara recordó un texto que escribí para la presentación de un poderoso libro de poemas de Eusebio, allá en el lejanísimo 2009. No pensé hallarlo, pero mi obsesión por guardar información en múltiples memorias hizo el milagro. Agradezco al grupo de entusiastas admiradores de la obra de Eusebio permitirme publicarlo en este recuento de vivencias nacidas de la amistad con un hombre brillante, formidable melómano, gran maestro y admirador del pie de Coral, la única persona que de verdad conoce el tamaño de nuestra pérdida.

Como introducción a ese texto leído en Tlaxcala delante de unos trémulos caballitos de tequila a la espera del banderazo de salida, refiero una de las minucias literarias, de la autoría de Eusebio, contenidas en la sección II del libro *El pie de Coral*:

Ya nada puede hacerse cuando un poema ha sido publicado. De alguna manera es como una persona recién muerta: al instante surgen los crueles, los implacables sentimientos de culpa: "Ah, si lo hubiera tratado mejor, si lo hubiera comprendido, si volviera a estar en mis manos."

PALABRAS SOBRE EL POEMARIO DE EUSEBIO RUVALCABA EL PIE DE CORAL

Como en tantos recodos de la vida y los encuentros, hace unos días llegó a la pantalla de mi computadora el pdf de un libro de título que prometía pelea: *El pie de Coral*. Su autor, Eusebio Ruvalcaba, había sido, sin él saberlo, mi contendiente de debates por mucho tiempo y no podía desperdiciar la oportunidad de buscarle tres pies a su más reciente trabajo. Aclaro: Eusebio tampoco sabe cuántas veces he hablado a voces con sus libros, cuántas otras me han desternillado de la risa, cuántas más los he sacado a colación en sobremesas y charlas de cantina o cuántas me han servido de arma contra necios, borrachos y admiradores suyos que hablan y despotrican sin haberlo leído siquiera. Así que, en atención a mi pasado con el autor, me puse a leer en pantalla (actividad que no me permito hacer bajo ninguna circunstancia) la colección de poemas que, prejuiciosa que soy, me auguraban al menos dos tardes de tequilas y desconciertos, patadas al gato y mentadas a las teorías de género que les quitan sabor y olor a las viandas apetitosas del machismo imperante.

Antes de entrar de lleno en *El pie de Coral* me permito hacer otra digresión: en 1997, también, casualmente, recién salido del horno, se aposentó en un lugar privilegiado de mi herrumbroso escritorio *Primero la A*, un libro de Eusebio sobre la escritura, los narradores, los poetas, las letras, la ortografía y demás parajes obligados para quien pretende hacerse del oficio de escritor. *Primero la A* es uno de esos libros que no se despegan de la vera de su dueño y atraen enemistades cuando los recomiendas y amistades cuando los comentas con quien, al igual que su autor, tienen amoríos con las palabras y te llaman en las altas horas de la noche para leerte un párrafo, una frase, una idea maravillosamente expresada en un libro. Uno de esos amantes hiperestésicos fue Alejandro Menezes, oriundo por cierto de Alzayanca, Tlaxcala, y uno de los más importantes cuentistas de la región. Alejandro, amigo y admirador de Eusebio, siempre estuvo en contra de mi terrible costumbre de recomendar *Primero la A* como libro de texto en los talleres. Decía que a Eusebio debía leerse sin maquinaciones ni preámbulos, así, sin anestesia, al encontrar sus libros por pura casualidad en el estante ajeno, en la librería, en la banca de un parque. Los libros de Eusebio se rolan, me decía, se dejan al garete, al azar. Siempre llegan a quien le conviene leerlos, afirmaba entre pausados tragos de Oso Negro. Y sí, después de que me robaron tres veces *Un hilito de sangre* supe que a los libros de Eusebio se les deja sueltos. Ellos llegan, siempre.

Así me llegó *El pie de Coral*, el más reciente trabajo publicado de Eusebio. Me imagino que sucederá igual, sobre todo porque mi ejemplar es una rareza: empastado al revés (o de cabeza, según se le mire), uno entra por la puerta trasera como ladrón por la cocina y avanza sin hacer caso del larguísimo índice (que, por cierto, se ubica a manera de pasillo interminable al principio del libro, pero uno se lo puede saltar y subir sin más hasta el cuarto de las niñas, donde a Eusebio le gusta que recale el lector). También puede hacer caso omiso de las secciones en que está dividida la colección y acomodarse un rato entre las sábanas olorosas a sexo del cuarto principal. O resbalar, mezcál en mano, por las páginas y sus ofertas:

Eusebio Ruvalcaba

Así como Borges afirmaba que el escritor no es más que un amanuense del espíritu, Eusebio Ruvalcaba nos dice que "...la poesía corre en derroteros que ni el poeta mismo se imagina. Digamos que la poesía toma por asalto la mentalidad de su autor..."

La mujer, la noche, Brahms, el arte poética, la mujer, el reclusorio oriente, la mujer, Juan Rulfo, la muerte, el origen del llanto, la mujer, las manos trémulas de los amigos, Pátzcuaro, el hijo, el abuelo, el padre y sus nombres, la mujer. La poesía de Eusebio sigue incólume, aferrada al aroma del mezcal y a las bragas, claro, de una mujer. A diferencia de otras propuestas narrativas o poéticas de Eusebio, *El pie de Coral* pareciera llegar a términos con el reposo, los hijos, el amor. Sobre todo el amor. Tan intenso que abarca y aprieta temas en apariencia disímbolos, encontrados, temas que causan rasquiña, que enojan por el tratamiento irreverente de tan optimistas o lujuriosos.

Así como Borges afirmaba que el escritor no es más que un amanuense del espíritu, Eusebio Ruvalcaba nos dice que "...la poesía corre en derroteros que ni el poeta mismo se imagina. Digamos que la poesía toma por asalto la mentalidad de su autor..." Sólo que el espíritu que recorre y anima los textos de Ruvalcaba no es la libresca y aséptica entidad borgiana sino un hálito encandilador (a veces festivo, a veces doloroso) que busca reconciliarse con la vida y ajustar cuentas con ella...

Como todo ejercicio de esa naturaleza, estos poemas que se insertan en la reconstrucción de la cotidianeidad son a su vez una sinécdoque de la transcendencia. Al enunciar lo particular y fragmentario, el poeta nos muestra sus preocupaciones y nos enuncia sus reflexiones sobre los asuntos medulares. Dolor, sátira, sentimientos amorosos y profundo erotismo se conjugan con un ejercicio agudo de la crítica como descreimiento en las acciones nobles o heroicas, con el agobiante descubrimiento de que la iniquidad y la deshonra acechan nuestras formas de vida. Cito:

*Yo conozco al cobarde y al pusilánime,
al que sin ningún empacho enloda su nombre,
a quien las hazañas no le dicen nada.
Ése es el hombre que trato todos los días.
Ese hombre soy yo.*

El flagrante desorden de los textos (como lo postula el autor) no impide que haya una temática que se abre camino a través de la vida diaria de un sujeto protagónico cuya voz se expresa en verso libre, prosa casi poética, y exploraciones de formas canónicas como el soneto dedicado a la Mont Blanc, seguramente escrito con una Bic desechable. Otro, a la Virgen del Carmen que protege y auspicia los tragos que se sirven en la cantina La Providencia. Otro más a los puros Azteca Real que concluye diciendo:

*Su ceniza es gris perla. Cuando alguna
mujer lo fuma, se ve aún más bella.
Como si Dios le llevara la mano.*

Episódicos, cuotas de un instante que el poeta se empeña en atrapar, es posible identificar en cada uno de estos



textos el núcleo de una historia; la presencia de personajes particulares o arquetípicos como la mujer descrita en el poema "¿A quién pertenece el corazón de una mujer?", una figura delicuescente e inasible que destruye las esperanzas y ensoñaciones de los hombres. Cito:

*...que aquella niña ha arrancado del alma de
los hombres, de los que han permanecido
a su lado y de quienes la han visto cruzar
la calle.*

Poesía de lo cotidiano en la que, como hemos dicho, se filtran los grandes temas y asuntos de la existencia:

*La soledad yace en cada uno
de nosotros.
Ha echado raíces. Tiene noches
y espléndidas mañanas.
Cerramos los ojos y es el infinito.*

Y el infinito, según yo después de leer a Eusebio, es una casa, una cama donde nos aguarda el placer y el sueño mientras en las bardas maúllan los gatos y la ginebra viaja del vaso helado a alguna de las ansiosas bocas de la muerte.

2013, con Jorge Montes, Arnulfo Domínguez, Pita Cortés, Alfredo Giles y Valentín Almaraz. Foto: Cortesía de Pita Cortés.

EUSEBIO RUVALCABA

ERWIN NEUMAIER

En los años noventa me sucedieron varias cosas relevantes. Una de ellas fue conocer al escritor Eusebio Ruvalcaba, autor de la novela de la que surgiría mi primera película y tendría el mismo destino que su libro: ¡la censura! Su novela fue censurada por Sanborns y mi película, por el Imcine.

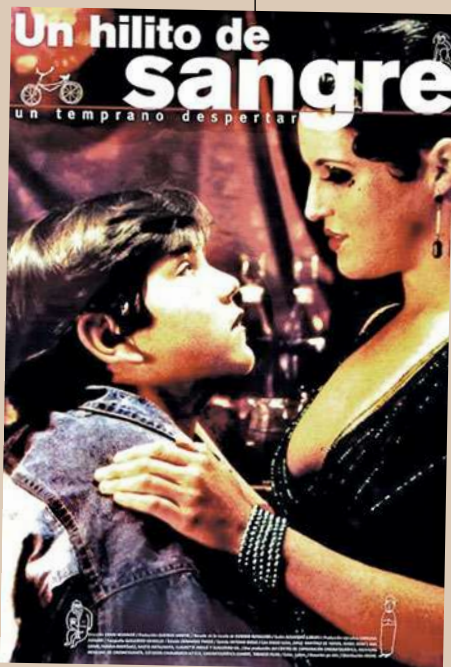
Decidí ir a verlo para pedirle que nos vendiera la opción de llevar su primera novela, *Un hilito de sangre*, al guión cinematográfico para pensar una película. ¿En el momento en que uno se decide a conocer a una persona o cuando la conoce, el destino hace la magia de unirlos para siempre? Quién sabe. Lo que sí sé es que no nos queremos por la película: Eusebio es y seguirá siendo mi amigo para siempre (lo digo en presente, porque Eusebio existe: está). Si hubiera sido por la película, Eusebio me hubiera dejado de hablar. Estuve seguro de que lo haría cuando se salió de la sala de la Cineteca Nacional, el día del estreno. La sala estaba más que llena por el aniversario del CCC y porque era la primera vez que la película se veía terminada, con público. Luego apareció su columna "Érika", en *El Financiero*, que tituló "Por qué me salí del *Hilito de sangre*". Dice que fue lo que hizo, pero nunca explicó por qué se salió (o no lo recuerdo). Lo cierto es que seguimos siendo amigos. Nos llamábamos de vez en cuando. En realidad nos frecuentamos poco y siem-

pre con un interés en extremo fraterno: para saber si estábamos bien, uno u otro. Saber cómo estábamos era lo más importante; nos dejaba tranquilos, aunque a veces su respuesta o la mía fuera ¡me está llevando el diablo!

Hice otros proyectos cinematográficos con Eusebio. Uno de ellos nos costó una tremenda borrachera. Fue un documental sobre el pintor Ricardo Martínez. Le hicimos una entrevista larga, como de un litro de mezcal. Tal vez dos. Nos habló como solía hacerlo... de una manera poética. Describía al pintor y su obra con palabras que significaban cosas distintas: yo nunca he hablado así, ni podría. No he leído todo lo que Eusebio ha leído. Y mucho menos, escrito. Mi amigo Iván, gran pintor y maestro de pintura, lo incitaba a la plática. Entre Eusebio, la cámara y el pintor, yo sólo bebía, escuchaba, movía la cámara o simplemente dejaba deambular a mi mente, mientras Eusebio nos deleitaba con su opinión y sus cortes en la conversación, para poner música.

Decía: me parece mucho más contestataria y mucho más irreverente la pintura de Ricardo Martínez que la de los muralistas. Es probable que eso tenga que ver, justamente, con que no tenía ninguna misión política; al menos eso creo. Entonces, el arte emana con más vigor y virilidad; no en el sentido de masculinidad, sino de integridad; en el sentido de que pulveriza cualquier fortaleza medieval. Cuando se tiene ese aplomo se resisten, por lo demás, todos los tsunamis de la crítica. Con Ricardo Martínez ocurre lo mismo que con Revueltas: todos los días crecen.

Me llama la atención la sintonía de la amistad. En primer lugar, elegí su novela, que fue censurada e hice una película que fue enlatada; valga aquí una diferencia: la suya era genial y la mía, no. Desde el momento en que



2008, con Erwin Neumaier. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

firmamos la opción cinematográfica, nos sujetamos a la regla de no hacer concesiones. Siguió con un lindo brindis entre Eusebio, Alejandro Lubeski y yo, acompañados por Coral en su casa, por el rumbo de San Fernando.

La música. Eusebio fue mi consultor en un documental sobre bosques de México. Nunca vio la imagen. Me preguntó qué emoción me interesaba transmitir en cada parte y así fue escogiendo autores y piezas. Los busqué y montamos las imágenes con esa música. Fue un espectáculo verlo y es-

cucharlo. ¿Por qué decidía la emoción sin la imagen? Porque no le dictaba nada a la imagen: únicamente llevaba el sello de su propia emoción. Sólo sabía que había bosques cuidados por las comunidades. Yo tenía la sensación de que eso era justo lo que necesitaba: el documental cobraba otro sentido, profundo, como de autor ruso.

Un día me dijo: te tengo una sorpresa. Había escrito el argumento para hacer guion y película. Se trataba de un desalojo. Poco después me dijo que no lo seguiría escribiendo, que tenía otra idea en mente. Me dio un texto crudísimo, Corte a fondo, sobre un grupo de jóvenes que quieren unirse a las buscadoras de Ciudad Juárez.

Me proponía una película de bajo presupuesto: cuatro personajes y una casa elegante en la Ciudad de México. Me puse a trabajar en el proyecto y lo sometí a uno de los fondos de Imcine. Un amigo dentro del comité me

llamó y me preguntó: ¿estás seguro de que quieres hacer este proyecto?, al final, eres tú quien va a terminar con tu carrera. No lo aprobaron y no lo levanté. Ese tipo de proyectos duermen un poco más y luego se levantan. De eso estoy seguro.

Con Eusebio podía platicar sobre las hijas y los hijos como gemas preciosas de la vida. Siempre nos admiraba la magia de su amor. Luego hablábamos de nuestros derroteros: a dónde se dirigía cuando lo encontraba cerca de la Fonoteca Nacional o camino a Iztapalapa —describía al mercado sobre ruedas de allá como un lugar en donde se encuentra de todo.

Un día compré su novela *Temor de Dios* y una vez más se despertó en mí esa necesidad de llevar una obra suya a la pantalla. Así como era, me dijo: ¡haz lo que quieras con ella! ¡Cuánta confianza me dio saber siempre que él me otorgaba esa posibilidad! ¿Se saldrá nuevamente de la función?

1995. Entre el texto, flyer con fotograma de la película *Un hilito de sangre*. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.



UN BRINDIS POR EUSEBIO RUVALCABA

EDUARDO ANTONIO PARRA

Antes de conocer cualquiera de sus libros, a Eusebio Ruvalcaba lo leí como periodista, es decir, como columnista de opinión.

Fue a mediados de 1995. El tan tristemente célebre “error de diciembre” del año anterior, que llevó al país a la última gran crisis económica del siglo xx, me había dejado sin ningún tipo de ingreso a lo largo de un semestre, y el único empleo que me ofrecieron para salir de ese vacío fue el de editor de nota roja en el *Extra!*, tabloide policiaco editado por el *Diario de Monterrey*, hoy *Milenio*. Fuera de los suplementos culturales, yo no tenía la costumbre de leer diarios, sino alguno local de vez en cuando, pero al laborar en una redacción comencé a revisar la prensa nacional a diario, y en la sección cultural de *El Financiero* me topé con unas columnas extrañas, distintas en todo a las de otros autores y otros periódicos, firmadas por Eusebio Ruvalcaba, quien yo sabía que era un escritor reconocido. ¿Por qué distintas? Porque Eusebio no hacía en ellas crítica cultural, ni hablaba de libros, tampoco de música, ni reflexionaba sobre la escritura o la creación artística. Él se refería en ellas a cuestiones suyas personales, casi siempre íntimas, y abría su interior sin tapujos. Recuerdo algunas que eran verdaderas cartas de amor. Textos en los que reflexionaba sobre sus relaciones con una mujer —real o ficticia—, narraba sus encuentros, exponía sus emociones, sus anhelos, sus temores. También hacía reclamos y se preguntaba qué pasaría en el futuro inmediato con él y con la mujer aludida.

En esos meses yo atravesaba un divorcio y de inmediato me identifiqué con lo que el autor de esa columna plasmaba en sus líneas, al grado de que lo primero que hacía al llegar a la redacción era buscar, en las “banderas”

que agrupaban los periódicos del día, la sección cultural en la que aparecían esos pequeños ensayos sentimentales que nunca abandonaban el tono viril. Cuando inicié una nueva relación con otra editora del mismo diario, instituímos el ritual de leer juntos la columna de Eusebio Ruvalcaba, y nos formulábamos las mismas preguntas que él planteaba en ella: ¿hacia dónde vamos?, ¿podremos conservar el encanto?, ¿estamos tocando fondo?, ¿cuánto nos falta para hacerlo? El autor, sin saberlo, se convirtió a partir de ahí en una suerte de guía para direccionar nuestras emociones, en una *Celestina* a distancia, en un consejero espiritual muy *sui generis*, que nos hacía reflexionar paso a paso sobre la aventura que emprendíamos y que, tal vez gracias a él, se alargó por varios años. Esa fue una de las primeras cosas que le comenté a Eusebio en 1996, cuando estuvimos sentados frente a sendos tragos, el día en que al fin lo conocí.

Mientras trabajaba en el *Extra!* salió a la luz mi primer libro de cuentos, y meses después el Fonca me otorgó la beca de Jóvenes Creadores. Como se acostumbraba entonces, hubo una reunión en la capital para que los becarios se conocieran entre ellos y conocieran a quien fungiría como su tutor durante esos doce meses. El de los cuentistas era Ruvalcaba. Tras la ceremonia oficial, algunos de sus becarios lo acompañamos a beber y la plática fluyó de modo natural porque, lo advertimos desde los primeros tragos, la cantina era el espacio donde Eusebio se hallaba más a gusto. Cualquier cantina. De cualquier ciudad, como lo comprobamos ese año en Aguascalientes, Zacatecas y Mérida. Cuando le hice saber que mi pareja y yo, que habíamos iniciado a partir del adulterio una relación que se volvía cada vez más sólida, éramos lectores asiduos de sus colaboraciones periodísticas, el maestro Ruvalcaba sonrió satisfecho y se le cristalizaron los ojos. Por sus escritos, yo sabía que se trataba de un hombre sentimental, pero nunca imaginé que lo fuera tanto. Me gustó su reacción. Nos hicimos amigos desde ese día.

Durante los siguientes encuentros del Fonca nuestra amistad se fue afirmando, ahora sí con ayuda de la literatura. Ya no sólo hablábamos de lo que él escribía en sus columnas; yo había comenzado a leer sus libros y él revisaba los cuentos que yo escribía para mi proyecto, me

2013, con Eduardo Antonio Parra. Foto: Cortesía de Argel Corpus.

El hipocritalector



2011, en la ex fábrica textil de Metepec, Atlixco, Puebla.

Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

recomendaba autores, sobre todo poetas (en cierta sesión nos leyó varios del español José María Álvarez), y en las tardes de cantina, junto con los otros becarios, repasábamos nuestras lecturas recientes, discutíamos sobre procedimientos y técnicas, señalábamos las temáticas que nos atraían, y conversábamos sobre mujeres y amores, lo que acaso era su tema favorito. En ese tiempo él había publicado un volumen de cuentos, *Clint Eastwood, hazme el amor*, y a mí me impactó la dureza de sus historias, la prosa descarnada, la naturalidad a veces desaliñada aunque siempre eficaz de su estilo. Pero, sobre todo, las conversaciones giraban en torno a la vida que a cada uno nos había tocado vivir. En ese tema era un experto. No daba consejos directos; contaba anécdotas e historias y reflexionaba sobre la existencia cotidiana de un modo que, sin ninguna actitud de mentor, influía en el pensamiento de los jóvenes que éramos. Y bebía. Un trago tras otro. Harto. Tanto, que casi nadie podía seguirle el paso.

Casi siempre, a media borrachera, se levantaba (creíamos que rumbo al baño) y ya no volvía a aparecer por la mesa en que aguardábamos los demás. ¿Y el maestro?, surgía de pronto la pregunta. Fue al baño, respondía alguien, seguro a vomitar. Pero hace ya bastante rato... Y no faltaba quien se levantara a buscarlo. En el baño no está, nos decía al volver a sentarse. La primera vez

pensamos que nos había dejado con la cuenta pero, al indagar, el mesero nos decía que ya había pagado. Entonces sospechábamos que se había ido a dormir, que tanto alcohol lo había vencido aunque apenas fuera media tarde. No fue sino hasta el tercer encuentro del Fonca, en Mérida, que comprobé nuestro error: luego de su desaparición de

la cantina antes del anochecer, algunos de los becarios seguimos bebiendo hasta media noche, cuando cerraron y decidimos cambiar de sitio. Al dar vuelta en una esquina, nos topamos con el maestro, que tenía traza de no haber dejado de beber en todas esas horas, y nos acompañó a seguirle en un antro de variedad. Estuvo con nosotros hasta el amanecer.

Esas misteriosas desapariciones me hicieron pensar que Ruvalcaba era un hombre que, si bien disfrutaba la compañía de sus pupilos, también defendía la soledad del borracho. Y, como no dejaron de ocurrir, siempre que se ausentaba de donde estábamos lo imaginaba en el rincón de una nueva cantina, solo, pidiendo un trago tras otro, levantándose con el fin de echar una moneda en la sinfonola para

correr una melodía del Príncipe de la Canción, porque, como él mismo afirmaba: "Una borrachera no es posible sin las canciones de José José." Sí, Eusebio Ruvalcaba era un hombre que apreciaba la compañía, pero amaba la soledad. Sobre todo la soledad del bebedor. La soledad que lo deja

Con el paso de los años, la megalópolis y las ocupaciones de cada uno hicieron que nuestras reuniones fueran menos frecuentes. Ya nos encontrábamos sólo de vez en cuando, en ocasiones por casualidad, otras porque concertábamos una reunión; siempre con el mismo gusto de antes. Yo seguía leyendo sus libros y él (lo supongo, por ciertos comentarios que me hacía) los míos.

Fragmento del poema
Hipócritalector

a uno con sus propios recuerdos, pensamientos y obsesiones. La soledad que desemboca en la escritura.

Cuando varios años más tarde me mudé a vivir a la capital, nos encontramos muchas veces para comer, para beber, para conversar. Puede decirse que nos conocimos cada vez más a fondo, aunque la verdad es que él tenía un punto en su fuero interno a partir del cual no dejaba pasar a nadie; una especie de frontera que limitaba a los demás con respecto a su intimidad. Siempre sospeché que lo que había del otro lado de esa frontera era demasiado humano, es decir, un carácter frágil, vulnerable. Y decidí respetar ese límite, seguro de que él también respetaba el mío. A veces me invitaba a acompañarlo en sus talleres, y me gustaba hacerlo: era como revivir aquellas sesiones del Fonca, que se iban quedando cada vez más atrás en el tiempo, en las que al iniciar la sesión de revisión de textos, a las diez de la mañana, Eusebio sacaba de su portafolios una botella de vodka y preguntaba quién quería un trago. En una ocasión uno de los becarios le reclamó en broma, alegando que Hemingway esperaba hasta el cruce de manecillas del reloj a las doce del día para beber, y la respuesta del maestro Ruvalcaba fue inolvidable: "Hemingway era joto", dijo mientras llenaba su primer vaso y nos servía a los que habíamos aceptado.

Con el paso de los años, la megalópolis y las ocupaciones de cada uno hicieron que nuestras reuniones fueran menos frecuentes. Ya nos encontrábamos sólo de vez en cuando, en ocasiones por casualidad, otras porque concertábamos una reunión; siempre con el mismo gusto de antes. Yo seguía leyendo sus libros y él (lo supongo, por ciertos comentarios que me hacía) los míos. En una ocasión me llamó para que nos viéramos en un bar. Ahí me obsequió un libro de sonetos cuya materia poética éramos sus amigos, y donde venía uno cuyo título era mi nombre. Creo que es la única vez que alguien ha escrito un poema sobre mí. Así era Eusebio Ruvalcaba: amigo de sus amigos. En otra oportunidad mi pareja de esos años y yo fuimos a cenar a su casa con su esposa y él, y bebimos casi hasta caer rendidos. Cuando apareció su novela titulada *Todos tenemos pensamientos asesinos*, me invitó a presentarla en la cantina La Faena junto con su amigo y editor Víctor Roura, quien le había abierto el espacio en la sección cultural de *El Financiero*. Fue una noche magnífica en la que conversamos como si fuera una de nuestras primeras veces durante largas horas, hasta que, como acostumbraba, Eusebio se esfumó del sitio sin avisar. Era como si estar demasiado tiempo con gente lo aturdiera, y tuviera que buscar en forma repentina el desahogo de la soledad.

La última vez que estuvimos juntos fue durante una comida en una cantina de Tlalpan con Hernán Lara Zavala. Los tres pertenecíamos al jurado en un premio de libro de cuentos y, luego de la deliberación, decidimos ir a comer y beber. Recuerdo que la plática de varias horas versó no sólo sobre los libros que se presentaron al certamen sino también acerca de las experiencias vividas en común, los recuerdos compartidos (que ya comenzaban a acumularse) y sobre cómo nos trataba la vida en esos momentos. Esa tarde Eusebio fue el mismo de siempre: agudo, con un sentido del humor despierto y tendiente a lo trágico, lúcido en todo instante a pesar de la gran ingesta de tragos. Aunque, la verdad, no parecía andar bien de salud. Por lo mismo, esa tarde no desapareció de la cantina. Casi al anochecer, los tres pedimos un taxi y Hernán y yo acompañamos a Eusebio a su casa, que no se hallaba muy lejos de ahí. Fue la última vez que lo vi.

Ahora que Eusebio Ruvalcaba habría cumplido 73 años de edad, me doy cuenta de que en años recientes me he descubierto varias veces pensando en él, recordándolo.

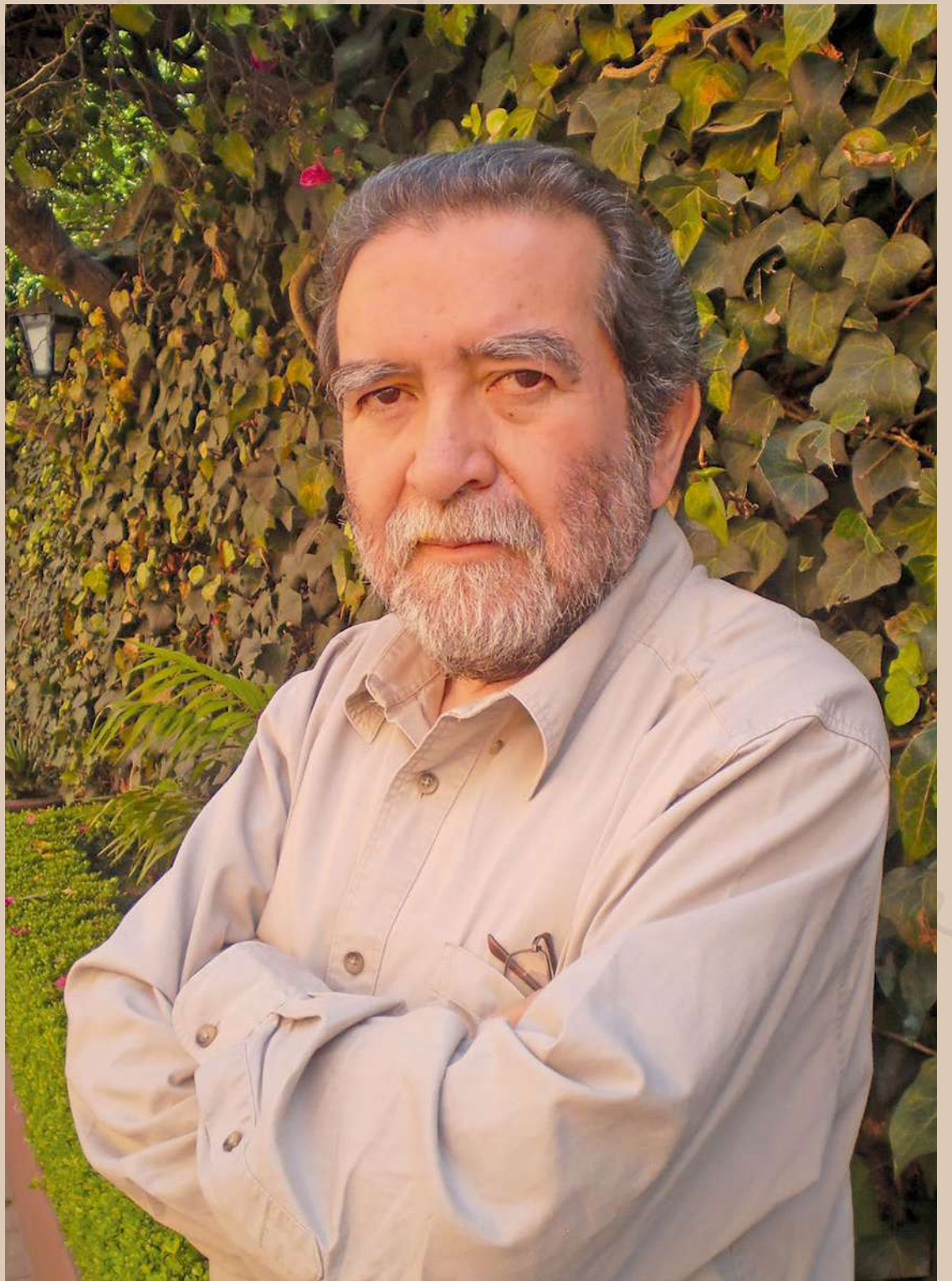


Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

Ahora que Eusebio Ruvalcaba habría cumplido 73 años de edad, me doy cuenta de que en años recientes me he descubierto varias veces pensando en él, recordándolo. No resulta extraño: él fue uno de mis guías principales al entrar en este mundillo literario mexicano.

No resulta extraño: él fue uno de mis guías principales al entrar en este mundillo literario mexicano, fue un gran maestro que, aun sin proponérselo y sin darse cuenta, me dio consejos valiosos para transitar por la vida. Un amigo entrañable. No pocas veces, cuando bebo con otros camaradas en alguna cantina, he creído verlo en un rincón, pensativo, callado, escuchando el disco que acaba de poner en la sinfonola, tal como alguna vez lo plasmé en un relato corto. Entonces levanto mi vaso o mi copa y hago un brindis mudo por el amigo, por el maestro, por el escritor, por el guía en los caminos de la vida, y me entran unas ganas terribles de volver a sentarme con él donde sea.

Y cuando caigo en la cuenta de que ya no estará más con nosotros, prefiero pensar que tan sólo se ha esfumado temporalmente de la cantina donde estábamos, como acostumbraba, y que, si seguimos bebiendo en cualquier otro antro, seguro nos toparemos con él de madrugada, al dar vuelta en una esquina, y nos acompañará a seguir la borrachera por el resto de la noche.



MARINEROS DE AGUA DULCE

VÍCTOR PAVÓN

Eusebio:
Te cuento una historia de cuando era adolescente. Un día la maestra de física de la secundaria me dijo que me iba a reprobar si no llevaba el libro de ejercicios y el material para realizar los experimentos del laboratorio. Me indicó que no tenía caso que entrara a clase.

Salí del laboratorio para refugiarme en el taller de ajuste mecánico. Era una de mis clases favoritas. El maestro me preguntó por qué no estaba en mi salón. Le conté que la profesora de física no había asistido. Sonrió y continuó trabajando en el torno una polea de bronce, me dijo que era para la imprenta del taller de encuadernación. Ya casi estaba terminada. Le pedí acompañarlo para instalar esa pieza en la máquina. El maestro colocó la polea y yo le ayudé proporcionándole las herramientas que me pedía. Después probó su funcionamiento: montó una caja con letras de metal invertidas. Apretó los cuatro costados con unas llaves españolas, luego vertió tinta negra en unos rodillos que formaban parte de la imprenta. Encendió la máquina y los rodillos se cubrieron con la tinta. Enseguida colocó unas hojas en blanco y empezó a imprimir. Me dijo que era la portadilla del libro *La isla del tesoro*, y me dio una de las hojas. Cuando terminó de arreglar la imprenta me dijo que regresara a clases, que seguramente la profesora ya había llegado. Tenía una rara sonrisa.

Salí del taller de encuadernación y me senté en una banca de madera hasta que sonó el timbre para el descanso. Mis compañeros corrieron al patio y jugamos fútbol. Después asistí a las clases faltantes hasta que sonó el timbre que anunciaba la salida. Mis amigos se reunieron para jugar afuera de la secundaria, pero yo ya no tenía ganas y me fui a mi casa. Cuando llegué, mi mamá lavaba ropa en el lavadero. No quise apenarla por lo del libro de ejercicios. Al verme, me llamó y me dio un paquete. Me dijo que un señor le pidió que me lo entregara. Cuando abrí el paquete descubrí que era el libro de ejercicios de física. No supe qué decir.

Al día siguiente fui a la escuela y le mostré el libro a la maestra. Cuando terminó la clase, fui al taller de ajuste mecánico, pero estaba otro profesor. Le pregunté por mi maestro y me respondió que se había ido y me había dejado un paquete. Lo abrí y descubrí que era *La isla del tesoro*, de Stevenson. Eusebio, quise contarte esta historia porque me recuerdas a ese maestro.



Con Jaime Aljure.
Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.



1992, con Elías Nandino. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

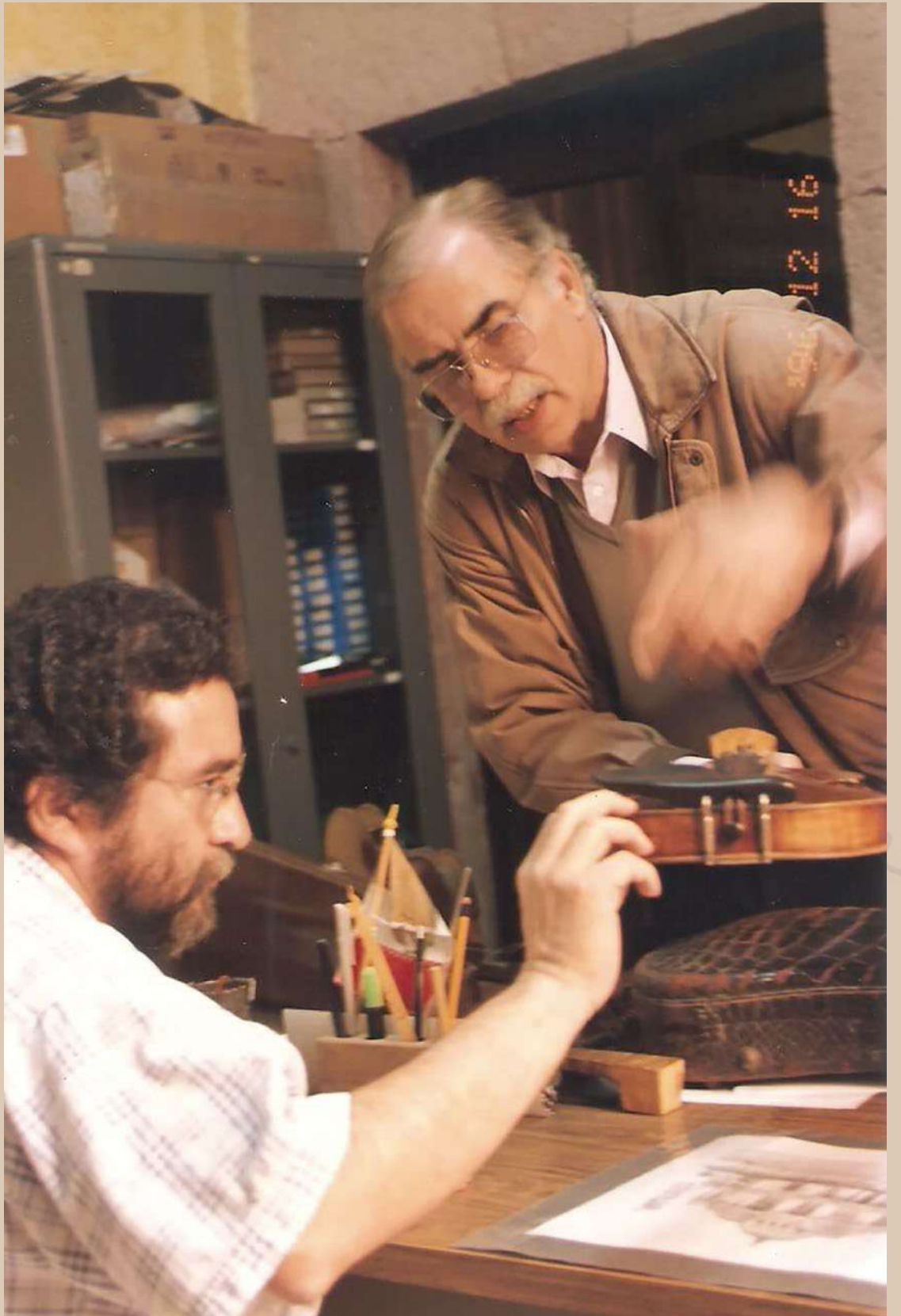
Un día me contaron que te robabas libros de las librerías (perdón por la obviedad, pero me gusta cómo suena: los libros de las librerías). Me dio risa. Por entonces apenas asistía a tu taller de los sábados en la colonia Obrera. Recordé *La isla del tesoro* y te imaginé con un ojo parchado, barba entrecana, sombrero de pirata, una espada en tu mano derecha y un libro en la izquierda, enseguida dejaste la espada en una mesa, sacaste tu anforita y bebiste. Un día de taller llegaste con un paquete de libros y nos los regalaste, era *El argumento de la espada*, un poemario de tu autoría. Me da pena decirlo, pero era el primer libro tuyo que leía, aunque ya llevaba años leyéndote en el periódico *El Financiero*, donde yo también trabajaba. Tú corregías y editabas la sección de cultura con Víctor Roura, tu amigo; yo corregía la sección de finanzas. Ahora releo un poema de ese libro:

“Mi padre/ Anoche se me apareció mi padre./ Tiene veinte años de muerto y se me/ apareció anoche. Venía de traje,/ con su chaleco guinda y su boina azul./ Venía de buenas. Traía su violín/ en la mano, y en la otra las llaves/ del coche. Venía de buenas porque/ sonreía./ Sonreía como un corderito./ Me dijo que venía a devolverme mis/ lágrimas, que no llorara más por él/ y menos interrumpiera mis sueños por/ su recuerdo.

Que en realidad no valía/ la pena y que así era la cosa. De pronto/ se quedó callado, se echó a llorar y/ exclamó: ‘No me hagas caso.’”

Encontré varios poemas memorables, tanto como las sesiones literarias que nos brindabas los sábados en los diferentes espacios que ha ocupado el taller desde hace años. Yo la verdad me sentía gitano: primero en la Obrera, luego en la biblioteca de una estancia religiosa en Tlalpan, después en la librería del Fondo de Cultura Económica Elsa Cecilia Frost, más adelante en la Casa de Juan, hasta que llegamos al Café Katsina, todo en el centro de Tlalpan, y observaba cómo te brillaban los ojos cuando la sesión terminaba y decías: “Hoy estuvo bueno el taller”, y recuerdo cómo los integrantes te escuchábamos atentos cuando hablabas de música, de compositores, de literatura o de escritores, era como si estuviéramos en el Ateneo oyendo a un maestro griego. Y vaya que tus críticas eran duras con escritores premiados por las grandes editoriales o por el gobierno. Si fueras un personaje de *La isla del tesoro*, seguramente les dirías “marineros de agua dulce”, tú, con tu parche, sombrero de pirata y espada en una mano y un libro en la otra. Pero también te imagino como un filósofo griego que frente a sus discípulos habla de la vida, los padres, los hijos.

La última vez que platicamos fue en la cantina Nuevo León, allá por Pino Suárez, después de la presentación del libro *Post data / Post mortem*; ya te notabas cansado, ya te había ocurrido ese accidente maldito que te fue mermando poco a poco. Ya no pude platicar contigo. Me enteré de tu muerte y me molesta que ya no estés. Ya no te veré más en el taller. Nunca imaginé que estuvieras tan mal. Me platicaste que te caíste y se te vinieron todos los problemas. Es curioso, Eusebio: mi padre también murió a causa de una caída, no se recuperó y tampoco pude hablar con él; lo mismo que contigo, ya no volví a escuchar tu voz, ya no pude abrazarte. Recuerdo que decías que escribías a mano, estas líneas también fueron hechas a mano, y puedo decirte que cuando asisto al taller, que ahora dirige Jorge Borja, he visto que a mis compañeros todavía se les quiebra la voz cuando hablan de ti.



Cuando se realizaba en la Casa de Juan, un día al salir del taller me invitaste a comer a tu casa, como en otras ocasiones. No podía porque tenía otro compromiso y me era difícil dejarlo, y nos despedimos con un abrazo, como siempre. Avancé varios metros y escuché tu voz que me llamaba, me alcanzaste y sacaste de tu portafolios *La fuerza de las palabras*, el diccionario que consultabas cuando había duda del significado de una palabra o de la forma correcta de escribirla; sé que ese ejemplar fue tu compañero de trabajo, e imagino cuántas veces lo consultaste para corregir textos, porque también fuiste corrector de estilo. Me dijiste: “Este diccionario debes tenerlo tú” y me lo diste, me quedé sin palabras, sólo atiné a decir gracias y volvimos a despedirnos. Ojalá también hubieras robado este libro. Quizás mi maestro del taller de ajuste mecánico también se robaba libros para regalarlos, para dárselos a sus discípulos, a sus amigos, como tú. Quizás, Eusebio, tú eras mi profesor de ajuste mecánico y te trasmutaste en el hijo de Higinio Ruvalcaba. Tengo la esperanza de volver a encontrarte en el cuerpo de otra persona, de otro maestro, de otro amigo; buscaré tu sonrisa, tu mirada vidriosa a punto de las lágrimas, y quizás me regales otro libro que tal vez ya esté en tu mano derecha, tú, con tu sombrero de pirata, con un parche en uno de tus ojos, con tu sonrisa.

1996, con Luthfi Becker, luthier. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

¿Y SI ME PUSIERA SUS LENTES?

EMILIANO PÉREZ CRUZ

**Texto leído en el homenaje a Eusebio Ruvalcaba en el Faro de Oriente 10 de junio de 2017*

Eusebio es un santo que ya no es visto y es adorado. No de gratis. Trabajó mucho. Tuvo el don para cultivar alumnos, discípulos, amigos y amigas de variada especie. Lo recuerdo siempre atento con quienes compartía comida, tragos en reuniones sociales o de sólo amigos, algún pariente, un curioso que a la larga se integró a la mesa de quienes se juntaban por el puro gusto de hacerlo, con sus pares, afines, incluso con quienes llegaron a voltear bandera.

Cuando León Ruvalcaba me pidió pensar en “algún objeto particular de mi papá que te traiga muchos recuerdos y que quisieras quedarte”, no dudé: “sus anteojos para leer, León; agradezco tu generosidad”. Ok, dijo: veré si es posible. Y fue: “te mando los lentes que me pediste.”

Contaba mi mamá que Yayita, su madre, le confió que, cuando niña, la abuela Manuela, otomí de rasgos fuertes y largas trenzas, le dijo casi al oído: nunca toque los ojos de un conejo y luego los suyos, porque hay riesgo de mirar lo que ellos, porque ven más que uno y agarra el espanto y ya nunca duerme en calma: quién sabe que verán los conejos, que tantos conejitos siempre tienen.

Y mi papá, don Serafín, campesino michoacano migrado a la ciudad para arar el asfalto con su camionzote ferretero de 12 toneladas, decía que en el rancho El pino, municipio de Contepec, los malillas se hacían de un perro negro. Lo sometían y con la punta de una hoja de mariguana le quitaban chinguiñas de los ojos y las ponían en los suyos. Así venteaban y veían al diablo y sus demonios, hacían tratos con él, los sacaba de la miseria y tiraban el jacal para hacerse de una finca de material y teja colorada, con portal y todo.

Cuando niños, en la noche hacíamos fogata en el llano y contábamos lo que oíamos de nuestros mayores. El Balam decía que las lagañas de la salamandra de lengua hongueada te hacían ver, si te metías al mar de Puerto Progreso, cuando los barcos piratas se hundían. Y si llegabas hasta ellos, rapidito-rapidito encontrabas el cofre del tesoro y dentro un frasco con vino que te hacía inmune para navegar con bien toda la vida. Y que la rata que sale entre los madroños por las tardes te enseñaba a hacerte de cosas que los demás no tendrían, con sólo ponerte en los ojos una de las lágrimas que soltaba para que te compadecieras y la sacaras de la trampa de raíces donde desesperaba.

¿Y si me pusiera los lentes de Eusebio? Me dio miedo. No es fácil decisión. Una vez el Capulín, perro corriente cruzado con “de la calle”, despertó de súbito, se encaramó al lavamanos y no paró de ladrarle al espejo hasta que lo nubló. Vi sus chinguiñas y estuve tentado. Nomás tantito tentado.

Así me pasa con los anteojos de Eusebio: pero soy como el pájaro verde/ que en la sombra me detengo: temo dejar mi zona de confort y mirar a mis semejantes, a mí mismo, con ojos de Eusebio, capaz de medir “la temperatura a la muerte. Así va mi inteligencia: de la cima al abismo”, según escribió y nos lleva a través de sus libros, desde *Un hilito de sangre* hasta *Todos tenemos pensamientos asesinos* y sus cuentos de *Jueves Santo* y la descarnada poesía de *El frágil latido del corazón de un hombre*, pasando por *Las cuarentonas*, *Músico de cortesanas* o la correspondencia contenida en *Embajadores de la música*.

Ahí está Eusebio, en su obra, donde recreó a la humanidad de este trozo del universo, a la que miró con esos sus ojos tristes y a través de los lentes que León me obsequió y temo calar. Pese a cómo nos veía, no perdía ánimo para escudriñar el alma ajena y la propia, y mostrarnos su esencia, como Dostoiévski, como Revueltas.

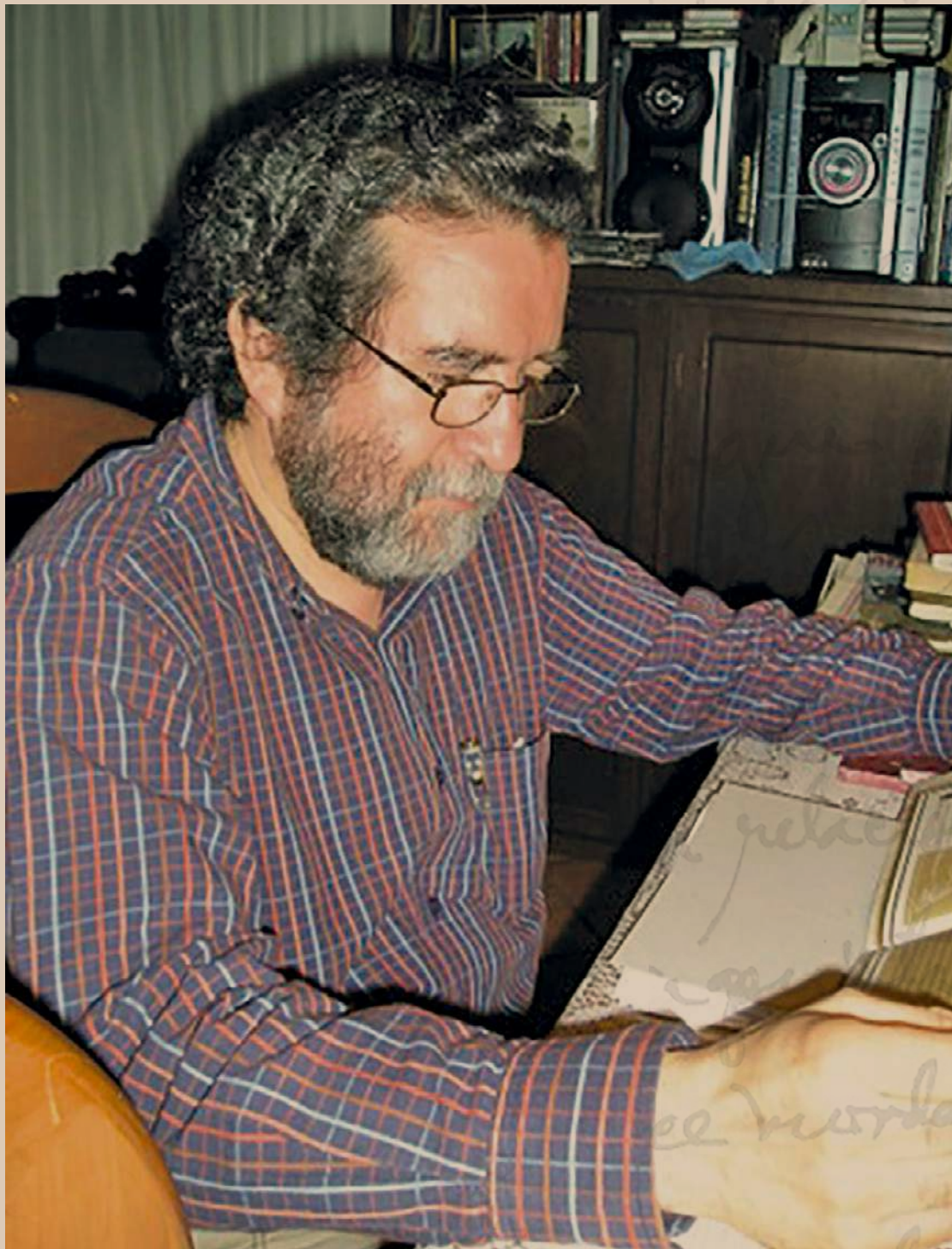


Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

Él, que escribió a Johannes Brahms: “Escucharte en momentos terribles, cuando no se avista remedio alguno, cuando todo en derredor tiene el tufo del desaliento. En esos momentos dejar que el lenguaje musical se apropie de nuestro corazón proporciona el alivio que nos permitirá esperar el día siguiente con quietud y esperanza.”

Esa esperanza a la que se aferraba y que la realidad diluía cuando Eusebio la desmenuzaba para volverla escritura, a través de los tantos géneros que frecuentó para siempre volver al eterno reto de la hoja en blanco, pues sabía, y lo sorrajaba a los aprendices o aficionados, que “escribir es cuesta arriba. Los escritores les pedimos prestado a los compositores el flujo de la inspiración.”

Y el Eus, siempre inspirado, oía con su especial oído musical, y veía con ojo crítico lo que acontecía y le acontecía; tenía el don de la imaginación, acrecentada por su enorme capacidad de sorpresa y su honestidad, que le habría permitido decirme:

—No te la jales, carnal. Deja esos lentes y mejor ponte a trabajar.

Y mejor los dejo, porque qué tal que lo veo a él y yo wevoneando: él entregado a su oficio como el buen carpintero, como el mecánico, el albañil: con alma, vida y corazón, aun a costa de sí mismo, un santo que ya no es visto y es adorado por su legado: sus 65 libros.

Lléguenle, para conocerse, para conocernos. En ellos —los libros de Eusebio Ruvalcaba— me veo, como si me pusiera sus lentes. Como de rayos X.

EUSEBIO RUVALCABA O EL FRÁGIL LATIDO DEL CORAZÓN DE UN HOMBRE

MARÍA TERESA PÉREZ CRUZ
Nezahualcóyotl, Estado de México,
a 27 de agosto de 2024.

Septiembre 3, un día que antes celebraba con alegría y entusiasmo, pues marcaba el nacimiento de un tapatío, querido amigo y maestro, escritor al que *No le amarraron las manos de chiquito* y por ello su pluma fue tan prolífica creadora de poemas, novelas, cuentos y ensayos que *El diablo no quedó defraudado*. Sus textos me movieron el tapete y con ellos acepté que el amor y la pasión existen, pero también que *Todos tenemos pensamientos asesinos*. Sin embargo, desde hace siete años, esta fecha también me recuerda su partida y una triste sensación me invade cuando experimento, nuevamente, su muerte *Desde la tersa noche* del 7 de febrero de 2017, cuando en un hospital se dejó de escuchar *El frágil latido del corazón de un hombre*, el corazón de Eusebio Ruvalcaba.

Anécdotas, lecturas de tus obras, la presencia de tus amigos... todo buscaba devolverte a la vida en aquella impersonal funeraria al sur de la Ciudad de México donde, sin que tú pudieras participar, hablamos de ti y fuiste el centro de atención —aunque nunca te gustó serlo... o quizá sí—. Recuerdo que volteabas los personificadores con tu nombre cuando presentabas alguno de tus libros o charlabas con entusiasmo sobre música. Ese día a tu salud, tomamos *Una cerveza de nombre derrota*, nunca más chocaríamos contigo envases ni copas.

Hoy, querido Eusebio, recuerdo tu nacimiento, tu vida y tu obra, que fueron un regalo para el mundo de la literatura y para nosotros. Tu pasión por la escritura y la música, tu dedicación creadora y tu generosidad al compartir conocimientos y experiencias —sobre todo con los jóvenes y noveles escritores a los que guiabas para que le rascarán a la memoria, a los sentimientos, a la herida, al corazón— dejaron una huella imborrable en mi memoria. Un café, una cantina, un parque, un reclusorio, un aula... eran lugares donde incitabas a escribir, a demostrar que morir inédito no es una opción. Enseñaste que la llave es la pluma para dar voz al pensamiento, a los sueños, al dolor, a la vida misma, la pluma es la llave para permanecer en el mundo.

Aunque tu ausencia sigue siendo un vacío en mi vida, tus letras siguen vivas, inspirando y conmoviendo a quienes tienen la suerte de leer tus libros. Rindo homenaje a tu memoria. Que tu legado continúe iluminando el camino de generaciones futuras. Que tu nacimiento y tu vida sean fuente de inspiración para mí y para otros. Que tu obra sea faro que nos guíe y nos recuerde la importancia de la amistad, de vivir con pasión y hasta las últimas consecuencias, de escribir con el corazón y de compartir con generosidad.

En esta *Atmósfera de fieras* ciudadana donde el humo y el trajín cotidiano nos alejan a unos de otros, tu presencia física es un *Homenaje a la mentira*, pues tu corazón, querido amigo, dejó de latir para nosotros. Tu cuerpo se convirtió en un *Banquete de gusanos* a *Los ojos de los hombres*, pero tu recuerdo te convierte en *El portador de fe* ante el absurdo de la muerte.

Hagamos *El brindis* por tu recuerdo: ¡Salud, querido Eusebio! ¡Gracias por todo!



1967, en su graduación de la secundaria. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.



1979, con Vicente Quirarte en La Faena.

Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

EUSEBIO PARA SIEMPRE

VICENTE QUIRARTE

Escribo el 14 de febrero de 2017, día de San Valentín. Hoy hace una semana que Eusebio estaba sus últimas horas con nosotros. Siendo reales, hace muchos días había dejado de estar con nosotros. Sin embargo, nunca como cuando nos fue robado por el hospital fue tan nuestro y estuvo con nosotros y en nosotros. Nunca fue tan fuerte el pronombre colectivo y todo fue trabajo suyo. Qué bueno que lo vi ese 23 de diciembre, para desayunar, en una ceremonia que con él mucho tenía de eucarística. Qué bueno que lo vi y le hablé esa tarde en el hospital, donde pocas veces lo vi tan tranquilo, tan con él, en la vida, con la vida.

Hoy, día que obligan al pobre San Valentín a ser el padrino de los amigos y los enamorados, abro al azar el libro dedicado por Eusebio al de la voz, *El arte de mentir*, y lo abro precisamente en el capítulo "Amistad vs. Amor." Converso con él, acudo a su sabiduría, manoteo cuando no estoy de acuerdo con algo. Eusebio sabía escuchar. Cuando no estaba de acuerdo en alguna idea, se quedaba callado, reflexionaba en cada palabra que iba a decir a continuación.



El miércoles 8 de febrero de 2017, para ir a la funeraria donde estaba el cuerpo de Eusebio, que muy pronto sería polvo enamorado —pocas veces como en sus restos fue tan real la metáfora quevediana—, me puse una corbata negra, hermosa y casi nueva porque prácticamente no la uso. Hubiera querido no hacerlo para Eusebio, pero hacerlo era una forma de ser fiel a lo que él llamaba espíritu de

fineza y admiraba en gente como mi padre, su maestro.

En una entrevista dice que su padre —oriundo de Yahualica, como mi cerril, dura y admirable abuela paterna— nunca pidió las cosas por favor ni dio las gracias. Atribuye a tal carácter la circunstancia de que se hizo solo. Alguien le daba los buenos días a don Higinio y él respondía: "Qué tienen de buenos." Pero ese ser arisco era capaz de comunicarse y, mejor aun, comunicarnos con los dioses.

Lo que más me gustó es algo que leí en otra entrevista, que tal vez yo sabía pero no recordaba. Si es una invención de Eusebio, es una de sus más perdurables ficciones: su abuelo reparaba colchones y amaestraba ratones en Yahualica. Alguien de ese calibre sólo podía procrear idiotas o genios. Resultó lo segundo.

En la bolsa del saco yo llevaba doblada una fotocopia de la elegía de Miguel Hernández a Ramón Sijé, con la que todos hemos llorado alguna vez. La leí en voz alta por la mañana de ese miércoles, y escuché el Réquiem de Mozart. Ya en la funeraria, nunca pude hallar el momento para leer el poema: hacerlo me pareció indiscreto y protagónico. Estoy seguro de que Eusebio hubiera hecho lo mismo. Por fortuna, su hijo León Ricardo llegó con dos bocinas y lo primero que sonó fueron las notas del Concierto de Beethoven para violín y orquesta. Una gloria en la tierra. Ya en la soledad de la casa, releo el poema que me llevé al funeral, y que ahora adquiere su enorme dimensión. Me quedo con tres versos:

No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.

Nunca como ahora han sido tan verdaderos, tan intensas esas palabras del terceto. Todo está ocupado por Eusebio. Todo se llama con su nombre. "Es imposible vivir en un mundo sin mi padre", escribe en un mensaje su hija Flor. Respondo cualquier tontería tierna, pero debo decir que tiene razón. No sabía que Eusebio y yo éramos tan amigos,



No sabía que esto pudiera doler tanto. Aunque una parte de la razón nos convenza de que la suya es una presencia ausente, una ausencia presente.



Pasará tiempo antes de que nos habituemos a utilizar el pretérito para hablar de Eusebio Ruvalcaba. Su presencia, su voz, su risa, sus palabras en vivo y en la página se hallan tan presentes, que siempre están allí, como lo está su mirada inquisitiva y exigente, esa que nos levantaba del suelo o nos obligaba a reflexionar en la vida como un oficio interminable, que exige la integridad y la pasión por él puestas en cada uno de sus actos.

Dos miradas tuyas recuerdo para siempre: una fue en la iglesia. Cuando me hizo el honor de que yo apadrinara a su hijo León Ricardo, de repente di la vuelta y allí estaba su presencia, segura y solidaria. En los ojos de Eusebio descubrí que la amistad es, como dice Byron, el amor sin alas. Más duradera que cualquier otra forma de afecto. La segunda mirada tuya está en una fotografía tomada en nuestra juventud, en la cantina La Faena. Eusebio tiene esa mirada implacable de santo joven que desarmaba voluntades femeninas y era puerto de abrigo para el camarada.

Fuimos hermanos sin saberlo en cuanto nos conocimos. No nos unió la búsqueda de la palabra ni su ejemplar sabiduría musical sino el amor por la familia. Dedicábamos largas horas a hablar de nuestros respectivos padres: él, del talento de don Higinio, yo, de las pasiones de don Martín, a quien él quiso, respetó y admiró, porque en él encontraba un alma paralela. El único reproche que puedo hacerle a Eusebio es que quisiera a mi padre más que a mí, pero mayor es la gratitud que le debo. Dice la sabiduría popular que primero es comer que ser cristiano. Apenas en sus años veintes, el joven Eusebio desafiaba esa verdad, y por eso ya era lo que siempre fue: un ser digno, orgulloso y humilde, que hizo el bien sin proponérselo, amó la belleza en todas sus manifestaciones y exigía cuentas diarias al hombre que le correspondió ser.

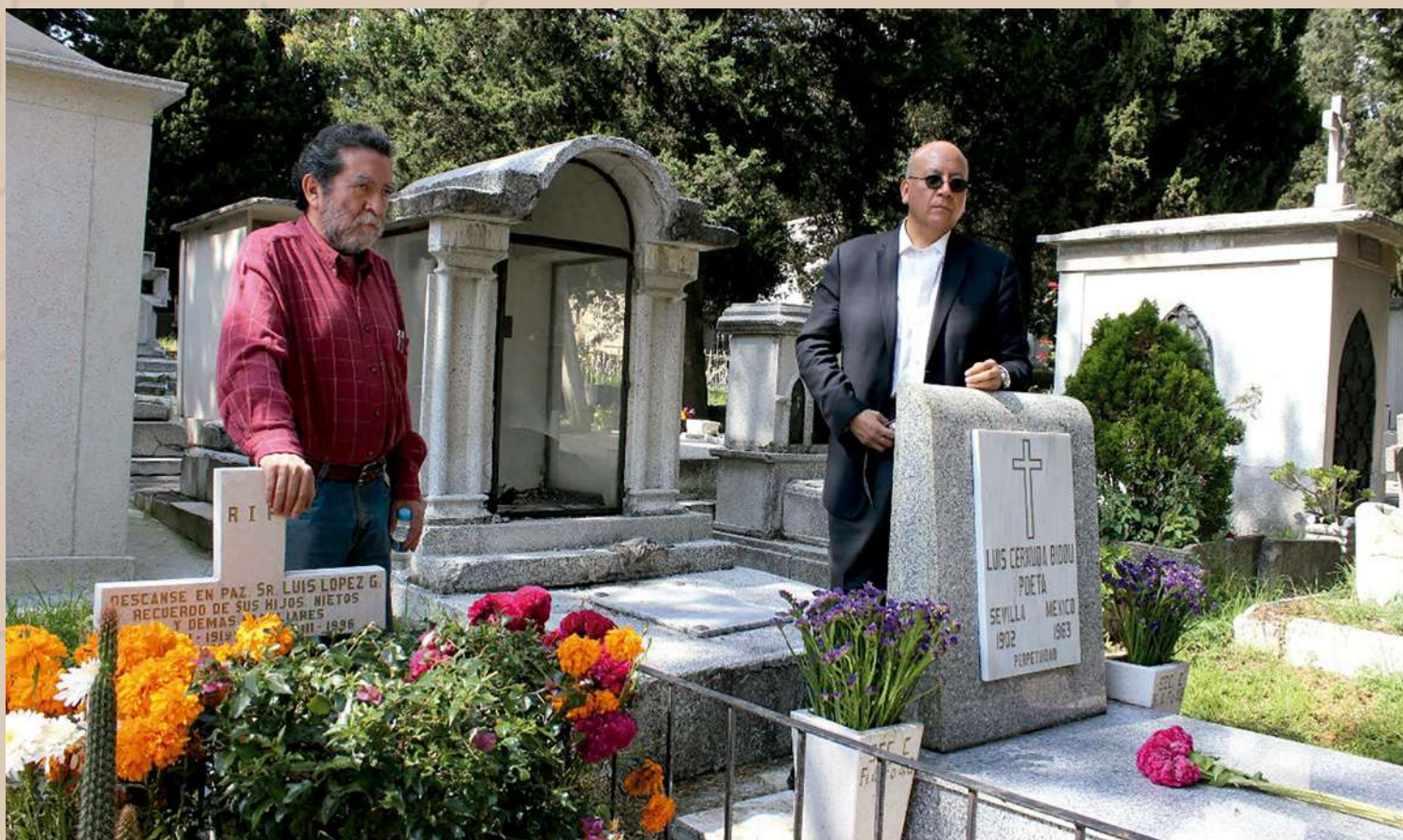
Cuando lo visité en el que llamaba su estudio del Zapote, en los linderos de Tlalpan, me estremecí. En esa misma calle se encontraba la última vivienda ocupada por mi hermano Ignacio, que finalmente fue vencido por la sombra, el miedo y el desaliento. Otro era, por fortuna, el caso de Eusebio. Rodeado de una modestia excesiva, no era pobre. Tenía una riqueza interior y verdadera que lo volvía inexpugnable a las diarias necesidades que nos inventamos. Un lujo mayor había en su estudio: su majestad la música,

ca, y Eusebio se sentía justamente orgulloso de vivir a su servicio. Allí me prestó la traducción y las imprescindibles notas que José Emilio Pacheco hizo del *De profundis* de Oscar Wilde. Es un libro varias veces apasionadamente subrayado por Eusebio. Lo fotocopié y armé caballeros ambos ejemplares con el arte del encuadernador Félix Ocampo.

El 5 de octubre de 2015, recordamos un aniversario más de la muerte de Luis Cernuda y fuimos a su tumba en el Panteón Jardín, para brindar por él y leer algunos de sus poemas. Eusebio se presentó en el lugar con unas botellas de agua que en realidad contenían tequila de la más exigente transparencia. Hubo un tiempo en que los cementerios eran refugio de solitarios y enamorados que deambulaban acompañados exclusivamente por sus fantasmas. Gracias a la sabia picardía de Eusebio, a los guardias no les llamó la atención esa tropa de inocentes bebedores de agua que leían poemas, la verdadera subversión.

Eusebio escribía como respiraba. Como amaba. Como bebía. Sus libros, que deben sumar el centenar, constituyen la bitácora de un melómano, la geografía ética de un santo bebedor, la norma de vida de un trabajador incansable que parece no trabajar. Aquí está uno de los secretos de la escritura —no digo literatura porque a Eusebio le disgustaría—. La inevitable Wikipedia afirma sobre Eusebio Ruvalcaba, entre otros datos prescindibles, que es muy seguido y amado por los jóvenes. Oscar Wilde decía que los viejos no saben nada y los jóvenes lo saben todo. Tenía razón. Eusebio siempre fue joven no porque persiguiera desesperadamente serlo sino porque se mantuvo fiel al muchacho que nunca murió en él: se asombraba y desgañitaba como lo hacía al jugar frontón con su padre en la pared de su cuarto, ante la invencible y tórrida belleza de una mujer, ante la lección permanente de sus hijos.

Tomo uno de sus libros. Empiezo a leer *El silencio me despertó* a la luz de un martini. No pude hallar mejor aliado que el agua que corta para entrar en las páginas incisivas y tersas, iluminadas y valientes de Eusebio. Como no hay otra persona en el restaurante, puedo subrayar el libro a mis anchas, echarme a gusto mis carcajadas, y dejar escapar alguna lágrima traidora provocada por el libro. Una discrepancia acerca del subtítulo: cierto que *Consideraciones sobre la música, la literatura y cuestiones afines* acota el contenido de esas notas, valga el doble sentido, que hablan de todo lo que el sabio Eusebio conoce y transmite como el insuperable periodista cultural que ha llegado a ser, pero *El silencio me despertó* es más, mucho más de lo que el subtítulo limita.



2013, con Vicente Quirarte junto a la tumba de Luis Cernuda en el Panteón Jardín. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

El hipócritalector

Continué la lectura a bordo del vehículo, ya con una técnica distinta: saltar de un texto a otro, explorar los afluentes que cada título promete. Entonces constaté otra de sus características. Si bien cada fragmento tiene como base una entrega o una vivencia en una fecha determinada, su ingreso a la forma de libro no ha sido obra de la recopilación apresurada sino de una calculada estructura. Gran conocedor, escucha y crítico de notas musicales, sabe que la improvisación exige trabajo previo, disciplina tenaz, pasión sin concesiones. Cada página de *El silencio me despertó* parece que se hizo sola, y ésa es una de sus mayores virtudes. Otra de las bondades del libro es que se transforma, sin quererlo, en nuevas cartas a un joven poeta. Eusebio no aconseja sino expone lo que la vida y su enfrentamiento con la ingrata convertida en letras le ha costado. Lee libros no consagrados por el siempre veleidoso canon sino por sus pasiones de lectura. Y lo que es más difícil aun: de vida que merece ser llevada a la página. Al leer el libro me doy cuenta de mi enorme ignorancia musical pero, gracias a Eusebio, se trata de una enfermedad curable.

No resulta una hipérbole decir que *El silencio me despertó* es la versión, en este siglo XXI y en esta capital mexicana, tan canalla como sublime, del pequeño libro rojo de Mao. El problema de este libro —tan bellamente editado por Valentín Almaraz— es su tamaño. En alguna ocasión Eusebio publicó un libro de aforismos de Balzac, extraídos de sus cartas y novelas. Propongo al maestro Almaraz que publique un pequeño Ruvalcaba que contenga perlas como las que enuncio:

Los escritores. Siempre díscolos. Siempre envidiosos. Siempre evasivos de compartir la belleza. Porque se asumen como depositarios de ella.

La invencible, una cantina de San Ángel. Llevo mi cuaderno y escribo un capítulo más de mi novela. Los parroquianos no se inmutan. Soy un pobre diablo escribiendo. No podría aspirar a más.

Mis relaciones con las mujeres son como mis relaciones con las palabras... La única ventaja de las palabras es que no son rencorosas.

Para que un libro gane su derecho a ser vendido tiene que pasar más pruebas que un ron parisino.

Poe poesía poseía.

El decadente, el más profundo e insondable decadente, es un iluminado. Despide cierta luz que ciega, cierto tufo: la gente le rehúye, sobre todo los triunfadores.

Van estas iluminaciones, entre muchas otras contenidas en un libro que ingresa, ya, a la breve lista de aquellos dignos de ser llevados a la isla desierta. Una última confesión: no terminé de leer el libro a propósito porque uno de mis temores fue que se me acabara demasiado pronto. Dejé varios textos para acudir a ellos con la devoción con la que se llega al último trago, con la que San Eusebio asalta su refrigerador para buscar la última torta de bacalao. Fiel al espíritu de *El silencio me despertó*, quise poner punto final a estas líneas amparado por el filo impecable de otro martini, bajo los mármoles mexicanos del Palacio de Bellas Artes. Como esa tarde cerraban a las seis, me refugié en La ópera, donde un fugaz hermano de barra me lanzó una frase que puede ser buen epígrafe de este libro: “Nací para morir”



2007, en casa de Vicente Quirarte. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

o

Escribo estas palabras en San Luis Potosí. Es la madrugada y suena el tren que cruza el alma y el cuerpo de esta ciudad. Pienso en todas las imposibles, pienso en los ojos alucinados de sulfato de cobre de Magda Nevares, que vivía, de acuerdo con el poema y el poeta Ramón López Velarde, “contigua a la estación de los ferrocarriles.” Cuando Eusebio supo que yo venía a esta ciudad, me dijo: “Diles que te lleven al Tampico.” Naturalmente le obedecí, e hice del bar un sitio de peregrinación. Es un retrato suyo: tiene una escalera que conduce a las profundidades y una planta alta donde todo es igualmente decadente, accesible y abundante. Eusebio era así: capaz de hacernos subir al cielo o descender a los infiernos, como lo demuestra la que para mí es su mejor y más dura novela, *Todos tenemos pensamientos asesinos*.

Eusebio nos traslada de las cimas más sublimes de la música a la piquera vil donde a la luz del caballo retrocede la sombra. No la bohemia estéril y autocomplaciente: la lucidez de la herida del día o aquella joya de la que somos despojados: paraísos perdidos y epifanías fugaces emanan de cada una de sus páginas por las que siempre agradeceremos a Eusebio Ruvalcaba su existencia y por las que siempre estará con nosotros y en nosotros.

El mundo del arte

EUSEBIO

RAFAEL RÍOS

Recordar: del latín re-cordis, volver a pasar por el corazón.

Año 1991, comencé a leerle en la sección cultural de *El Financiero* por un artículo sobre la muerte del padre de Fedro Guillén; me atrapó y continué leyéndote. Te busqué en los lugares que mencionabas en tus artículos, principalmente el Zirahuén —que estuvo en avenida Cuauhtémoc—; nunca fuiste los días que estuve ahí pero sí tu hijo Alonso, a quien le mostré tus artículos, que coleccionaba.

Ya en 1994 un amigo me dio tu número. Al otro día te marqué y nos fuimos a comer —gran comilona con berebucua y conversación, ahí nos acarnalamos hasta tu partida.

Siempre que nos reuníamos era para reírnos —o llorar, si hablábamos de nuestros hijos, que ahora son amigos—. Nunca tuvimos desacuerdos. Me escuchaste en mis momentos difíciles, dándome sabios consejos. Y me presentaste a grandes amigos: Jorge Alberto Montes, Alfredo Giles —quienes ahora te acompañan—, Rolando Rosas, David Magaña, Paco Valencia, Valentín Almaraz, Samuel Segura, Adrián *el Negro* Román, Jorge Borja...

Te volviste asiduo de la Obrera, donde llevaste a cabo tus talleres de literatura, en mi oficina. Hasta le hiciste un homenaje a la colonia en tu libro *Temor de Dios*. Nuestros lugares favoritos fueron: La mexicana, El Rhin, Fonda Carmela y La oficina —para bailar son—. En La mexicana y al calor del vodka Absolut estábamos tú, el pintor Rogelio Flores y yo, y te propuse: ¿por qué no escribes un poemario a puño y letra con pluma fuente? La idea te encantó. De ahí salió tu libro *Jugo de luz* con dibujos de Rogelio y en diez ejemplares, y nació Los Absolutistas Editores, donde luego escribirían y publicarían Rolando Rosas, Alfredo Giles y Graciela Villanueva.

Seguimos caminando etílicamente en otras cantinas. Un día te invité a que escribieras poemas sobre los objetos que hay en un cuarto de hotel: se tituló *Sonetos al alcance del buró*. Otro día, en el bar Las hormigas de La casa del poeta, se llevaba a cabo un encuentro internacional de poetisas; logré entrar y pedí leer un poema: “Los libros.” Salí en hombros. Me preguntaron mi nombre y contesté: “Eusebio Ruvalcaba”, motivo para que me invitaran los tragos. Te llamé para decirte que recibirías mensajes por correo electrónico pues había dado el tuyo, y así sucedió.

Chebo, sigues y seguirás vivo en mi corazón hasta que deje de latir.

Rafas
(como me decías)



Con Rafael Ríos. Foto: Cortesía de Jorge Borja.



1995. Día del padre en Chapultepec, con Alonso, Flor, León y Érika. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.



2011. En Metepec, Puebla. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

EUSEBIO RUVALCABA Y EL PLACER DE LA ESCRITURA

ALEJANDRO ROJAS

Es incierto saber con precisión hasta qué punto un escritor puede generar influencia, simpatía o animadversión en sus correligionarios de oficio o en sus discípulos durante y después de su vida. Quizás aun más cuando las perspectivas fundamentales de ese escritor circundan en esencia el acto de escribir y punto. Para Eusebio no existía la menor duda de que la labor del escritor era de las más ingratas que podía haber y a la vez de las más sublimes. Fiel a un modo de concebir la propia, buscó mantenerse al margen de los reconocimientos, de las grandes editoriales o de las gestiones oficiales de cultura. A diferencia de un músico, decía, un escritor no puede ejercer su trabajo a la vista de los demás; en cambio la música permite la exaltación y el lucimiento del ego del artista ante un público determinado. Sin embargo, muchas presentaciones y lecturas en vivo de Ruvalcaba se parecían más al concierto de un *rockstar* que a las de un escritor. Posiblemente muy en el fondo escondía a ese músico que empleaba el ánimo, la ironía y la armonía de las palabras como principales instrumentos, no sólo en el oficio sino en la propia vida. Además, fue un excelente cultivador del ejercicio de la amistad y de su propio personaje, *Eusebius*.

Volviendo al suceso de la escritura —no de la literatura, como él mismo lo hacía saber a sus discípulos y amigos— consideraba que el verdadero escritor siempre debía emerger desde las condiciones más brutales y simples de lo que significa el ser humano. Pese a las situaciones más adversas —falta de dinero, dolor, enfermedad o muerte— había que escribir. Pese a los premios, el amor, el trabajo, la familia, los homenajes, los halagos, los fans, las envidias o los detractores, había que escribir.

Tenía una singular manera de enseñar y observar en los otros sus tentaciones, debilidades y virtudes. Porque al mismo tiempo Eusebio se consideraba un escritor singular; leía con fruición los textos de sus alumnos y de escritores desconocidos durante la multitud de talleres que dirigió. Ahí, chavas y chavos en su mayoría recibieron sus primeras críticas —que en principio provenían de sus propios compañeros— y, con agudeza, el maestro animaba y desanimaba a sus alumnos a trazar sus esbozos de poemas, cuentos o novelas. Paradoja pura, perversa si se quiere, el caso particular de esgrimir reflexiones junto a circunstancias de vida, como la de ser un buen lector antes que escritor, la de sentir en carne propia la derrota antes que la victoria cuando se escribe o la de cuidar la ortografía y aprender el uso de los signos de puntuación antes de pretender publicar —son algunas enseñanzas, entre tantas, que compartía con sus discípulos.

Y en esa agudeza de ironía que tanto lo representaba, la memoria personal aún celebra ese juego de crítica improvisada que nos encantaba hacer después de beber algunos Johannes Brahms —como él los bautizó, en alusión directa al whisky JB—: elegía al azar algún nombre de escritora o escritor del encumbrado parnaso literario nacional y con



En su taller sabatino. Foto: Cortesía de Jorge Borja.

su característico ingenio soltaba a quemarropa frases críticas o chismes sobre ella o él, lo que irremediamente provocaba estruendosas carcajadas a su alrededor.

De los más de setenta y cinco libros publicados por Ruvalcaba, cabría señalar la vigencia preponderante que guardan ciertas obras que se han vuelto clásicas dentro del panorama literario mexicano, empezando, por supuesto, con la novela *Un hilito de sangre* o *52 tips para escribir claro y entendible*. Sin embargo, sería bueno redirigir nuestra lectura a obras que, más allá de ser literarias, también son amenas guías para entrarle con deleite a la conocida como música clásica o de concierto —quien suscribe estas líneas da testimonio, pues realiza la prueba desde hace años—. Por mencionar sólo algunos: *Con los oídos abiertos*, *El silencio me despertó* o *Temporada de otoño* —este último compila el trabajo que realizó en la Fonoteca Nacional, donde el escritor melómano se dedicó a rescatar del olvido ciertos autores y piezas de música mexicana de salón, de cámara y orquesta del siglo XIX y principios del XX.

De talante comprensivo, generoso, a veces inexorable, Eusebio buscó casi siempre tener a la mano una botella o un trago para compartir al final de cada sesión de sus clases o cuando se llegaba a visitarlo. Decía que lo peor que le podía pasar a un escritor era creérsela y regodearse de su propio trabajo. Vaya que le caían gordas esas actitudes. Hablaba con profusa emoción de su gusto por la belleza, la literatura, la música, las mujeres y la amistad, versiones del paraíso que en tiempos inciertos debiésemos llevar siempre alojadas en la sangre para confrontar los asiduos embates del mundo.

Todo para su
 para que la mediocridad avance.



2007, con Carlos Sánchez en Álamos, Sonora.
 Foto: Cortesía de Lupita Navarro.

EUSEBIO: EU

L. CARLOS SÁNCHEZ

Tus manos aletean en mis sienes. Son dos mariposas que me cuentan las desventuras. En cada una de las hojas donde parlotean (la analogía-metáfora de los libros que firmas) sus alas confeccionan latidos de felicidad y desconcierto. Yo al leer y sentir me pregunto cómo ha sido y de dónde, por qué y para qué: *Un hilito de sangre*, *Desde el umbral*, *John Lennon tuvo la culpa*, *Jueves Santo*, *Desgajar la belleza*, *Desde la tersa noche* (novela que es influencia de Amores perros), y los muchos más títulos que caminan por sí solos en las bibliotecas, en los anaqueles de librerías, en medio del sobaco de ese estudiante imberbe que no te suelta como no te soltamos quienes nos convertimos en adictos de tus letras.

Luego de tanto cavilar regreso a los días aquellos de tu voz en mis oídos, de tus gestos en mi mirada, las travесuras impostergables: meter trago de contrabando a una cantina, arrojar libros de nuevo y de marca a los botes de basura mientras caminábamos por Reforma, jugarse en un volado la ida por los chescos, improvisar un paso de baile sabiendo que poseías dos pies izquierdos... entre muchísimas más. Esa vez que nos leíste en el interior de un parque, en Tlalpan, la escena de aquella novela que se suscitaba justo en ese lugar, entre los juegos y los árboles.

Cuesta trabajo, mucho, decantar para escribir los temas que me (nos) legaste durante tu paso por la vida. La filosofía implacable que tuviste para cada una de las circunstancias de vida: “¿sabes por qué no le pasó nada al cuate ese borracho que se pegó un madrazo contra la

banqueta? Porque cayó en posición fetal. Pregunta y respuesta tuyas, en esa tarde cuando caminamos por la plaza Hidalgo, acá en tu casa que es Sonora.

Radiaba a lo lindo el sol, pedías otro trago mientras afilabas las palabras para ingresar a la sesión del taller que impartías. En ese taller la espontaneidad certera. No había trabajos como antecedentes, no había lecturas previas ni revisión de textos en el correo electrónico. “Vamos afuera, tomemos una piedra y regresemos a la sala.” Nos convocaste y la consumación del ejercicio desencadenó diálogos con las piedras. Entonces la roca tuvo otro cariz, el dolor que le provocaban los rayos del sol, el abandono del que algunas fueron objeto, el accidente que las hizo llegar hasta allí: y ruedan y ruedan y ruedan.

Fantásticas lecciones de cómo para escribir sólo se requiere disposición.

“Sonora es mi tierra, la mitad de mi cuerpo quedará esparcido en cenizas en las calles del Cerro de la Campana, en Hermosillo, la otra mitad quedará en Oaxaca.” En la sobremesa nos lo contaste a Coral y a mí, luego de la improvisación de esos pasos de baile en los cuales te desplazabas con enjundia y esmero, con la risa de niño siempre prendida de tu barba y esa mirada que, aparentando sólo un punto, lo veía todo.

La familia que se extiende, la que cohabita bajo un mismo cielo. La querencia esa que con puntualidad y a través de palabras, abrazos, franquezas y despistes, nos adherimos a tu nombre, que en todo el país se repite como referencia a la literatura de altos vuelos.

Y la música. Cuántas oberturas, cuántos acordes, el baile desenfrenado en el interior de tu panza con cada una de las piezas que entraban por tus oídos y desembocaban en lágrimas. A nadie he visto amar con tanta pasión la música, a nadie veré jamás vivir como lo hiciste tú.

Querido Eusebio: eu, te abrazamos para siempre: todos.

l,
 no
 nada
 no hay
 mediocre
 brás.
 ativan
 aire.
 fondo
 ida.



LA BRUMA

HÉCTOR TRINIDAD DELGADO

Un casi dolor lo arrancó de ese extraño lugar. Cuánta gente, cuántos ruidos, nada de música decente. Muchachas bonitas en todos lados, al menos, ah, qué suspiro, adiós también a todo eso.

Esperaba secretamente algo así, un cambio, es sólo que lo súbito a cualquiera espanta. Hasta a los merititos hombres de Jalisco, porque una cosa es decir que nada importa y otra saber que lo que importa se desvanece poco a poco.

Y ahora sí, justo en el ombligo, una patada del burro donde anda el miedo. ¿Y si no es lo de allá lo que se convierte en niebla sino yo? Y la enorme cantidad de respuestas le erizó los vellos de la nuca. Porque pelo no tenía desde una semana atrás, cuando feroz señorita estilista-jardinera le quitó hasta el último rizo de la melena. Si, sí, recuerdo: es un procedimiento más bien simple, perforamos el cráneo con un taladro especializado, las sierras sólo son para cosas mayores, metemos una sonda y extraemos lo que se pueda del coágulo sin dañar al cerebro, es decir: más del daño que ya tiene. Y ya. Esperar que despierte.

¿Esperar de tiempo o de esperanza? Maldito idioma que cada vez le resultaba más complejo. Para dolor esto: escucharlo todo, palabras y ruiditos, como detrás de una cortina de aplausos. Perder la claridad, la dulzura de sílabas y enunciados, la imprudencia de Beethoven, la bestia, y la absoluta belleza de Mozart, el único Dios. Perder el hilo de lo que se escucha, ser de repente incapaz de comprender lo que dos palabritas significan: terapia intensiva. Darse por vencido porque daba igual, salvo unos relámpagos de claridad visual, algunas ciertas voces tan claras como ayer: sus hijos —niños y no tanto—, su esposa —hoy, siempre—, los violines y la sección de viento. El estremecimiento cuando los cellos... caray, ¿cómo son los cellos?, ¿son de percusión?, ¿de bronce, de madera?

Así como el tiempo se le iban las certezas. Pero ese desga-

jamiento no tuvo módor: de una camita mugrosa y de algún modo pública, privacidad cero pero al fin cama, a un lugar indefinible donde uno está sentado en el piso, apretado por quién sabe qué cosas que no se ven pero se sienten. Claro, ya entiendo, personas también. Como yo, pero no las veo: normal, porque no veo ni mis propios pies. Veo, en suma, nada. Decenas, cientos tal vez en un lugar que no alcanza y siento el apretón de codos y hombros, y manos que se estiran, y el crujir de huesos y carne blanda, y me aplastan tanto que busco levantarme. Me pesan tanto que me falta el aire, estiro puños y rodillas que chocan con ellos y vuelvo a caer sentado, las costillas lastimadas, la respiración que se va. Estoy asustado. No quiero estar aquí.

Es entonces cuando una claridad se me encaja en las tripas. Lo que yo quiera es irrelevante. Quiero ser algo que no soy más. Qué soy ahora lo ignoro, pero un hombre no soy. No de los que andan por aquí y por allá, como antes lo hice. Me pasó con la diabetes, me pasó a los cincuenta, desear locamente algo que no existe más. Hoy soy esto, la cosa que lucha contra un vacío lleno de huesos y tendones. Soy la noche que no acaba, la esfera interna que discutíamos en los talleres de escritura; soy la última parte de una historia de música y cantinas y amores y libros y escasos crímenes menores.

Oscura revelación que como una ráfaga barre todo lo que me rodea y también parte de esto que queda

de mí. De pie, allí donde no hay referencia alguna de humanidad, ni piso ni techo ni bosque ni ciudad ni profundidad ni deseos, allí estoy.

Soy el golpe repetido en la cabeza del borracho, soy las caminatas en silencio y las horas de conversación. El nuevo viejo yo que tiene que cerrar su historia, anudar sus cabos sueltos, mecanografiar su colofón. Soy la boca abierta al máximo a causa del pánico por no poder hablar pero soy mis tímpanos llenos de música y leyendas. Soy yo, disolviéndome delicadamente en mí mismo y en la bruma que me sostiene, sin dientes rotos ni llantos ni drama. Soy Eusebio. Soy Eusebius, pequeño toque de Florestán.

Soy, era, yo.



En su casa de Once Mártires —él se contaba como el duodécimo mártir y Köchel, su perro, sería el 13°. Foto: Cortesía de Jorge Borja.



Foto: Cortesía de Francisco Valencia.

CHINASKI

FRANCISCO BLAS VALENCIA CASTILLO

Yo no creía en la reencarnación hasta que Eusebio me convenció de lo contrario.

Él y yo teníamos un acuerdo: si alguno de los dos se encontraba postrado en una cama hospitalaria, con diagnóstico desfavorable y un futuro de vida artificial, el otro procedería a desconectarlo. Su traslado del quirófano a piso —por no haber lugar en terapia intensiva— le provocó un choque séptico en el hospital del IMSS. Eso lo mató, y me libró de cumplir el difícil compromiso con mi querido amigo y maestro de la vida.

Eusebio fue un ser humano impetuoso. Leía, escribía y bebía con voracidad. En sus afectos era ilimitado, y su alegría de vivir contagiaba. Se movía en tres universos simultáneos: la realidad, la ficción y la música. Un hombre de inteligencia tridimensional que, vagando por las calles de Tlalpan, gestaba historias en su cabeza; que caminaba al ritmo de un cuarteto de cuerdas; que se detenía para observar, sorprendido, el cadáver de una rata aplastada.

Además, era sumamente juguetero... y cleptomano.

Un sábado insistió en que fuéramos a ver una película de Sylvester Stallone, a mediodía. Almorzamos, compramos vino tinto que vertimos en una botella de Gatorade sabor uva, y entramos al cine. Como a los treinta minutos de haber iniciado la película, Eusebio gritó ¡Rambo!, justo antes de que el actor volteara hacia el público. La risa fue generalizada. Eusebio se levantó de la butaca y, sonriendo, me dijo: vámonos ya, Chinaski junior. La película es muy mala.

En otra ocasión me invitó a su casa de Once Mártires. Entré al baño y cuál no sería mi sorpresa al encontrar ahí mi cepillo para el pelo. Había desaparecido de mi casa unos días antes, y pensé que por error lo habíamos tirado a la basura. Ah, qué cabrón saliste, Chinaski. Te robaste mi cepillo para la cabeza —le dije. Me miró sorprendido por un instante, soltó una sonora carcajada y me contestó: Chinaski junior, me gustó un chingo; ¡salud!

Su cleptomanía inició como la de todos: robando libros en librerías. Pero pronto diversificó sus operaciones, incursionando en casas, hoteles, restaurantes, oficinas. Llegó a ser un verdadero maestro del hurto. Pero aceptaba con gallardía cuando uno le confesaba haber sustraído una pluma, un libro o un disco de su valiosa fonoteca. Como cuando le dije que le había tomado prestado un lapicero Montblanc. Ay, Chinaski junior, te lo encargo mucho. Cuidalo como si fuera tuyo —me dijo.

El día de su fallecimiento sonó el teléfono de mi casa, en la madrugada. Tengo pésimas experiencias con esas llamadas. Era León Ricardo, para darme la triste noticia. A esa hora abrí una botella de vino y me puse a revisar las fotografías que le había tomado a lo largo de los años. Muchas en papel y muchas otras en formato digital. Encontré una en la que Eusebio me recibía con los brazos abiertos. La amplifiqué e imprimí, y esa foto se colocó en el podio de la funeraria.

Entonces empezaron las apariciones. Primero fueron señales imperceptibles pero innegables: una estilográfica destapada, un libro fuera de lugar, un reloj con el extensible abrochado... cosas así, que achaqué a mi descuido o desmemoria. Pero el día en que descubrí la firma abreviada de Eusebio en la esquina superior derecha de un libro recién adquirido, la cosa cambió. Cambió radicalmente: era imposible que eso estuviera ocurriendo. Comparé esa antefirma con la que aparecía en las innumerables dedicatorias que me había escrito en sus libros y sí, era la misma. ¡No puede ser! ¿Qué chingados está pasando aquí?

Al mismo tiempo empecé con una especie de delirio de persecución. Todo el tiempo me sentía observado. Y no sólo lo sentía, en varias ocasiones advertí, de reojo, una sombra moviéndose en mi entorno. Necesito ir al médico, me dije. Un psiquiatra o un psicoanalista.

El colmo ocurrió cuando, al llegar a mi departamento, encontré una botella de vino abierta, casi terminada, y uno de mis vasos de cobre volteado, con algo del líquido sobre la barra. Obvio, mandé poner cámaras en todas partes, hasta en los baños, visibles algunas y otras ocultas. Y puse una puerta de seguridad.

Sorpresa: un simpático y bonachón trasgo husmeando por el departamento, incluso observando con atención las cámaras. ¡Era Eusebio! Revisaba mis corbatas, se las probaba y las aventaba. Abría el humidor, encendía un habano y lo apagaba furioso contra el cenicero. Revisó los libros de Fadanelli y los deshojó. ¡Eucario Eusebio Ruvalcaba Castillo en holograma tridimensional y de repente corporizado! En chiquito, con un corazón exultante que sobresalía del pecho y que no era como nuestros corazones, sino como el del elfo de *Olvidado Rey Gudú*: un ramillete de hermosas uvas rojas.

Todo esto lo vi desde mi celular. Al llegar ese día a mi departamento, las corbatas estaban en su sitio y el cenicero limpio, pero los libros, aunque colocados en su lugar, habían engordado.

—¡Eusebio! —grité—. Sé que estás aquí, sal.

Silencio absoluto.

—Sal, Chinaski, no te hagas.

Silencio. Descorché una botella, serví dos vasos y me senté a esperar.



Foto: Cortesía de Francisco Valencia.

EUSEBIO

SERGIO VICARIO

Una tarde que llegaba a casa con la juventud recién aderezada, con más sueños que realidades, recibo una llamada casi al momento de cerrar la puerta del zaguán. Una voz madura, calmada y pausada me saluda y me dice algo más o menos así: “Maestro Vicario, vamos a publicar su libro”. Sin idea de qué se trataba, el corazón me dio un vuelco en la medida de que me iba enterando. La voz en cuestión pertenecía al poeta Juan Domingo Argüelles, quien me decía que había recibido mi manuscrito y quería acordar conmigo la publicación del libro *Barítono de luz*, para la colección de Tierra adentro.

Realmente no lo podía creer. ¿Cómo era eso posible? Es aquí donde aparece la presencia de Eusebio Ruvalcaba; fue él quien envió el manuscrito acompañado de una carta donde recomendaba la obra. Por supuesto, le llamé y le agradecí e incluso le pedí el favor de escribir unas palabras para el libro, mismas que habrían de quedar en la cuarta de forros. No obstante, ése no fue mi primer encuentro con Eusebio y lejos estaba de que él pudiera recomendar mi libro...

Fui invitado a trabajar a la dirección de Arte del Canal Once por un conocido mutuo, Pedro Molina, quien me dijo

Un hombre blanco de barba hirsuta, a veces chapeado, no muy alto, regordete, bonachón, con la mirada pícaro y la sonrisa presta a saltar a la menor provocación, pero serio a su manera. En ocasiones su mirada parecía perderse, puedo suponer que imaginaba, aunque a veces lo sorprendía dormitando con un libro entre las manos.

que trabajaba con un gran escritor. Así lo conocí, por ahí de 1992 o 93, no lo recuerdo bien, pero sí, que fue antes del levantamiento zapatista, que ocurrió el 1 de enero de 1994.

Un hombre blanco de barba hirsuta, a veces chapeado, no muy alto, regordete, bonachón, con la mirada pícaro y la sonrisa presta a saltar a la menor provocación, pero serio a su manera. En ocasiones su mirada parecía perderse, puedo suponer que imaginaba, aunque a veces lo sorprendía dormitando con un libro entre las manos.

—¡Vicario, haz obra! Él era mi jefe e insistía en que no perdiera el tiempo. Aún no era mi mentor ni mi maestro, ni mi amigo, pero la bondad de su corazón era tal que me incluyó. Con el tema de la literatura era implacable, riguroso. Cuando supe que era escritor me atreví a presentarle mis textos, unos cuantos escritos, cuentos decía que eran, y su crítica fue total. Sabía que me dedicaba a la fotografía, y aún recuerdo sus palabras como tajo de guillotina sobre mis aspiraciones literarias: Vicario, ¿por qué no te dedicas mejor a la fotografía?

Caminé hacia la salida, un largo pasillo techado y sin paredes. La luz era fresca, maternal, pero mi corazón estaba desolado. Tomé todos mis manuscritos y los tiré a la basura, creo que los rompí, con un poco de rabia y mucho de frustración. Eusebio era capaz de eso y más, de negarme a la escritura sin engaños. Tal vez lo sabía: había madera, pero debía forjarme en el rechazo. Entonces yo vivía una separación amorosa, y recuerdo que me dijo: “Vas derecho al dolor”, sin asomo de piedad.

Entonces yo vivía una separación amorosa, y recuerdo que me dijo: “Vas derecho al dolor”, sin asomo de piedad.

Fragmento de arena
Higinio Ruvalcaba

Luego fue que íbamos a las cantinas. No hay mejor escenario para las pláticas sobre literatura que una taberna, si bien él sabía de mi alcoholismo, aquella ocasión en que los estragos eran mayores, incluso me recomendó curármela con una “piedra.” En realidad yo estaba devastado por el desamor, por mi muerte en la conciencia de otra persona. Y en ello también me apoyó.

—Vicario, ¿ves a esa persona? Merece todo el respeto —señaló a alguien que caminaba delante de nosotros y que ninguno de los dos conocía—. No sabes quién es, lo que ha pasado, lo que ha vivido. Tú no conoces cuál es su historia. Por eso merece todo tu respeto —concluyó.

Me contaba que, cuando niño, montaba su bicicleta sin manos, como el Llanero solitario su caballo, hasta que se dio un tremendo fregadazo. Y también me hablaba de su padre, Higinio Ruvalcaba; sin duda la música fue la otra pasión de Eusebio.

En ocasiones llegaba a su casa, a saludar a Érika y a León, todavía en la cuna. A veces no me atrevía a saludarlo, mi alcoholismo me hacía sentir sucio y miserable, pero Eusebio jamás me rechazó, aunque no le agradaba que las visitas llegaran sin avisar.

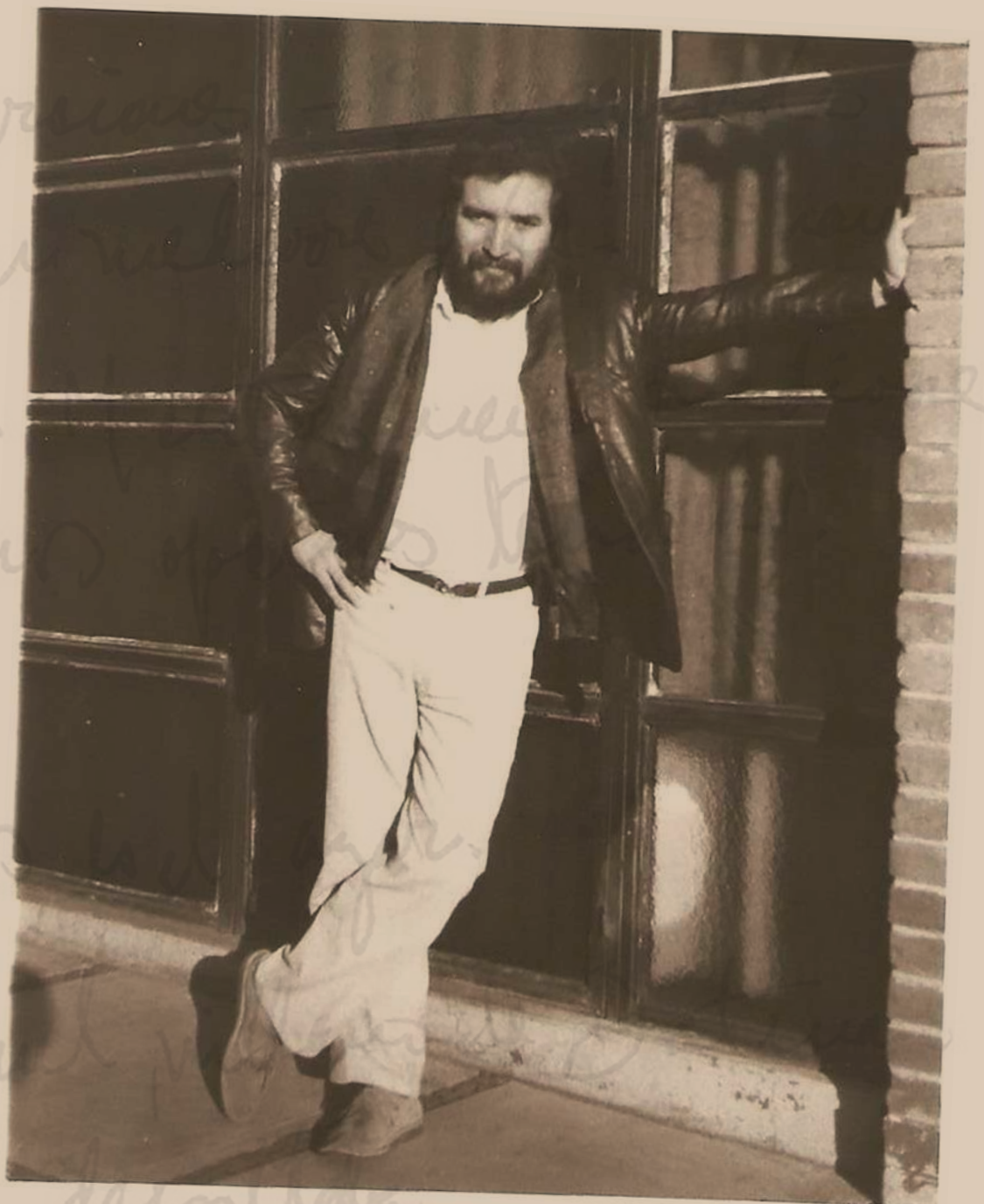
Me platicó de cuando se dedicaba a llevar autos de la ciudad de México a Veracruz, para venta, supongo. Si no mal recuerdo, uno de esos pasajes aparece en una de sus novelas, cuando el protagonista estrella su auto, en una forma de suicidio. Intuyo que Eusebio lo pensó así en más de una ocasión. Era un ser definido; y su poesía lo evidenció, sin cortapisas, era neto, como solía decir. Tenía tras de sí una historia inmensa, donde la sexualidad, la música y los libros eran protagonistas.

Lector asiduo del *Tao Te King*, era el *Master-zen-tao*, así decía un letrero sobre su escritorio. Un lector formado; decía ser un tipo duro, pero era risueño, y a cada instante formaba una nueva amistad. Por él conocí a Juan Manuel de Estrella, el Mago, a Manuel Blanco, a Roura y a un novel Guillermo Arriaga.

Eusebio contaba la historia de George “Hal” Bennett, de quien decía que lo buscó a él para enseñarle a escribir; que era un hombre corpulento pero frágil, y que una vez le llamó de madrugada, casi llorando, porque se había cortado la mano al cambiar un foco.

Unas veces me decía que escribiera y otras, que no importaba tanto, que ya se había escrito mucho y que era mejor ser un buen lector. Y me recordaba lo escrito por José María Álvarez en su “Elogio de la embriaguez”:

*¿Quién soy yo para quejarme de mi suerte?
 ¿Acaso esta tierra no ha humillado otros sueños
 más altos que los míos? ¿Estas arenas
 no empaparon lágrimas de más nobles desterrados?
 Y ni sus nombres recordamos.
 También nosotros seremos olvidados y el sentido de
 nuestros versos
 mil veces modificado. Dónde, cuándo y en qué idioma
 será por fin reconocido aquello que dijimos...
 Pero ay de aquel cuya palabra
 no permanezca clara, a través de los cambios,
 aquel cuya vida y cuya obra
 no pueda contarse un día con la frescura de los cuentos
 que narran los marinos.
 Escribe. Y bebe. Bajo la clara noche,
 brinda por las estrellas, bebe en la memoria nobilísima
 de quienes ya, antes que tú, recorrieron
 este camino. Brinda por ellos
 y por el mundo que de la destrucción salvaron.
 Que en el vino contemples la alta hora
 en que se funden sueño y desencanto.
 Acepta tu destino como el precio de su palabra. Escribe.*



Circa 1987, en su casa de San Miguel Chapultepec. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

LA RISA, INVITADA COMÚN

Rocío Villegas

Conocí a Eusebio Ruvalcaba cuando asistí a un taller al que me invitó una querida amiga. Es cierto que me gustaba hacer anotaciones y pequeños escritos de mis pensamientos o vivencias, pero ponerlo en orden con ortografía, sintaxis y todo lo que llevan estas andanzas de escribir... Lo consideré y aprendí mucho más con su amable guía. Al avanzar el taller —que habíamos anticipado sería corto y se convirtió en años— los asistentes fuimos descubriendo con admiración, respeto y cariño al excelente maestro que teníamos durante ese rato mágico en el que, con sus conocimientos y ayuda, comenzamos a tener confianza

para leer en voz alta nuestros sueños, anhelos, temores, alegrías y vivencias.

La risa era una invitada común que no restaba la seriedad ni el compromiso de cada uno para con él y, sobre todo, de él para con nosotros. Esas tardes se convirtieron en un espacio especial de respeto y superación, de descubrimientos personales y grupales. Un espacio en donde también descubrimos al gran ser humano que nos llevaba por el camino del cuento, el poema, la novela y otros géneros literarios que nos enseñaba. Recuerdo esas tardes con enorme agrado, la camaradería que se respiraba, las ganas con las que nos reuníamos para compartir nuestros trabajos y las correcciones y sugerencias que Eusebio nos hacía.

Al llegar a casa yo platicaba lo vivido a mi esposo y mi familia y así se extendía aun más su positiva enseñanza. Seguramente muchos de quienes tuvimos el honor de estar en alguno de sus talleres lo seguimos recordando con nostalgia y con mucho agradecimiento. Muchas gracias, Eusebio, de mi parte y de la de Pipo también.

EUSEBÉRRIMO:

Yal Magrive

Aquí me tienes cosechando tiempo, vivir la vejez es un castigo diario y en verdad no sé dónde o cuándo termina el surco.

No pretendo escribirte un elogio de la muerte, pero el ruido del tiempo me ensordece.

Tus lectores nos hemos perdido lo que en este lapso transcurrido habrías escrito y ahí radica mi tristeza. Tú, el florecer de tu familia y eso también me entristece.

Te recuerdo al místico Angelus Choiselus: “Cuando los ángeles músicos offician para Dios, tocan a Bach. Pero cuando se reúnen entre ellos, tocan a Mozart; y Dios viene a escuchar detrás de la puerta.”

Abrazo fuerte.
Tu amigo Yal Magrive



1951 2017

× Eusebio ×
Ruvalcaba

17 AÑOS BIEN VIVIDOS

HOMENAJE A EUSEBIO RUVALCABA
10 de junio 2017 | 12 h. | Faro de Oriente
Celebrando 17 años de Faro de Oriente.

ORQUESTA SINFÓNICA INFANTIL
DE NEZAHUALCÓYOTL
Dirección de orquesta:
Mtro. Roberto Sánchez Chávez.
12 y 14:30 h. | Foro

TALLER LITERARIO
Coordinación: Jorge Arturo Borja
Participantes:
alumnos del taller
Lecturas en voz alta.
12:30 h. | Foro

EL FRÁGIL LATIDO DEL CORAZÓN
DE UN HOMBRE
Mesa redonda con: Pita Cortés,
Vicente Quirarte, Emiliano Pérez
Cruz, Jorge Arturo Borja y Rolando
Rosas Galicia.
13 h. | Foro

ENTRADA LIBRE / Calz. Ignacio Zaragoza, entre mtrto
Acatlía y Poñón Viejo. Iztapalapa, COMX

www.farodeorienta.com | @farodeorienta | faro.deorienta

CDMX
FARO DE ORIENTE
Capital Social Pórti

2017. Flyer para el homenaje a Eusebio Ruvalcaba en el Faro de Oriente.

U. Vidal Romero

*Todos parecen su permito de arena
para que la mediocridad avance.
Este, su libro de poesía; aquél,
su proyecto presidencial; este otro*

*el diseño
con putas
multa de
quiosos pe*

CHEBO:

Cuando no sea el dolor
sino la risa
de vaciarse
dos cuerpos complacidos,
cuando no existan banderas
sino la paz profunda del nudista,
cuando no tengamos que camuflar mentiras
donde los besos cobren intereses,
cuando no cueste la vida un sueño
ni haya escondites para amarse...
cuando no haya lluvia en las fronteras
ni el destello cruel del que amenaza,
cuando la juventud no sea sumisa ante el tirano,
entonces,
cuando el amor tan sólo...
será todo más fácil.

*que aguarda
- no hay
o medione
idras.*

ULISES VIDAL ROMERO

*excepto a tu día del ayer.
Curso ~~pasivo~~ ^{haciendo} aquel villano de Datanan
cuyo destino lo deposita*

*en el vuelo de una moneda al aire.
Que con su propia música de fondo
~~debe la capicua de la vida.~~*



EL FRÁGIL LATIDO DEL CORAZÓN DE UN HOMBRE

1951 Nace el 3 de septiembre.

1956 Se bautiza el 31 de diciembre.

1958 Estudia violín con su padre, Higinio Ruvalcaba.

1959 Recibe la primera comunión el 15 de agosto.

1967 El 5 de septiembre se gradúa de la Escuela Secundaria 32 José María Morelos y Pavón.

1971 Su hija Flor nace el 25 de noviembre.

1973 Nace su hijo Alonso el 22 de agosto.

1974 Concluye los estudios de licenciatura en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

1976 Muere su padre el 15 de enero.

Con el poema "Nuevo Mundo", es ganador del Tercer Premio del Certamen Nacional de Poesía Abierta sobre el árbol, entregado el 8 de julio por el presidente Luis Echeverría en el Palacio de Bellas Artes.

Inicia la publicación de poemas en la revista *Heterofonía* y de textos en la *Revista Mexicana de Cultura*.

1977 Se crea la asociación civil Higinio Ruvalcaba, que ofrecerá recitales de música y poesía en los que Eusebio lee fragmentos de sus propias obras.

Obtiene el Premio Nacional de Cuento del diario *El Nacional* con el cuento "Antisonata".

El 22 de agosto se anuncia en el diario *Excelsior* su tercer lugar en el Concurso Nacional de Poesía Social Carlos Pellicer, con el poema "Revivido del escudo".

Publica su primer libro, *Atmósfera de fieras*, poesía en edición de autor.

1978 Obtiene la beca del Instituto Nacional de Bellas Artes-Fondo Nacional para Actividades Sociales (INBA-Fonapas) en poesía.

1979 Obtiene la beca INBA-Fonapas en narrativa.

Obtiene el primer premio de la revista *Punto de partida* de la Universidad Nacional Autónoma de México, en el género creación dramática.

1980 Recibe la beca del Centro Mexicano de Escritores en creación dramática.

1981 Trabaja como corrector de estilo en la Editorial Meridiano hasta el 30 de abril.

Desde el 1 de mayo hasta el 15 de octubre trabaja como profesor investigador del Departamento de Estudios Contemporáneos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en el Museo Nacional de Antropología.

1982 Publica *Homenaje a la mentira* (poesía, Signos).

1984 Participa en la realización del libro *Geografía de México* (texto escolar para primaria, Meridiano-Nuevas Técnicas Educativas).

Publica *Las dulces compañías* (teatro, Panfleto y Pantomima).

1985 El 1 de abril ingresa al Sindicato Nacional de Trabajadores del Banco Nacional de México (Sindicato Banamex) como coordinador de la Comisión de Cultura, puesto que ocupa hasta mayo de 1988.

Publica la antología *El niño del paraguas* (cuento, Sindicato Banamex).

1987 Publica *Cajeme, un yaqui visionario* (ensayo) y *Me llamo Diego* (biografía) en Sindicato Banamex.

Realiza la selección y el prólogo de *Jorge Luis Borges, últimos poemas* (Sindicato Banamex) y la selección literaria para el libro *Lecturas 5* (texto escolar primaria, Meridiano-Nuevas Técnicas Educativas).

1988 Desde el 16 de mayo hasta abril de 1989 se desempeña como copy en Publicidad D'Arcy.

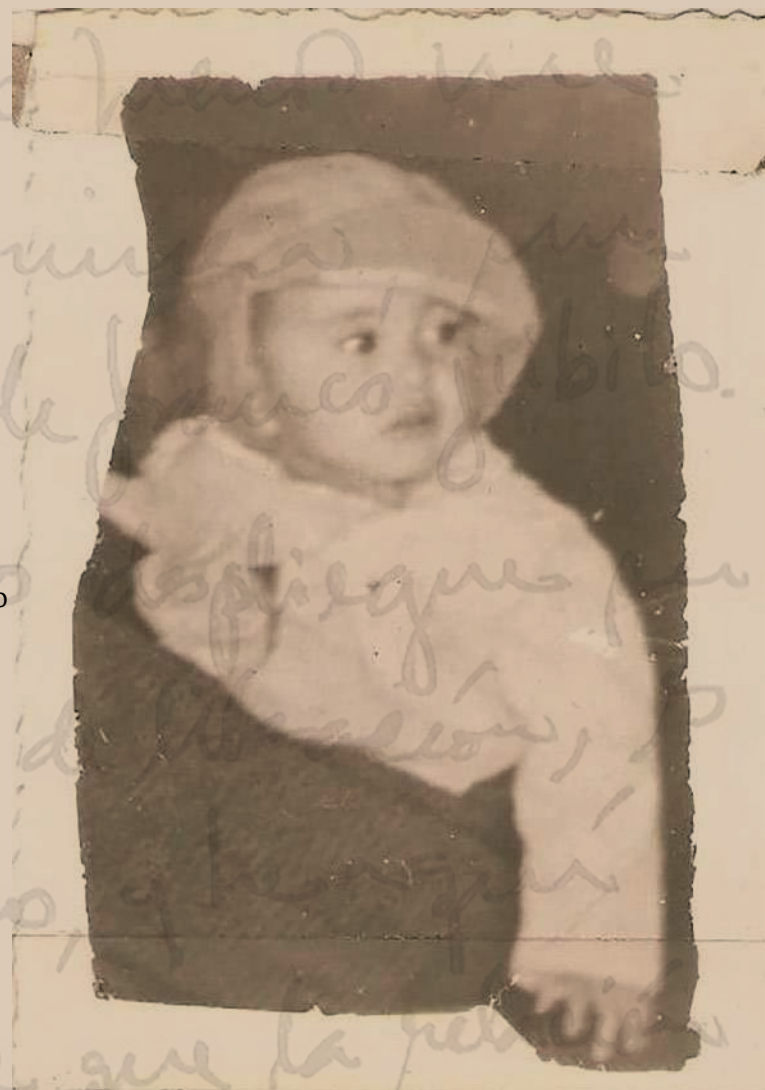
1989 En abril es nombrado director de la Casa de Cultura Naucalpan, del Instituto Mexiquense de Cultura.

1990 Publica ¿Nunca te amarraron las manos de chiquito? (cuento, Planeta).

1991 Publica *Me llamo Mozart* (biografía, Sistemas técnicos de edición).

El 5 de diciembre recibe, por *Un hilito de sangre*, el Premio Agustín Yáñez para Primera Novela, otorgado por el Grupo Editorial Planeta y la Secretaría de Educación y Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco, en la Sala Higinio Ruvalcaba del Ex Convento del Carmen, en Guadalajara, Jalisco.

1992 En enero se publica *Un hilito de sangre* (Planeta).



Circa 1951, bebé. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

Ingresa a la planta docente de la Universidad Iberoamericana (UIA) como profesor del Departamento de Comunicación, donde imparte las materias Lenguajes y medios de comunicación, Investigación de la comunicación y Taller de expresión y composición, hasta diciembre de 1995.

El 14 de marzo nace su hija Érika Coral.

Con *Jueves Santo*, en noviembre obtiene el Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí, convocado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) y el Gobierno del Estado de San Luis Potosí.

1993 Se incorpora al Departamento de Copy de la División de Desarrollo Creativo, Dirección de Arte de Canal 11 TV, del Instituto Politécnico Nacional (IPN), donde permanece hasta mayo de 1995.

Imparte talleres de creación literaria en la Jefatura de Desarrollo Cultural del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), de los cuales se publica *Manual de redacción creativa* (contenidos para un taller, IMSS).

Coordina la producción del disco compacto *1993 Higinio Ruvalcaba. Homenaje*, bajo el sello y con el patrocinio del Circuito Yahualiscense.

El 24 de junio en Cinépolis Bucareli, es la premier de la película *Un hilito de sangre. Un temprano despertar*, ópera prima de Erwin Neumaier (Centro de Capacitación Cinematográfica).

Publica *Gritos desde la negra oscuridad y otros poemas místicos* (poesía, Doble A) y *Músico de cortesanas* (novela, Planeta).

1994 Publica *Desde la tersa noche* (novela, Aldus); la 2ª edición de *Gritos desde la negra oscuridad y otros poemas místicos* (Cuadernos de Praxis/Dosfilos de la Universidad Autónoma de Zacatecas); la 2ª edición de *Un hilito de sangre* (Planeta-RBA); *Jueves Santo* (cuento, Conaculta-Joaquín Mortiz) y *El portador de la fe* (novela, Seix Barral).

Es finalista en el Premio Planeta de Novela con *Lo que tú necesitas es tener una bicicleta*.

Entre 1994 y 2000 es tutor del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca), en cuento.

El 9 de julio nace su hijo León Ricardo.

1995 Desde el 1 de mayo se incorpora a la sección cultural del diario *El Financiero*, donde había colaborado desde 1991 y permanece hasta 2016.

Publica *1994, Cuentos pétreos* (cuento, Seix Barral) y *Lo que tú necesitas es tener una bicicleta* (novela, Planeta).

El 7 de agosto se estrena la película *Un hilito de sangre. Un temprano despertar*, en la Cineteca Nacional.

1996 Publica *Clint Eastwood, hazme el amor* (cuento, Patria-Nueva Imagen); *En la dulce lejanía del cuerpo* (poesía, El Zapo) y *La sabiduría de Gustave Flaubert* (compilación de aforismo, Planeta).

1997 Publica *En defensa propia* (novela, Sansores y Aljure); *Las jaulas colgantes y otros sonetos* (poesía, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla); *Las memorias de un ligüero* (cuento, Daga) y *Primero la A. Consideraciones en torno al ejercicio de la escritura e ideas afines* (ensayo, Sansores y Aljure).

1998 Publica *El argumento de la espada* (poesía, IPN); *El brindis* (novela, Sansores y Aljure); *Con olor a Mozart* (poesía, Universidad Autónoma Metropolitana-Verdehalago); *Las cuarentonas. Consideraciones sobre la mujer, el amor, la noche y temas afines* (ensayo, Sansores y Aljure); *Gritos desde la negra oscuridad y otros poemas místicos II* (poesía, Doble A) y *Jugo de luz* (manuscrito de poesía, Los absolutistas).

1999 Publica *Desgajar la belleza* (novela, Conaculta-Instituto Veracruzano de Cultura) y *Por amor al sax* (con Emiliano Pérez Cruz, cuento para un booklet, Doble A).

2000 Ingresa como miembro del Sistema Nacional de Creadores del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta).

Publica *Amaranta o el corazón de la noche* (cuento, Daga) y *El diablo no quedó defraudado* (poesía, Daga).



1958, al violín. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

2001 Publica la 2ª edición de *Las cuarentonas*, esta vez con el subtítulo *Diccionario amoroso* (ensayo, Oveja Negra); *Diccionario inofensivo. Ensayos sobre las cosas* (Lectorum); la 3ª edición de *Un hilito de sangre* (Planeta-Conaculta) y *Poemas de un oficinista* (Praxis).

2002 Publica *Desde el umbral* (cuento, Ficticia); *Heridas sin sutura* (aforismo, Cuadernos de la Búsqueda) y la 4ª edición de *Un hilito de sangre* (Planeta).

2003 Publica *Banquete de gusanos* (novela, Colofón); *Chavos, fajen, no estudien* (ensayo, Molino de letras-Universidad Autónoma de Chapingo); *Higinio Ruvalcaba, violinista. Una aproximación* (biografía, Conaculta); *El hombre empuja al hombre. Cartas a Coral* (epístola, El Financiero); la 2ª edición –electrónica– de *Primero la A* (ensayo, Flor Ruvalcaba) y *Temor de Dios* (novela, Oveja negra).

Escribe las notas y colabora en la producción del disco compacto *Higinio Ruvalcaba. Su música. Cuarteto de cuerdas Carlos Chávez*, bajo el sello Quindecim Recordings y con el patrocinio del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

2004 Su cuento "El despojo soy yo" resulta ganador en el concurso organizado por Editorial Anagrama y Generación Publicaciones Periodísticas para conmemorar a Charles Bukowski en su décimo aniversario luctuoso. El cuento da título a la selección que se publica.

Se celebra la 4ª Feria del Libro en el Zócalo de la Ciudad de México, dedicada a Guadalajara, Jalisco, y Fortaleza, Brasil; uno de los pasillos, a modo de calles, es nombrado Eusebio Ruvalcaba.

Publica la 2ª edición de *Desde la tersa noche* (novela, Editores mexicanos unidos); *John Lennon tuvo la culpa* (novela, Editores mexicanos unidos); *Por el puro morbo* (cuento, Daga) y la 3ª edición de *Primero la A* (Palabra y realidad del magisterio).

2005 Publica *A falta de pan* (poesía, De botella); *Una cerveza de nombre Derrota* (ensayo, Almadía) y la 2ª edición de *El portador de la fe* (novela, Aldus-Conaculta).

2006 Publica dos ediciones de *52 tips para escuchar a Mozart* (ensayo, Albox); *El frágil latido del corazón de un hombre* (poesía, Nula); *La literatura acre de Sonora* (ensayo, Universidad de Sonora) y *El sol le hace daño a los ancianos* (cuento, Universidad Autónoma de Chapingo).

2007 El 1 de octubre firma su nombramiento como profesor investigador para el curso Poesía, en el plantel San Lorenzo Tezonco de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).

Publica *Al servicio de la música* (cuento, Lectorum) y *Juguetería musical* (ensayo, Universidad de Guanajuato).

2008 Obtiene la presea Sor Juana Inés de la Cruz.

Publica *Una mosca devastada y deprimida sobreviviendo en un hilito de sangre* (ensayo, Lectorum); *Los ojos de los hombres* (novela, Nula) y *Sangre de mujer* (novela, Molino de letras).

Realiza la selección y el prólogo de la antología *Prohibido fumar* (cuento, Lectorum).

2009 Publica *57 hombres y una mujer* (poesía, Pharus); *Una niña de La Merced* (crónica, Centro Cultural de España en México); *El pie de Coral* (poesía, Gudiño Cicero) y *Sesenta guiños literarios* (ensayo, Daga).

2010 En su número 8, la revista *El puro cuento* (Praxis) le publica cinco cuentos, aforismos en un "Dodecálogo literario" y una entrevista sobre el oficio de escritor.

2011 Recibe un homenaje en la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería.

Colabora en la catalogación del acervo de la música mexicana de concierto en la Fonoteca Nacional del Conaculta.

Entre el 2 de mayo y el 31 de octubre prepara e imparte cuatro cursos de apreciación musical: "Del cuarteto a la sinfonía", "El violín y el piano, un matrimonio feliz", "El barroco, oro puro" y "Su majestad, el piano", también en la Fonoteca Nacional.

Publica *52 tips para escribir claro y entendible* (ensayo, Lectorum); *Una cerveza de nombre Derrota* (ensayo, Almadía); *Liszt y Chopin* (disco compacto; aforismo y voz, Los bastardos de la uva); *La música* (poesía, Eugenia Montalván Proyectos culturales); *Nina* (poesía, Solar) y *El silencio me despertó* (ensayo, Almaqui).

Realiza la selección y el prólogo de la antología *Poemas para un poeta que dejó la poesía* (poesía, El Financiero).



2012 El 23 de octubre es designado Creador Artístico Categoría II por el Sistema Nacional de Creadores de Arte, para el periodo del 1 de enero de 2013 al 31 de diciembre de 2015.

Publica *Pocos son los elegidos perros del mal* (cuento, Lectorum) y la 2ª edición de *El sol le hace daño a los ancianos* (cuento, Molino de Letras).

2013 Entre el 3 de junio y el 22 de julio prepara e imparte el curso “Ocho grandes de bajo perfil” en la Fonoteca Nacional del Conaculta.

Publica las 3ª, 4ª y 5ª ediciones cartonné, flex binder y rústica de *Desde la tersa noche* (novela, Nitro/Press); *Elogio del demonio* (cuento, Lectorum); *Gusanos* (cuento, Lectorum); *Todos tenemos pensamientos asesinos* (novela, Random House Mondadori) y *Vers* —traducción al francés de *Gusanos*— (cuento, LC Christophe Luquin).

2014 El 10 de enero es contratado para impartir la materia Cuento en la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México (Sogem).

Publica *Amigos casi sólo de Brahms* (varia, Monte Carmelo-Universidad Juárez Autónoma de Tabasco); *El arte de mentir* (aforismo-ensayo, Almadía) y *Tarzán no ha muerto* (poesía, Ramas de noviembre-UNAM).

2015 Es contratado como asesor literario en la empresa Laboratorio Clínico y de Genética, donde permanece activo hasta su fallecimiento.

Publica *96 grados* (cuento, Lectorum); *Embajadores de la música. Correspondencia apócrifa entre compositores* (epístola, Secretaría de Cultura de San Luis Potosí); *Pensemos en Beethoven* (cuento, Monte Carmelo-Conaculta) y *Temporada de otoño. Cavilaciones de un melómano incurable* (ensayo, Almaqui).

Realiza la compilación *Los 43. Antología literaria* (con Jorge Borja, varia, Los bastardos de la uva).

Con la pianista rusa Irina Shishkina colabora en la producción y escribe las notas del disco compacto *Higinio Ruvalcaba. Obras para violín y piano y piano solo*.

2016 El 18 de julio es contratado para impartir la materia Novela en la Escuela de Escritores de la Sogem.

Se prepara la 2ª edición de *El argumento de la espada* (poesía, IPN), de aparición póstuma.

2017 Muere el 7 de febrero.

Se publican póstumamente *Bach y Schubert. De lo universal a lo vienés* (ensayo poesía, Monte Carmelo-Universidad Juárez Autónoma de Tabasco), *La tumba del alacrán* (cuento, Lectorum) y *Adrenalina* (novela gráfica, Lectorum).

2018 Se registra el nombre Eusebio Ruvalcaba como marca nominativa en el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial.

Se crea la Fundación Eusebio Ruvalcaba, A. C., sin fines de lucro.

Se publica conmemorativamente *Donde otros ven la carne yo veo la tierra*, con fotografías de Abril Méndez Morales (poesía, UACM-Fundación Eusebio Ruvalcaba).

El 4 de agosto se inaugura en el Faro de Oriente la librería del Fondo de Cultura Económica Eusebio Ruvalcaba.

2019 Se publica *Los ojos de las mujeres* (aforismo, El tapiz del unicornio-Fundación Eusebio Ruvalcaba).

2024 Se publica la 1ª edición de *Un hilito de sangre* (novela, Planeta), bajo el sello Joaquín Mortiz.



Circa 1954, en Chapultepec. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.



Circa 1954, con Santa en la Alameda. Foto: Archivo Eusebio Ruvalcaba.

EL DIABLO NO QUEDÓ DEFRAUDADO

BIBLIOGRAFÍA DE EUSEBIO RUVALCABA

TÍTULO	AÑO	GÉNERO	EDITOR
Atmósfera de fieras	1977	Poesía	Autor
Homenaje a la mentira	1982	Poesía	Signos
Geografía de México (realización)	1984	Escolar	Meridiano-Nuevas técnicas educativas
dulces compañías Las	1984	Teatro	Panfleto y pantomima
niño del paraguas El (compilador)	1985	Cuento	Sindicato Banamex
cuento del futbol El (antología)	1986	Cuento	Ediciones Luzbel
Lecturas 5 (selección literaria)	1987	Escolar	Meridiano-Nuevas técnicas educativas
Jorge Luis Borges. Últimos poemas (selección y prólogo)	1987	Poesía	Sindicato Banamex
Cajeme, un yaqui visionario	1987	Ensayo	Sindicato Banamex
Me llamo Diego	1987	Ensayo	Sindicato Banamex
Nunca te amarraron las manos de chiquito? (antes última aventura La)	1990	Cuento	Planeta mexicana
Me llamo Mozart	1991	Biografía	Sistemas técnicos de edición
hilito de sangre Un, 1ª ed.	1992	Novela	Planeta Mexicana
1993 Higinio Ruvalcaba. Homenaje. Booklet CD	1993	Notas	Círculo Yahualiscense
Manual de redacción creativa	1993	Taller	Instituto Mexicano del Seguro Social
Gritos desde la negra oscuridad y otros poemas místicos 1ª ed.	1993	Poesía	Doble A
Músico de cortesanas (antes Península ardiente/Concierto de sombras)	1993	Novela	Planeta mexicana
Desde la tersa noche 1ª ed.	1994	Novela	Aldus
Gritos desde la negra oscuridad y otros poemas místicos 2ª ed.	1994	Poesía	Cuadernos de praxis-Dosfilos-UAZ
hilito de sangre Un, 2ª ed.	1994	Novela	Planeta mexicana-RBA
Jueves Santo	1994	Cuento	Conaculta-Joaquín Mortiz
portador de la fe El 1ª ed.	1994	Novela	Seix Barral
hilito de sangre Un. Un temprano despertar	1995	Cine	Centro de Capacitación Cinematográfica
1994, Cuentos pétreos. Los matices, filos y agujas humanas de un año fuera de serie	1995	Cuento	Seix Barral
que tú necesitas es tener una bicicleta Lo	1995	Novela	Planeta mexicana
sabiduría de Gustave Flaubert La (compilador)	1996	Aforismo	Planeta mexicana
Clint Eastwood, hazme el amor	1996	Cuento	Patria-Nueva imagen
En la dulce lejanía del cuerpo	1996	Poesía	El zapo
En defensa propia	1997	Novela	Sansores y Aljure
jaulas colgantes y otros sonetos Las	1997	Poesía	Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
memorias de un ligero Las	1997	Cuento	Daga
Primero la A, 1ª ed.			
Consideraciones en torno al ejercicio de la escritura e ideas afines	1997	Ensayo	Sansores y Aljure

TÍTULO	AÑO	GÉNERO	EDITOR
argumento de la espada El 1ª ed.	1998	Poesía	Instituto Politécnico Nacional
brindis El	1998	Novela	Sansores y Aljure
Con olor a Mozart	1998	Poesía	Verdehalago-UAM
cuarentonas Las. Consideraciones sobre la mujer, el amor, la noche y temas afines 1ª ed.	1998	Ensayo	Sansores y Aljure
Gritos desde la negra oscuridad y otros poemas místicos II	1998	Poesía	Doble A
Jugo de luz	1998	Poesía	Los absolutistas
Chiapas te extraña (coordinación)	1999	Crónica	Conaculta de Chiapas
Por amor al sax. Booklet	1999	Cuento	Doble A
Desgajar la belleza	1999	Novela	Conaculta-Instituto Veracruzano de Cultura
Amaranta o el corazón de la noche	2000	Cuento	Daga
diablo no quedó defraudado El	2000	Poesía	Daga
Con los oídos abiertos. Aproximaciones al mundo de la música	2001	Ensayo	Paidós mexicana
cuarentonas Las. Diccionario amoroso 2ª ed.	2001	Ensayo	La oveja negra
Diccionario inofensivo (antes Cositas)	2001	Ensayo	Lectorum
hilito de sangre Un, 3ª ed.	2001	Novela	Planeta mexicana
Poemas de un oficinista	2001	Poesía	Praxis
Desde el umbral. Antología personal	2002	Cuento	Ficticia
Heridas sin sutura	2002	Aforismo	Cuadernos de la búsqueda
hilito de sangre Un, 4ª ed.	2002	Novela	Planeta mexicana
Higinio Ruvalcaba. Su música. Booklet CD	2003	Notas	Quindecim
Banquete de gusanos	2003	Novela	Colofón
Chavos, fajen, no estudien	2003	Ensayo	Molino de letras-UACH
Higinio Ruvalcaba, violinista. Una aproximación	2003	Biografía	DGP del Conaculta
hombre empuja al hombre El. Cartas a Coral	2003	Epístola	El Financiero
Primero la A, 2ª ed. Consideraciones en torno al ejercicio de la escritura e ideas afines	2003	Ensayo	Flor Ruvalcaba
Temor de Dios	2003	Novela	Oveja negra
despojo soy yo El (del concurso de cuento Charles Bukowski)	2004	Cuento	Generación-Anagrama
Desde la tersa noche 2ª ed.	2004	Novela	Mexicanos unidos-Club de lectores
John Lennon tuvo la culpa	2004	Novela	Mexicanos unidos-Club de lectores
Por el puro morbo. Cuentos eróticos, pornográficos y escatológicos	2004	Cuento	Daga
Primero la A, 3ª ed. Arte y oficio de la palabra escrita	2004	Ensayo	Palabra y realidad del magisterio
A falta de pan	2005	Poesía	De botella-Casa del cronopio-Hombres de arena
cerveza de nombre Derrota Una 1ª ed.	2005	Ensayo	Almadía

TÍTULO	AÑO	GÉNERO	EDITOR
portador de la fe El 2ª ed.	2005	Novela	Aldus-Conaculta
52 tips para escuchar a Mozart 1ª ed.	2006	Ensayo	Albox
52 tips para escuchar a Mozart 2ª ed.	2006	Ensayo	Albox
frágil latido del corazón de un hombre El	2006	Poesía	Nula
literatura acre de Sonora La	2006	Ensayo	Sindicato de Trabajadores Académicos de la Universidad de Sonora-Universidad de Sonora
sol le hace daño a los ancianos El, 1ª ed.	2006	Cuento	Universidad Autónoma Chapingo
Al servicio de la música	2007	Cuento	Lectorum
Juguetería musical	2007	Ensayo	Universidad de Guanajuato
Prohibido fumar (selección y prólogo)	2008	Cuento	Lectorum
mosca devastada y deprimida sobreviviendo en un hilito de sangre Una	2008	Ensayo	Lectorum
ojos de los hombres Los	2008	Novela	Nula
Sangre de mujer	2008	Novela	Molino de letras
57 hombres y una mujer	2009	Poesía	Pharus
niña de La Merced Una	2009	Crónica	Centro Cultural de España en México
pie de Coral El	2009	Poesía	Grupo Editorial Gudiño Cicero
Sesenta guiños literarios	2009	Ensayo	Daga
puro cuento El (revista)	2010	Cuento	Praxis
Liszt y Chopin (disco compacto; voz)	2011	Aforismo	Los bastardos de la uva
mariana con M de música	2011	Poesía	Los bastardos de la uva
Poemas para un poeta que dejó la poesía (compilador)	2011	Poesía	El Financiero
52 tips para escribir claro y entendible	2011	Ensayo	Lectorum
cerveza de nombre Derrota Una 2ª ed.	2011	Ensayo	Almadía
música La	2011	Poesía	Eugenia Montalván Proyectos culturales
Nina	2011	Poesía	Solar
silencio me despertó El (1995-2005)			
Consideraciones sobre la música, la literatura y cuestiones afines	2011	Ensayo	Almaqui
Pocos son los elegidos perros del mal	2012	Cuento	Lectorum
sol le hace daño a los ancianos El, 2ª ed.	2012	Cuento	Molino de letras
Desde la tersa noche cartoné 3ª ed.	2013	Novela	Nitro/Press

TÍTULO	AÑO	GÉNERO	EDITOR
Desde la tersa noche flex binder 4ª ed.	2013	Novela	Nitro/Press
Desde la tersa noche rústica 5ª ed.	2013	Novela	Nitro/Press
Elogio del demonio (antes Más allá de la música)	2013	Cuento	Lectorum
Gusanos (antes Juego de luces)	2013	Cuento	Lectorum
Vers 1ª ed. en francés	2013	Cuento	LC Christophe Luquin
Todos tenemos pensamientos asesinos	2013	Novela	Random House Mondadori
Amigos casi sólo de Brahms	2014	Varia	Ediciones Monte Carmelo-UJAT
arte de mentir El (antes maletín del cínico El)	2014	Aforismo-Ensayo	Almadía
Tarzán no ha muerto cartoné 1ª ed.	2014	Poesía	Universidad Nacional Autónoma de México-Ramas de noviembre
Tarzán no ha muerto rústica 2ª ed.	2014	Poesía	Universidad Nacional Autónoma de México-Ramas de noviembre
43 Los. Antología literaria (compilador)	2015	Varia	Los bastardos de la uva
Higinio Ruvalcaba. Obras para violín y piano y piano solo. Booklet CD	2015	Notas	Irina Shishkina
96 grados	2015	Cuento	Lectorum
Embajadores de la música. Correspondencia apócrifa entre compositores	2015	Epístola	Secretaría de Cultura del Gobierno de SLP
Pensemos en Beethoven	2015	Cuento	Monte Carmelo-Conaculta
Temporada de otoño. Cavilaciones de un melómano incurable (también Vademecum musicae)	2015	Ensayo	Editores
Cuentos para leer en Navidad (antología)	2016	Cuento	Lectorum
argumento de la espada El 2ª ed.	2016	Poesía	Instituto Politécnico Nacional
Adrenalina	2017	Novela gráfica	Lectorum
Bach y Schubert. De lo universal a lo vienés	2017	Ensayo-poesía	Ediciones Monte Carmelo-UJAT
tumba del alacrán La	2017	Cuento	Lectorum
Donde otros ven la carne yo veo la tierra	2018	Poesía	UACM-Fundación Eusebio Ruvalcaba
ojos de las mujeres Los	2019	Aforismo	El tapiz del unicornio-Fundación Eusebio Ruvalcaba
hilito de sangre, Un 1ª ed.	2024	Novela	Planeta, bajo el sello Joaquín Mortiz.



EN PORTADA
CIRCA 1987, DURANTE UN EVENTO EN SU CASA DE SAN MIGUEL CHAPULTEPEC. FOTO: CORTESÍA DE JAVIER SÁMANO.

La Canalla
LITERARIA

SUPLEMENTO DE
hipócritalector

SUPLEMENTO LA CANALLA LITERARIA

CORAL RENDÓN
MARÍA CLARA DE GREIFF
COORDINACIÓN DE SUPLEMENTO



AGRADECIMIENTO ESPECIAL A LA FUNDACIÓN EUSEBIO RUVALCABA, A.C.

EUSEBIORUVALCABA.COM

HIPÓCRITA LECTOR

MARIO ALBERTO MEJÍA
DIRECTOR GENERAL
IGNACIO JUÁREZ GALINDO
DIRECTOR EDITORIAL

OSCAR COTE PÉREZ
DISEÑO EDITORIAL

GERARDO TAPIA LATISNERE
DIRECTOR DE RELACIONES PÚBLICAS
BEATRIZ GÓMEZ
DIRECTORA ADMINISTRATIVA

Hipócrita Lector, diario de lunes a viernes. Dirección: Monte Fuji 20, Fraccionamiento La Cima, Puebla. CP. 72197 Correo: atencion.hipocritalector@gmail.com Editor responsable: Ignacio Juárez Galindo Permisos Indautor, Licitud y Contenido: En trámite Todos los materiales son responsabilidad exclusiva de quien los firma.